

## EL@ COQUET@ FRÍ@

En 1952, el escritor Truman Capote, de éxito reciente en los círculos literarios y sociales, empezó a recibir una andanada casi diaria de rendida correspondencia de un joven llamado Andy Warhol. Ilustrador de diseñadores de calzado, revistas de moda y cosas así, Warhol hacía bellos y estilizados dibujos, algunos de los cuales envió a Capote con la esperanza de que los incluyera en uno de sus libros. Capote no respondió. Un día, al llegar a casa encontró a Warhol hablando con su madre, con quien vivía. Luego, Warhol empezó a telefonar casi todos los días. Al cabo, Capote puso fin a todo esto: «Parecía una de esas pobres personas a las que sabes que nunca les sucederá nada. Un pobre perdedor de nacimiento», diría el escritor más tarde.

Diez años después, Andy Warhol, pintor en ciernes, realizó su primera exposición individual, en la Stable Gallery de Manhattan. En las paredes había una serie de serigrafías basadas en la lata de sopas Campbell's y la botella de Coca-Cola. En la inauguración y la fiesta posterior, Warhol permaneció al margen, la mirada perdida y hablando poco. Contrastaba enormemente con la anterior generación de artistas, los expresionistas abstractos, en su mayoría bebedores y mujeriegos muy bravucones y agresivos, charlatanes que habían dominado el mundo del arte en los quince años previos. Y él también había cambiado mucho desde que importunó a Capote, lo mismo que a marchantes de arte y mecenas. Los críticos estaban desconcertados e intrigados por la frialdad de su obra; no podían explicarse qué sentía el artista por sus sujetos. ¿Cuál era su posición? ¿Qué intentaba decir? Cuando se lo preguntaban, él respondía simplemente: «Lo hago porque me gusta», o «Me encanta la sopa». Los críticos dieron rienda suelta a sus interpretaciones: «Un arte como el de Warhol es necesariamente parásito de los mitos de su época», escribió uno; otro: «La decisión de no decidir es una paradoja equivalente a una idea que no expresa nada pero que después le da dimensión». La exposición fue un gran éxito, y situó a Warhol como una de las principales figuras de un nuevo movimiento, el pop art.

En 1963, Warhol rentó un inmenso desván en Manhattan, al que llamó la Factory, y que pronto se volvió el centro de un vasto séquito: acompañantes, actores, aspirantes a artistas. Ahí, en las noches en particular, Warhol simplemente vagaba, o permanecía en una esquina. La gente se reunía en torno suyo, se disputaba su atención, le lanzaba preguntas y él respondía, a su evasiva manera. Pero nadie lograba acercársele, física ni mentalmente; él no lo permitía. Al mismo tiempo, si él pasaba junto a alguien sin el usual «Hola», aquel quedaba devastado. Warhol no había reparado en él; quizá estaba por ser borrado del mapa.

Cada vez más interesado en la realización de películas, Warhol incluía a sus amigos en sus cintas. En realidad les ofrecía cierta celebridad instantánea (sus «quince minutos de fama»; la frase es de él). Pronto, la gente competía por un papel. Warhol preparó en particular a mujeres para el estrellato: Edie Sedgwick, Viva, Nico. El solo hecho de estar junto a él confería una especie de celebridad por

asociación. La Factory se convirtió en *el* lugar para ser visto, y estrellas como Judy Garland y Tennessee Williams asistían a sus fiestas, en las que se codeaban con Sedgwick, Viva y los bajos fondos de la bohemia con que Warhol amistaba. La gente comenzó a mandar limusinas para que lo llevaran a sus fiestas; su presencia bastaba para hacer de una velada un acontecimiento, aunque él se la pasara casi sin hablar, muy reservado, y se marchara pronto.

En 1967 se pidió a Warhol dar conferencias en varias universidades. No le gustaba hablar, y menos aún sobre su arte. «Entre menos tenga que decir una cosa», opinaba, «más perfecta es». Pero le pagarían bien, y siempre le costaba trabajo decir no. Su solución fue simple: pidió a un actor, Allen Midgette, que se hiciera pasar por él. Midgette era de cabello oscuro, bronceado, y semejaba un indio cherokee. No se parecía nada a Warhol. Pero este y sus amigos lo polvearon, le platearon el pelo con *spray*, le pusieron lentes oscuros y lo vistieron con ropa de Warhol. Como Midgette no sabía nada de arte, sus respuestas a las preguntas de los estudiantes tendieron a ser tan cortas y enigmáticas como las del propio pintor. La suplantación funcionó. Warhol era tal vez un icono, pero en realidad nadie lo conocía; y como acostumbraba usar lentes oscuros, aun su rostro era desconocido en sus detalles. El público de esas conferencias estuvo bastante lejos como para cuestionar la idea de su presencia, y nadie se acercó lo suficiente para descubrir el engaño. Midgette se mostró esquivo.

**Parió de su vientre pleno, bellísima, \ la ninfa un infante, que ya entonces ser amado podía, \ y lo llama Narciso. [...] \ Pues a los tres veces cinco, un año el Cefisio \ había añadido, y parecer niño y joven podía; / a él, muchos jóvenes, niñas deseáronlo muchas; \ mas (hubo en su tierna forma tan dura soberbia) \ a él ningunos jóvenes, lo tocaron niñas ningunas. \ Miró a este empujando a las redes a los trépidos ciervos \ una ninfa sonora, que ni para alguien que hablaba, a callarse, \ ni aprendió ella misma a hablar antes: Eco, que vuelve el sonido. [...] • Luego, cuando a Narciso por apartados campos vagando \ vio, y se incendió, sigue sus vestigios a hurto; \ y cuanto más lo sigue, más cerca con la flama se abrasa, \ no otramante que cuando, a lo sumo de las teas untados, \ los vivaces azufres las arrimadas flamas se roban. \ ¡Oh, cuántas veces con blandos dichos acercársele quiso \ y ofrecer muelles preces! [...] • De su tropa fiel de compañeros el niño acaso alejado: \ «¿Quién —dijera— está presente?». Y Eco respondiera: «Presente». \ Se pasma este, y así la vista hacia todas partes dirige. [...] \ Se vuelve a ver, y de nuevo, no viniendo nadie, pronuncia: \ «¿Por qué me huyes?». Y tantas palabras recibió, cuantas dijo. \ Persiste, y por la imagen de la alterna voz engañado: \ «Aquí juntémonos», habla; y Eco, que a sonido ninguno**

\ habría de responder con más gusto, contestóle: «Juntémonos», \ y con sus palabras se alienta ella misma, y saliendo \ de la selva, iba a echar al esperado cuello los brazos. \ Aquel huye, y huyendo: «Las manos de los abrazos retira; \ moriré antes —habla— que tengas poder de nosotros». [...] \ Despreciada, se oculta en las selvas, y con frondas sus rostros \ pudibundos cubre, y vive, desde allí, en solos antros. \ Mas del dolor de la repulsa, empero, el amor se une y crece. [...] • Así a esta, así a otras ninfas de ondas o montes nacidas, \ había burlado este; así, antes, las reuniones viriles. \ De allí alguien despreciado, las manos al éter alzando: \ «Que así ame él mismo, sea justo; así, no de lo amado se adueñe», \ había dicho; a sus preces justas, la Ramnusia asintió. [...] • Aquí el niño, del afán de cazar y el calor, fatigado, \ se tendió, la faz del lugar y la fuente siguiendo.

\ Y mientras ansía calmar su sed, creció una sed diferente; \ y mientras bebe, por la imagen de su vista forma robado, \ la esperanza sin cuerpo, ama; cuerpo juzga ser lo que es onda. \ Se pasma él mismo de sí, y con el mismo rostro, inmutable, \ se fija, como una estatua de pario mármol formada. [...] \ Se ansía, imprudente, y es aprobado el mismo que aprueba, \ y mientras busca es buscado, y a la par incendia y se quema. \ ¡Cuántas veces a la fuente falaz dio inútiles besos! \ ¡Cuántas veces sus brazos, que el visto cuello intentaban \ asir, hundió a medias aguas, y no se aprehendió dentro de ellas! \ Qué vea, no sabe; mas ardido es con aquello que ve, \ y el mismo error que los engaña, sus ojos incita. \ Crédulo: ¿a qué, en vano, intentas asir simulacros fugaces? \ En parte alguna hay lo que buscas; vuélvete: pierdes lo que amas. \ Esa es la sombra de tu reflejada imagen que miras. \ Nada esa tiene de sí; viene y permanece contigo; \ contigo partirá, si tú partirte pudieres. [...] • Aquel rindió en la verde hierba su cabeza cansada; \ la muerte cerró ojos que la forma de su dueño admiraban. \ Allí también, después que en la inferna sede fue recibido, \ se miraba en el agua estigia. Hermanas, lloraron las náyades, \ y para el hermano depusieron sus cortados cabellos; \ lloraron las dríadas; Eco a las que lloran responde. • Y ya rogo y sacudidas teas preparaban, y féretro; \ en parte alguna estaba el cuerpo; una flor crocina por cuerpo \ encuentran, albas hojas ciñendo su centro.

OVIDIO, *METAMORFOSIS*

Desde temprana edad, a Andy Warhol le aquejaron emociones encontradas:

ansiaba ser famoso, pero era por naturaleza tímido y pasivo. «Siempre he tenido un conflicto», diría después, «porque soy retraído, pero me gusta disponer de mucho espacio personal. Mi mamá me decía en todo momento: “No seas prepotente, pero hazles saber a todos que estás ahí”». Al principio, Warhol trató de ser más agresivo, y se empeñó en complacer y cortejar. No dio resultado. Luego de diez años infructuosos, dejó de intentarlo, y cedió a su pasividad, solo para descubrir el poder que otorga la reticencia.

Warhol comenzó este proceso en su obra, que cambió radicalmente a principios de la década de 1960. Sus nuevos cuadros de latas de sopa, billetes y otras conocidas imágenes no acribillaban de significados al espectador; de hecho, su significado era absolutamente elusivo, lo que no hacía sino incrementar su fascinación. Atraían por su immediatez, su fuerza visual, su frialdad. Habiendo transformado su arte, Warhol también se transformó a sí mismo: como sus cuadros, se volvió pura superficie. Se preparó para retraerse, para dejar de hablar.

El mundo está lleno de temerari@s, de personas que se imponen en forma agresiva. Quizá obtengan victorias temporales; pero cuanto más persisten, más desea la gente contrariarlas. No dejan espacio a su alrededor, y sin espacio no puede haber seducción. L@s coquet@s frí@s generan espacio al permanecer esquiv@s y hacer que los demás l@s persigan. Su frialdad sugiere una holgada seguridad, cuya cercanía es apasionante, aunque en realidad podría no existir; el silencio de l@s coquet@s frí@s te hace querer hablar. Su contención, su apariencia de no necesitar de otras personas, nos impulsa a hacer cosas por ell@s, ansios@s de la menor muestra de reconocimiento y favor. Quizá sea de locura tratar con l@s coquet@s frí@s —nunca se comprometen mas tampoco dicen no, jamás permiten la proximidad—, pero en la mayoría de los casos terminamos por volver a ell@s, adict@s a la frialdad que proyectan. Recuerda: la seducción es un proceso de esconderse de la gente, de hacer que quiera perseguirte y poseerte. Finge distancia y la gente se volverá loca por obtener tu favor. Los seres humanos, como la naturaleza, aborrecemos el vacío, y la distancia y silencio emocionales nos inducen a llenar el hueco con palabras y calidez propias. A la manera de Warhol, aléjate y deja que los demás se peleen por ti.

*Las mujeres [narcisistas] son las que más fascinan a los hombres. [...] El encanto de un niño radica en gran medida en su narcisismo, su autosuficiencia e inaccesibilidad, lo mismo que el de ciertos animales que parecen no interesarse en nosotros, como los gatos. [...] Es como si envidiáramos su capacidad para preservar un ánimo dichoso, una posición invulnerable en la libido que nosotros ya hemos abandonado.*

—Sigmund Freud

# CLAVES DE PERSONALIDAD

Según la sabiduría popular, l@s coquet@s son embaucador@s consumad@s, expert@s en incitar el deseo con una apariencia provocativa o una actitud tentadora. Pero la verdadera esencia de l@s coquet@s es de hecho su habilidad para atrapar emocionalmente a la gente, y mantener a sus víctimas en sus garras mucho después de ese primer cosquilleo del deseo. Esta aptitud l@s coloca en las filas de l@s seductor@s más efectiv@s. Su éxito podría parecer extraño, ya que en esencia son criaturas frías y distantes; si alguna vez conocieras bien a una de ellas, percibirás su fondo de indiferencia y amor a sí misma. Podría parecer lógico que, habiéndote percatado de esta cualidad, adviertas las manipulaciones del@ coquet@ y pierdas interés, pero lo común es lo opuesto. Tras años de coqueterías de Josefina, Napoleón sabía muy bien lo manipuladora que ella era. Pero este conquistador de imperios, este cínico y escéptico, no podía dejarla.

**El egoísmo es una de las cualidades más aptas para inspirar amor.**

**NATHANIEL HAWTHORNE**

Para comprender el peculiar poder del@ coquet@, primero debes entender una propiedad crítica del amor y el deseo: entre más obviamente persigas a una persona, más probable es que la ahuyentes. Demasiada atención puede ser interesante un rato, pero pronto se vuelve empalagosa, y al final es claustrofóbica y alarmante. Indica debilidad y necesidad, una combinación poco seductora. Muy a menudo cometemos este error, pensando que nuestra persistente presencia es tranquilizadora. Pero l@s coquet@s poseen un conocimiento inherente de esta dinámica. Maestr@s del repliegue selectivo, insinúan frialdad, ausentándose a veces para mantener a su víctima fuera de balance, sorprendida, intrigada. Sus repliegues l@s vuelven misterios@s, y l@s engrandecemos en nuestra imaginación. (La familiaridad, por el contrario, socava lo que imaginamos). Un poco de distancia compromete más las emociones; en vez de enojarnos, nos hace insegur@s. Quizá en realidad no le gustemos a esa persona, a lo mejor hemos perdido su interés. Una vez que nuestra vanidad está en juego, sucumbimos a el@ coquet@ solo para demostrar que aún somos deseables. Recuerda: la esencia del@ coquet@ no radica en el señuelo y la tentación, sino en la posterior marcha atrás, la reticencia emocional. Esta es la clave del deseo esclavizador.

Para adoptar el poder del@ coquet@, debes comprender otra cualidad: el narcisismo. Sigmund Freud caracterizó a la «mujer narcisista» (obsesionada con su apariencia) como el tipo con mayor efecto sobre los hombres. De niña@s, explica

Freud, pasamos por una fase narcisista sumamente placentera. Felizmente reservad@s e introvertid@s, tenemos poca necesidad física de otras personas. Luego, poco a poco socializamos, y se nos enseña a prestar atención a los demás, aunque en secreto añoramos esos dichosos primeros días. La mujer narcisista le recuerda a un hombre ese periodo, y le causa envidia. El contacto con ella podría restaurar tal sensación de introversión.

La independencia de la coqueta también desafía a un hombre: él quiere ser quien la vuelva dependiente, reventar su burbuja. Es mucho más probable, no obstante, que él termine siendo su esclavo, al concederle incesante atención a fin de conseguir su amor, y fracasar en esto. Porque la mujer narcisista no tiene necesidades emocionales; es autosuficiente. Y esto es asombrosamente seductor. La autoestima es decisiva en la seducción. (Tu actitud contigo mism@ es percibida por la otra persona en formas sutiles e inconscientes). Una autoestima baja repele, la seguridad y autosuficiencia atraen. Cuanto menos parezcas necesitar de los demás, es más probable que se sientan atraídos hacia ti. Comprende la importancia de esto en todas las relaciones y descubrirás que tu necesidad es más fácil de suprimir. Pero no confundas ensimismamiento con narcisismo seductor. Hablar de ti sin parar es eminentemente antiseductor, ya que no revela autosuficiencia, sino inseguridad.

La coquetería se atribuye por tradición a las mujeres, y ciertamente esta estrategia fue durante siglos una de las pocas armas que ellas tenían para atraer y someter el deseo de un hombre. Uno de los ardides de la coqueta es el retiro de favores sexuales, truco que las mujeres han usado a todo lo largo de la historia: la gran cortesana francesa del siglo XVII Ninon de l'Enclos fue deseada por todos los hombres eminentes de Francia, pero no alcanzó auténtico poder hasta que dejó en claro que ya no se acostaría con un hombre por obligación. Esto desesperó a sus admiradores, condición que ella agudizaba otorgando temporalmente sus favores a un hombre, dándole acceso a su cuerpo por unos meses y devolviéndolo después a la partida de los insatisfechos. La reina Isabel I de Inglaterra llevó la coquetería al extremo, despertando deliberadamente los deseos de sus cortesanos, pero sin acostarse con ninguno.

Por mucho tiempo instrumento de poder social de las mujeres, la coquetería fue poco a poco adaptada por los hombres, en particular los grandes seductores de los siglos XVII y XVIII, quienes envidiaron ese poder femenino. Un seductor del siglo XVII, el duque de Lauzun, era un maestro para excitar a una mujer, y mostrarse distante después. Las mujeres se volvían locas por él. Hoy la coquetería no tiene género. En un mundo que desalienta la confrontación directa, el señuelo, la frialdad y el distanciamiento selectivo son una forma de poder indirecto que oculta con brillantez su agresividad.

Ante todo, el@ coquet@ debe poder excitar al objeto de su atención. La atracción puede ser sexual, o la añagaza de la celebridad, sea lo que esta implique. Al mismo tiempo, el@ coquet@ emite señales contradictorias que estimulan respuestas contradictorias, hundiendo a la víctima en la confusión. La protagonista

epónima de la novela francesa de Marivaux del siglo XVIII *Mariana* es la coqueta consumada. Para ir a la iglesia se viste con buen gusto, pero se deja el cabello un tanto desaliñado. En plena ceremonia, parece advertir su descuido y empieza a remediarlo, mostrando su brazo desnudo al hacerlo; esto no era para ser visto en una iglesia en el siglo XVIII, y los ojos de todos los hombres se clavan en ella en ese instante. La tensión es mucho más intensa que si ella estuviese afuera, o se hallara ordinariamente vestida. Recuerda: el flirteo obvio revelará con demasiada claridad tus intenciones. Es mejor que seas ambiguo@, e incluso contradictori@, frustrando al mismo tiempo que estimulas.

**Ya veis el ardor que manifiesta Sócrates por los jóvenes hermosos; con qué empeño los busca, y hasta qué punto está enamorado de ellos; [...] pero abridle, compañeros de banquete: ¡qué de tesoros no encontraréis en él! [...] Y pasa toda su vida burlándose y chanceándose con todo el mundo. Pero cuando habla seriamente y muestra su interior al fin, no sé si otros han visto las bellezas que encierra. • [...] Creyendo al principio que se enamoraba de mi hermosura, me felicitaba yo de ello, yteniéndolo por una fortuna, creí que se me presentaba un medio maravilloso de ganarle, contando con que, complaciendo a sus deseos, obtendría seguramente de él que me comunicara toda su ciencia. Por otra parte, yo tenía un elevado concepto de mis cualidades exteriores. Con este objeto, comencé por despachar a mi ayo, en cuya presencia veía ordinariamente a Sócrates, y me encontré solo con él. Es preciso que os diga la verdad toda: estadme atentos, y tú, Sócrates, repréndeme si falto a la exactitud. Quedé solo, amigos míos, con Sócrates, y esperaba siempre que tocara uno de aquellos puntos, que inspira a los amantes la pasión cuando se encuentran sin testigos con el objeto amado, y en ello me lisonjeaba y tenía placer. Pero se desvanecieron por entero todas mis esperanzas. Sócrates estuvo todo el día conversando conmigo en la forma que acostumbraba y después se retiró. En seguida de esto, le desafié a hacer ejercicios gimnásticos, esperando por este medio ganar algún terreno. Nos ejercitamos y luchamos muchas veces juntos y sin testigos. ¿Qué podré deciros? Ni por esas adelanté nada. No pudiendo conseguirlo por este rumbo, me decidí a atacarle vivamente. Una vez que había comenzado no quería dejarlo hasta no saber a qué atenerme. Le convidé a comer como hacen los amantes que tienden un lazo a los que aman; al pronto rehusó, pero al fin concluyó por ceder. Vino, pero en el momento que concluyó la**

comida, quiso retirarse. Una especie de pudor me impidió retenerle. Pero otra vez le tendí un nuevo lazo; después de comer prolongué nuestra conversación hasta bien entrada la noche, y cuando quiso marcharse le precisé a que se quedara con el pretexto de ser muy tarde. • Se acostó en el mismo escaño en que había comido; este escaño estaba cerca del mío, y los dos estábamos solos en la habitación. • [...] Pongo por testigos a los dioses y a las diosas: salí de su lado tal como hubiera salido del lecho de mi padre o de mi hermano mayor. • Desde entonces, ya debéis suponer cuál ha debido ser el estado de mi espíritu. Por una parte me consideraba despreciado; por otra, admiraba su carácter, su templanza, su fuerza de alma, [...] de manera que no podía ni enfadarme con él ni pasarme sin verle, si bien veía que no tenía ningún medio de ganarle. [...] Así pues, sometido a este hombre, más que un esclavo puede estarlo a su dueño, andaba errante acá y allá, sin saber qué partido tomar.

ALCIBÍADES, CITADO EN PLATÓN, *EL SIMPOSIO*

El gran líder espiritual Jiddu Krishnamurti era un coqueto involuntario. Venerado por los teósofos como «maestro universal», Krishnamurti también era un *dandy*. Le gustaba la ropa elegante y era muy apuesto. Al mismo tiempo, practicaba el celibato, y tenía horror a que lo tocaran. En 1929 escandalizó a los teósofos del mundo entero al proclamar que no era dios ni gurú y que no quería seguidores. Esto no hizo más que incrementar su encanto: las mujeres se enamoraron de él en gran número, y sus consejeros se volvieron más devotos aún. Física y psicológicamente, Krishnamurti emitía señales contradictorias. Mientras que predicaba un amor y aceptación generalizados, en su vida personal apartaba a la gente. Su atractivo y obsesión por su apariencia quizá le hayan merecido atención, pero por sí mismos no habrían hecho que las mujeres se enamoraran de él; sus lecciones de celibato y virtud espiritual le habrían producido discípulos, mas no amor físico. La combinación de estos rasgos, sin embargo, atraía y frustraba a la gente, dinámica de la coquetería que engendraba apego emocional y físico a un hombre que rehuía esas cosas. Su apartamiento del mundo no tenía otro efecto que acrecentar la devoción de sus seguidores.

La coquetería depende del desarrollo de una pauta para mantener confundida a la otra persona. Esta estrategia es muy eficaz. Al experimentar un placer una vez, anhelamos repetirlo; así, el@ coquet@ nos brinda placer, pero luego lo retira. La alternancia de calor y frío es la pauta más común, y tiene diversas variaciones. La coqueta china del siglo VIII Yang Kuei-Fei esclavizó por completo al emperador Ming Huang con una pauta de bondad y severidad: habiéndolo hechizado con su bondad, de pronto se enojaba, y lo censuraba duramente por el menor error. Incapaz



de vivir sin el placer que ella le daba, el emperador ponía de cabeza a la corte para complacerla cuando ella se enojaba o alteraba. Sus lágrimas tenían un efecto similar: ¿qué había hecho él, por qué ella estaba tan triste? Al cabo se arruinó, y con él a su reino, por tratar de hacerla feliz. Lágrimas, enfado y culpa son todas ellas armas del @ coquet@. Una dinámica similar aparece en las riñas de los amantes: cuando una pareja pelea y luego se reconcilia, la dicha de la reconciliación no hace sino intensificar el afecto. Cualquier tipo de tristeza es seductora también, en particular si parece profunda, y aun espiritual, antes que menesterosa o patética: hace que la gente se acerque a ti.

L@s coquet@s nunca se ponen celos@s: esto atentaría contra su imagen de fundamental autosuficiencia. Pero son expert@s en causar celos: al poner atención en un@ tercer@, creando así un triángulo de deseo, indican a sus víctimas que quizá ya no estén tan interesad@s en ellas. Esta triangulación es extremadamente seductora, en contextos sociales tanto como eróticos. Intrigado por el narcisismo de las mujeres, el propio Freud lo poseía, y su retraimiento volvía locos a sus discípulos. (Incluso dieron nombre a esto: «complejo de dios»). Comportándose como una especie de mesías, demasiado excelso para emociones triviales, Freud siempre guardó distancia de sus alumnos, a quienes apenas si invitaba a cenar, por ejemplo, y ante quienes envolvía su vida privada en el misterio. Sin embargo, a veces elegía un acólito en quien confiarse: Carl Jung, Otto Rank, Lou Andreas-Salomé. El resultado era que sus discípulos enloquecían tratando de obtener su favor, de ser los elegidos. Sus celos cuando él favorecía de repente a uno no hacían sino aumentar el poder de Freud sobre ellos. Las inseguridades naturales de la gente se acentúan en condiciones grupales; al guardar distancia, l@s coquet@s dan origen a una competencia por su predilección. Si la habilidad de usar a tercer@s para poner celos a los objetivos es una aptitud crucial de la seducción, Sigmund Freud fue un gran coqueto.

Todas las tácticas del @ coquet@ han sido adaptadas por los líderes políticos para enamorar al pueblo. Mientras emocionan a las masas, estos líderes preservan una indiferencia interna, lo que les permite mantener el control. Incluso, el científico político Roberto Michels ha llamado a esos políticos «coquetos fríos». Napoleón se hacía el coqueto con los franceses: luego de que los grandes éxitos de la campaña en Italia lo convirtieron en un héroe amado, dejó Francia para conquistar Egipto, en conocimiento de que, en su ausencia, el gobierno caería, la gente ansiaría su retorno y este amor serviría de base al engrandecimiento de su poder. Tras encender a las masas con un discurso vehemente, Mao Tse-Tung desaparecía mucho tiempo, para volverse objeto de culto. Pero nadie era más coqueto que el líder yugoslavo Josip Broz, Tito, quien alternaba entre la distancia y la identificación emocional con su pueblo. Todos estos líderes políticos eran narcisistas empedernidos. En tiempos difíciles, cuando la gente se siente insegura, el efecto de tal coquetería política resulta aún más eficaz. Conviene señalar que la coquetería es extremadamente efectiva en un grupo, pues estimula celos, amor e intensa devoción. Si adoptas este

papel con un grupo, recuerda mantener distancia emocional y física. Esto te permitirá llorar y reír a voluntad, y proyectar autosuficiencia; y con tal desapego, podrás jugar con las emociones de la gente como si tocaras un piano.

### **Símbolo:**

**La sombra. Es inasible. Persigue  
tu sombra y huirá; dale la espalda y te  
seguirá. Es también el lado oscuro de una persona, lo  
que la vuelve misteriosa. Habiéndonos dado placer, la sombra  
de su ausencia nos hace ansiar su regreso, como las nubes el sol.**

## **PELIGROS**

L@s coquet@s enfrentan un peligro obvio: juegan con emociones explosivas. Cada vez que el péndulo oscila, el amor cambia a odio. Así, ell@s deben orquestar todo con sumo cuidado. Sus ausencias no pueden ser muy largas, su enojo deben ser seguido pronto con sonrisas. L@s coquet@s pueden mantener atrapadas emocionalmente a sus víctimas mucho tiempo, pero al paso de meses o años esta dinámica podría resultar tediosa. Jiang Qing, después conocida como *Madame Mao*, se sirvió de la coquetería para conquistar el corazón de Mao Tse-Tung; pero diez años más tarde, las peleas, lágrimas y frialdad se habían vuelto irritantes, y la irritación más fuerte que el amor, de modo que Mao tomó distancia. Josefina, más admirable coqueta, podía hacer ajustes, y pasar un año entero sin portarse esquiva ni distante con Napoleón. Todo se reduce a saber elegir el momento oportuno. Por otra parte, el@ coquet@ incita emociones muy fuertes, y los rompimientos suelen ser temporales. El@ coquet@ causa adicción: tras el fracaso del plan social de Mao llamado el Gran Salto Adelante, *Madame Mao* pudo restablecer su poder sobre su devastado marido.

El@ coquet@ frí@ puede incitar un odio particularmente profundo. Valerie Solanas fue una joven que cayó bajo el hechizo de Andy Warhol. Había escrito una obra de teatro que lo divirtió, y tuvo la impresión de que él podía llevarla a la pantalla. Se imaginó convertida en celebridad. También se involucró en el movimiento feminista, y cuando en junio de 1968 se dio cuenta de que Warhol jugaba con ella, dirigió contra él su creciente ira contra los hombres y le disparó tres veces, con lo que estuvo a punto de matarlo. L@s coquet@s frí@s pueden estimular

sentimientos antes intelectuales que eróticos, menos pasión que fascinación. El odio que pueden suscitar es aún más insidioso y arriesgado, porque no tiene como contrapeso un amor profundo. Así, deben comprender los límites del juego, y los perturbadores efectos que ell@s pueden tener en personas poco estables.

## **El@ encantador@**

*El encanto es la seducción sin sexo. L@s encantador@s son manipulador@s consumad@s que encubren su destreza generando un ambiente de bienestar y placer. Su método es simple: desviar la atención de sí mism@s y dirigirla a su objetivo. Comprenden tu espíritu, sienten tu pena, se adaptan a tu estado de ánimo. En presencia de un@ encantador@, te sientes mejor. L@s encantador@s no discuten, pelean, se quejan ni fastidian: ¿qué podría ser más seductor? Al atraerte con su indulgencia, te hacen dependiente de ell@s, y su poder aumenta. Aprende a ejercer el hechizo del@ encantador@ apuntando a las debilidades primarias de la gente: vanidad y amor propio.*

## EL ARTE DEL ENCANTO

La sexualidad es sumamente perturbadora. Las inseguridades y emociones que suscita pueden interrumpir a menudo una relación que de otra manera se profundizaría y perduraría. La solución del@ encantador@ es satisfacer los aspectos tentadores y adictivos de la sexualidad —la atención concentrada, el mayor amor propio, el cortejo placentero, la comprensión (real o ilusoria)—, pero sustraer el sexo mismo. Esto no quiere decir que el@ encantador@ reprima o desaliente la sexualidad; bajo la superficie de toda tentativa de encantamiento acecha un señuelo sexual, una posibilidad. El encanto no puede existir sin un dejo de tensión sexual. Pero tampoco puede sostenerse a menos que el sexo se mantenga a raya o en segundo plano.

**A las aves se les atrapa con caramillos que imitan su voz, y a los hombres con los dichos más gratos a sus opiniones.**

**SAMUEL BUTLER**

La palabra «encanto» procede del latín *incantamentum*, «engaño», aunque también «conjuro», en el sentido de «pronunciación de fórmulas mágicas». El@ encantador@ conoce implícitamente este concepto, hechiza dándole a la gente algo que mantiene su atención, que le fascina. Y el secreto para captar la atención de la gente, y reducir al mismo tiempo sus facultades racionales, es atacar aquello sobre lo que tiene menos control: su ego, vanidad y amor propio. Como dijo Benjamin Disraeli: «Háblale a un hombre de sí mismo y escuchará horas enteras». Esta estrategia no debe ser obvia; la sutileza es la gran habilidad del@ encantador@. Para evitar que su objetivo entrevea sus esfuerzos, sospeche y hasta se aburra, es esencial un tacto ligero. El@ encantador@ es como un rayo de luz que no afecta de modo directo a un objetivo, sino que lo baña con un resplandor gratamente difuso.

El encantamiento puede aplicarse a un grupo tanto como a un individuo: un líder puede encantar a la gente. La dinámica es similar. Las siguientes son las leyes del encanto, entresacadas de los casos de l@s encantador@s más exitos@s de la historia.

La rama del árbol se encorva fácilmente si la doblas poco a poco, \ y se rompe si la tuerces poniendo a contribución todo tu vigor. \ Aprovechando el curso del agua, pasarás el río, \ y como te empeñes en nadar contra la corriente, te verás arrastrado por ella. \ Con habilidad y blandura se doman los tigres y leones de Numidia, \ y paso a paso se somete el toro al yugo del arado. [...] \ Cede a la que te resista; \ cediendo cantarás victoria. \ Arréglate de manera que hagas \ las imposiciones de su albedrío. \ ¿Reprueba ella una cosa?; repruébala tú \ y alábala si la alaba; lo que diga, repítelo, \ y niega aquello que niegue, \ ríete si se ríe, si llora haz saltar las lágrimas de tus ojos, \ y que tu semblante sea una fiel copia del suyo. \ Si juega, revolviendo los dados de marfil, juega tú con torpeza. [...] \ Y aunque sea bochornoso para un hombre libre, \ no te abochorne sostenerle el espejo: \ ella te lo agradecerá. [...]

OVIDIO, *EL ARTE DE AMAR*

***Haz de tu objetivo el centro de atención.*** L@s encantador@s se pierden en segundo plano; sus objetivos son su tema de interés. Para ser un@ encantador@, debes aprender a escuchar y observar. Deja hablar a tus objetivos, y con ello quedarán al descubierto. Al conocerlos mejor —sus fortalezas, y sobre todo sus debilidades—, podrás individualizar tu atención, apelar a sus deseos y necesidades específicos y ajustar tus halagos a sus inseguridades. Adaptándote a su espíritu y empatizando con sus congojas, los harás sentir mayores y mejores, y confirmarás su autoestima. Hazlos la estrella del espectáculo y cobrarán adicción y dependencia de ti. En un plano masivo, ten gestos de sacrificio (por falsos que sean) para mostrar a la gente que compartes su dolor y trabajas en su interés, puesto que el interés propio es la forma pública del egotismo.

***Sé una fuente de placer.*** Nadie quiere enterarse de tus problemas y dificultades. Escucha las quejas de tus objetivos, pero sobre todo distráelos de sus problemas dándoles placer. (Haz esto con la frecuencia suficiente y caerán bajo tu hechizo). Ser alegre y divertid@ siempre es más encantador que ser seri@ y censor@. De igual forma, una presencia enérgica es más cautivante que la letargia, la cual insinúa aburrimiento, un enorme tabú social; y la elegancia y el estilo se impondrán usualmente sobre la vulgaridad, pues a la mayoría de la gente le gusta asociarse con lo que considera elevado y culto. En política, brinda ilusión y mito más que realidad. En vez de pedir a los demás que se sacrifiquen por el bien común, habla de solemnes temas morales. Un llamamiento que haga sentir bien a la gente se traducirá en votos y poder.

**Invitado Disraeli, se presentó vistiendo un pantalón de terciopelo verde, un chaleco color canario, zapatos con hebillas y puños de encaje. Su apariencia sorprendió al principio; pero al levantarse de la mesa los convidados, comentaban que el comensal más espiritual era el señor del chaleco amarillo. Benjamin había progresado mucho en cuanto se refería a conversación mundana desde las comidas de casa de Murray. Fiel a su método, anotaba las etapas: «No hables demasiado al principio; pero si te decides a hacerlo, sé dueño de ti mismo. Habla con voz contenida y mirando fijamente a tu interlocutor. Antes de poder tomar con cierto éxito parte en la conversación general, hay que adquirir algunos conocimientos de asuntos sencillos, pero divertidos. Esto se consigue fácilmente escuchando y observando. No discutas jamás. Ten siempre aguzada la atención, porque de lo contrario se te escaparán las buenas ocasiones o cometerás alguna torpeza. Habla con las mujeres siempre que te sea posible. Es el mejor medio de acostumbrarse a hablar con facilidad, porque no necesitas medir tus pensamientos. Para un muchacho que entra en la vida, nada hay tan útil como las críticas de las mujeres».**

**ANDRÉ MAUROIS, *DISRAELI***

***Convierte el antagonismo en armonía.*** La corte es un caldero de rencor y envidia, en el que la amargura de un solo Casio perturbador puede tornarse pronto conspiración. El@ encantador@ sabe cómo resolver un conflicto. Jamás provoques antagonismos que resulten inmunes a tu encanto; frente a l@s agresiv@s, retírate, déjal@s conseguir sus pequeñas victorias. Cesión e indulgencia harán que, a fuerza de encanto, todo posible enemigo deponga su ira. Nunca critiques abiertamente a la gente; esto la hará sentirse insegura, y se resistirá al cambio. Siembra ideas, insinúa sugerencias. Encantada por tus habilidades diplomáticas, la gente no notará tu creciente poder.

***Induce a tus víctimas al sosiego y la comodidad.*** El encanto es como el truco del hipnotista con el reloj oscilante: entre más se relaje el objetivo, más fácil te será inclinarlo a tu voluntad. La clave para hacer que tus víctimas se sientan cómodas es ser su reflejo, adaptarse a sus estados de ánimo. Las personas son narcisistas; se sienten atraídas por quienes se parecen más a ellas. Da la impresión de que compartes sus valores y gustos, de que comprendes su espíritu, y caerán bajo tu hechizo. Esto da excelentes resultados si eres de fuera: demostrar que compartes los valores de tu grupo o país de adopción (que has aprendido su idioma, que prefieres sus costumbres, etcétera) es sumamente encantador, ya que esa preferencia es para ti una decisión, no un asunto de nacimiento. Jamás hostigues ni seas demasiado

persistente; estas irritantes cualidades destruirán la relajación que necesitas para hechizar.

**Ya sabes qué es el encanto: una manera de obtener como respuesta un sí sin haber hecho una pregunta clara.**

**ALBERT CAMUS**

***Muestra serenidad y dominio de ti mism@ ante la adversidad.*** La adversidad y los reveses brindan en realidad las condiciones perfectas para el encantamiento. Exhibir un aspecto tranquilo y sereno frente a lo desagradable relaja a los demás. Te hace parecer paciente, como a la espera de que el destino te ofrezca una carta mejor, o segur@ de que puedes cautivar a la suerte misma. Nunca muestres enojo, mal humor o deseo de venganza, todas ellas perjudiciales emociones que pondrán a la gente a la defensiva. En la política de grupos grandes, da la bienvenida a la adversidad como una oportunidad para exhibir las encantadoras cualidades de la magnanimidad y el aplomo. Que otr@s se pongan nervios@s y se disgusten; el contraste redundará en tu favor. Nunca te lamentes, nunca te quejes, nunca intentes justificarte.

***Vuélvete útil.*** Si la ejerces con sutileza, tu capacidad para mejorar la vida de los demás será endiabladamente seductora. Tus habilidades sociales resultarán importantes en este caso: crear una amplia red de aliados te dará la fuerza necesaria para vincular a las personas entre sí, lo que les hará sentir que conocerte les facilita la existencia. Esto es algo que nadie puede resistir. La continuidad es la clave: muchas personas encantarán prometiendo grandes cosas —un mejor trabajo, un nuevo contacto, un gran favor—; pero si no las cumplen, se harán de enemigos en vez de amigos. Cualquiera puede prometer algo; lo que te distingue, y te vuelve encantador@, es tu capacidad para cumplir, para honrar tu promesa con una acción firme. A la inversa, si alguien te hace un favor, manifiesta tu gratitud en forma concreta. En un mundo de humo y alarde, la acción real y la verdadera utilidad son quizá el máximo encanto.

**Un discurso arrebatador y aplaudido es con frecuencia menos sugestivo, porque confiesa la intención de serlo. Los interlocutores actúan los unos sobre los otros, de muy cerca, por el timbre de voz, la mirada, la fisonomía, los pases magnéticos, los gestos, y no solo por el lenguaje. Se dice con razón de un buen conversador que es un encantador en el sentido mágico.**



**GUSTAVE TARDE, *L'OPINION ET LA FOULE*, CITADO EN  
SERGE MOSCOVICI, *LA ERA DE LAS MULTITUDES***

**EJEMPLOS DE ENCANTADOR@S**

1. A principios de la década de 1870, la reina Victoria de Inglaterra llegó a un mal momento en su vida. Su amado esposo, el príncipe Alberto, había muerto en 1861, dejándola más que acongojada. En todas sus decisiones, ella siempre había confiado en su consejo; era demasiado inculta e inexperta para actuar de otra forma, o al menos así se le había hecho sentir. En realidad, con la muerte de Alberto los debates y asuntos políticos habían terminado por aburrirle en extremo. Victoria se apartó gradualmente de la vista pública. En consecuencia, la monarquía perdía popularidad, y por lo tanto poder.

En 1874, el partido conservador asumió el gobierno, y su líder, Benjamin Disraeli, de setenta años de edad, se convirtió en primer ministro. El protocolo de toma de posesión de su cargo le exigía presentarse en el palacio para sostener una reunión privada con la reina, entonces de cincuenta y cinco años. No habría sido posible imaginar dos colegas más dispares: Disraeli, judío de nacimiento, era de piel morena y rasgos exóticos para los estándares ingleses; de joven había sido un *dandy*, su atuendo había rayado en lo extravagante y él había escrito novelas populares de estilo romántico, y aun gótico. La reina, por su parte, era adusta y obstinada, de actitud formal y gusto simple. Para complacerla, se aconsejó a Disraeli moderar su natural elegancia; pero él no hizo caso a lo que todos le dijeron, y apareció ante ella como un príncipe galante, se postró sobre una rodilla, tomó su mano, se la besó y dijo: «Empeño mi palabra a la más bondadosa de las señoras». Prometió que, en adelante, su labor consistiría en hacer realidad los sueños de Victoria. Elogió tan exageradamente sus cualidades que ella se sonrojó; pero, por increíble que parezca, la reina no lo juzgó cómico ni ofensivo, sino que salió sonriendo de la entrevista. Quizá debía dar una oportunidad a ese hombre tan extraño, pensó, y esperó a ver qué haría después.

**La cera, sustancia naturalmente dura y quebradiza, puede  
ablandarse aplicando un poco de calor, para que adopte la forma  
que se quiera. De igual modo, siendo cortés y amistoso, uno puede**

**volver a la gente maleable y atenta, aunque tienda a ser refunfuñona y malévola. De ahí que la cortesía sea a la naturaleza humana lo que el calor a la cera.**

**ARTHUR SCHOPENHAUER, *CONSEJOS Y MÁXIMAS***

Victoria empezó a recibir pronto informes de Disraeli —sobre debates parlamentarios, asuntos políticos, etcétera— completamente distintos a los escritos por otros primeros ministros. Dirigiéndose a ella como «Reina Benefactora», y dando a los diversos enemigos de la monarquía todo tipo de infames nombres en clave, llenaba sus notas de chismes. En un mensaje sobre un nuevo miembro del gabinete, escribió: «Tiene más de uno noventa de estatura; como los de San Pedro en Roma, nadie repara al principio en sus dimensiones. Pero posee la sagacidad del elefante tanto como su figura». El espíritu despreocupado e informal del primer ministro rayaba en falta de respeto, pero la reina estaba fascinada. Leía vorazmente sus informes y, casi sin darse cuenta, su interés en la política renació.

**Nunca expliques. Nunca te quejes.**

**BENJAMIN DISRAELI**

Al principio de su relación, Disraeli le regaló a la reina todas sus novelas. Ella le obsequió a cambio el único libro que había escrito, *Journal of Our Life in the Highlands*. Desde entonces, en sus cartas y conversaciones con ella él soltaba la frase «Nosotros los autores...». La reina resplandecía de orgullo. Ella a su vez lo sorprendía elogiándola frente a otras personas: sus ideas, sentido común e intuición femenina, decía él, la igualaban a Isabel I. Rara vez Disraeli discrepaba de ella. En reuniones con otros ministros, él se volvía de pronto a pedirle consejo. En 1875, cuando se las arregló para comprar el Canal de Suez al muy endeudado jedive de Egipto, Disraeli presentó su logro a la reina como realización de sus ideas sobre la expansión del imperio británico. Ella no sabía por qué, pero su seguridad en sí misma crecía a pasos agigantados.

En una ocasión, Victoria mandó flores a su primer ministro. Él correspondió el favor tiempo después, y le envió primulas, una flor tan común que otras destinatarias habrían podido ofenderse; pero el ramo iba acompañado por esta nota: «De todas las flores, la que conserva más tiempo su belleza es la dulce primula». Disraeli envolvía poco a poco a Victoria en una atmósfera de fantasía, en la que todo era metáfora, y la sencillez de esa flor simbolizaba por supuesto a la reina, y también la relación entre ambos líderes. Victoria mordió el anzuelo: las primulas eran pronto sus flores favoritas. De hecho, todo lo que Disraeli hacía merecía ya su aprobación. Ella le

permitía tomar asiento en su presencia, privilegio inaudito. Uno y otro empezaron a intercambiar tarjetas de San Valentín cada febrero. La reina preguntaba a la gente qué había dicho Disraeli en una fiesta; cuando él prestó demasiada atención a la emperatriz Augusta de Alemania, ella se puso celosa. Los miembros de la corte se preguntaban qué había sido de la formal y obstinada mujer que ellos conocían; la reina actuaba como una niña encaprichada.

En 1876, Disraeli promovió en el parlamento un proyecto de ley para declarar a Victoria «reina emperatriz». La soberana no cupo en sí de alegría. Por gratitud, y sin duda también por estimación, elevó a ese *dandy* y novelista judío a la dignidad de lord, nombrándolo conde de Beaconsfield, realización de un sueño de toda la vida.

Disraeli sabía lo engañosas que pueden ser las apariencias: la gente lo había juzgado siempre por su semblante y modo de vestir, y él había aprendido a no hacer nunca lo mismo con ella. Así, no se dejó engañar por el aspecto adusto y grave de la reina Victoria. Debajo de él, intuyó, había una mujer anhelante de que un hombre apelara a su lado femenino; una mujer afectuosa, cordial, incluso sexual. El grado en que este lado de Victoria había sido reprimido revelaba meramente la intensidad de los sentimientos que él removería una vez derretida su reserva.

El método de Disraeli consistió en apelar a dos aspectos de la personalidad de Victoria que otros individuos habían acallado: su seguridad en sí misma y su sexualidad. Él era un maestro para halagar el ego de una persona. Como comentó una princesa inglesa: «Cuando salí del comedor tras haberme sentado junto a Mister Gladstone, pensé que él era el hombre más listo de Inglaterra. Pero luego de haberme sentado junto a Mister Disraeli, pensé que yo era la mujer más lista de Inglaterra». Disraeli obraba su magia con un toque delicado, que insinuaba una atmósfera divertida y relajada, en particular en relación con la política. Una vez que la reina bajó la guardia, él volvió ese estado anímico un poco más cálido, un poco más sugestivo, sutilmente sexual, aunque desde luego sin un flirteo declarado. Disraeli hizo sentir a Victoria deseable como mujer y talentosa como monarca. ¿Cómo podía ella resistirse? ¿Cómo podía negarle algo?

Nuestra personalidad suele estar moldeada por la forma como nos tratan: si nuestros padres o cónyuge son defensiv@s o discutiendor@s con nosotr@s, tenderemos a reaccionar de la misma manera. Nunca confundas los rasgos externos de la gente con la realidad, porque el carácter que ella muestra en la superficie podría ser un mero reflejo de las personas con las que ha estado más en contacto, o una fachada que encubre lo contrario. Una apariencia áspera podría ocultar a una persona que muere por recibir cordialidad; un tipo reprimido y de aspecto grave bien podría estar haciendo un esfuerzo por esconder emociones incontrolables. Esta es la clave del encantamiento: fomentar lo reprimido o negado.

Al mimar a la reina y convertirse en una fuente de placer para ella, Disraeli pudo ablandar a una mujer que se había vuelto dura y pendenciera. La indulgencia es un poderoso instrumento de seducción: es difícil enojarse o ponerse a la defensiva con

alguien que parece estar de acuerdo con tus opiniones y gustos. L@s encantador@s pueden parecer más débiles que sus objetivos, pero al final son la parte más fuerte, porque han privado a la otra de su capacidad para resistirse.

2. En 1971, el financiero y estratega del partido demócrata de Estados Unidos, Averell Harriman vio que su vida se acercaba a su fin. Tenía setenta y nueve años; su esposa, Marie, con quien había estado casado mucho tiempo, acababa de morir, y su carrera política parecía haber terminado, estando los demócratas fuera del gobierno. Sintiendo viejo y deprimido, se resignó a pasar sus últimos años con sus nietos en tranquilo retiro.

Meses después de la muerte de Marie, Harriman fue invitado a una fiesta en Washington. Ahí encontró a una vieja amiga, Pamela Churchill, a quien había conocido durante la segunda guerra mundial, en Londres, donde se le envió como emisario personal del presidente Franklin D. Roosevelt. Ella tenía entonces veintiún años, y era la esposa del hijo de Winston Churchill, Randolph. Desde luego, había mujeres más hermosas que ella en esa ciudad, pero ninguna había sido tan grata compañía: Pamela era muy atenta, escuchaba los problemas de Averell, se hizo amiga de la hija de este (eran de la misma edad) y lo serenaba cada vez que se veían. Marie se había quedado en Estados Unidos, y Randolph estaba en el ejército, así que, mientras llovían bombas sobre Londres, Averell y Pamela iniciaron una aventura. Y en los muchos años tras la guerra, ella se había mantenido en contacto: él se enteró de su ruptura matrimonial, y de su interminable serie de romances con los *playboys* más ricos de Europa. Pero no la había visto desde su regreso a Estados Unidos, y al lado de su esposa. Era una extraña coincidencia toparse con Pamela justo en ese momento de su vida.

En aquella fiesta, Pamela sacó a Harriman de su concha, se rio de sus chistes y lo indujo a hablar de Londres en los gloriosos días de la guerra. Él sintió recuperar su antigua fuerza, que era él quien encantaba a ella. Días después, Pamela pasó a verlo a una de sus casas de fines de semana. Harriman era uno de los hombres más ricos del mundo, pero no un derrochador; Marie y él habían tenido una vida espartana. Pamela no hizo ningún comentario, pero cuando lo invitó a su casa, él no pudo menos que notar la brillantez y vibración de su vida: flores por todas partes, hermosa ropa de cama, platillos maravillosos (ella parecía estar al tanto de todas sus comidas favoritas). Averell conocía su fama de cortesana y comprendía que su propia riqueza constituyera un atractivo para ella, pero estar a su lado era tonificante, y ocho semanas después de esa fiesta se casaron.

Pamela no se detuvo ahí. Convenció a su esposo de donar a la National Gallery las obras de arte que Marie coleccionaba. También logró que se desprendiera de algo de su dinero: un fideicomiso para Winston, el hijo de ella; nuevas casas, remodelaciones constantes. Su método fue sutil y paciente; de alguna manera hacía que Averell se sintiera bien al darle lo que ella quería. En unos años, casi no quedaban huellas de Marie en la vida de ambos. Harriman pasaba menos tiempo con

sus hijos y nietos. Parecía vivir una segunda juventud.

En Washington, los políticos y sus esposas veían a Pamela con desconfianza. Creían entrever sus verdaderos propósitos, y eran inmunes a su encanto, o al menos eso creían. Pero siempre iban a las frecuentes fiestas que ella organizaba, justificándose con la idea de que asistirían personas poderosas. Todo en esas fiestas estaba calibrado para crear una atmósfera relajada e íntima. Nadie se sentía ignorado: las personas poco importantes terminaban platicando con Pamela, abriéndose a esa atenta mirada suya. Ella las hacía sentir poderosas y respetadas. Luego les enviaba una nota personal o un regalo, a menudo en referencia a algo que habían mencionado en su conversación con ella. Las esposas que la habían llamado cortesana, y cosas peores, cambiaron poco a poco de opinión. Los hombres la consideraban no solo cautivadora, sino también útil: sus relaciones en el mundo entero eran invaluable. Ella podía ponerlos en contacto con la persona indicada sin que ellos tuvieran que pedirlo siquiera. Las fiestas de los Harriman se convirtieron pronto en actos de recaudación de fondos para el partido demócrata. Agosto, sintiéndose elevados por la aristocrática atmósfera que Pamela creaba y la importancia que les concedía, los visitantes vaciaban sus carteras sin saber por qué. Así habían actuado, por supuesto, todos los hombres con quienes ella había convivido hasta entonces.

Averell Harriman murió en 1986. Para entonces Pamela era tan rica y poderosa que ya no tenía necesidad de un hombre a su lado. En 1993 se le nombró embajadora de Estados Unidos en Francia, y transfirió fácilmente su encanto personal y social al mundo de la diplomacia política. Aún trabajaba al morir, en 1997.

A menudo reconocemos como tales a l@s encantador@s: sentimos su ingenio. (Sin duda Harriman comprendió que su encuentro con Pamela Churchill, en 1971, no fue una coincidencia). No obstante, siempre caemos bajo su hechizo. La razón es simple: la sensación que l@s encantador@s brindan es tan rara que bien vale la pena.

El mundo está lleno de personas absortas en sí mismas. En su presencia, sabemos que todo en nuestra relación con ellas gira a su alrededor: sus inseguridades, necesidades, anhelo de atención. Esto refuerza nuestras tendencias egocéntricas; nos cerramos para protegernos. Este es un síndrome que no hace sino volvernos más indefens@s ante l@s encantador@s. Primero, ell@s no hablan mucho de sí mism@s, lo que aumenta su misterio y oculta sus limitaciones. Segundo, parecen interesarse en nosotr@s, y su interés es tan delicioso e intenso que nos relajamos y abrimos a ell@s. Por último, l@s encantador@s son una compañía grata. No tienen ninguno de los defectos de la mayoría de la gente: no son rezongon@s, quejumbros@s ni autoafirmativ@s. Parecen saber qué es lo que complace. La suya es una calidez difusa: unión sin sexo. (Podría pensarse que una *geisha* es sexual tanto como encantadora; pero su poder no reside en los favores sexuales que presta, sino en su rara y modesta atención). Inevitablemente, nos volvemos adict@s, y dependientes. Y

la dependencia es la fuente del poder del@ encantador@.

Las personas dotadas de belleza física, y que explotan esa belleza para generar una presencia sexualmente intensa, tienen a la larga poco poder; la flor de la juventud se marchita, siempre hay alguien más joven y hermos@, y en todo caso la gente se cansa de la belleza sin gracia social. Pero jamás se cansa de sentir confirmada su autoestima. Conoce el poder que puedes ejercer haciendo que la otra persona se sienta la estrella. La clave es difuminar tu presencia sexual: crear una vaga y cautivadora sensación de excitación mediante un coqueteo generalizado, una socializada sexualidad constante, adictiva y nunca satisfecha del todo.

3. En diciembre de 1936, Chiang Kai-shek, líder de los nacionalistas chinos, fue capturado por un grupo de soldados suyos, molestos por sus medidas: en vez de combatir a los japoneses, que acababan de invadir China, proseguía en su guerra civil contra los ejércitos comunistas de Mao Tse-Tung. Esos soldados no veían ninguna amenaza en Mao; Chiang había aniquilado casi por completo a los comunistas. De hecho, creían que debía unir fuerzas con Mao contra el enemigo común; eso era lo verdaderamente patriótico por hacer. Los soldados creyeron que, capturándolo, podían obligar a Chiang a cambiar de opinión, pero él era un hombre obstinado. Como él era el principal impedimento para una guerra unificada contra los japoneses, los soldados contemplaron la posibilidad de hacerlo ejecutar, o de entregarlo a los comunistas.

Mientras Chiang estuviera en prisión, no podía menos que imaginar lo peor. Días después recibió la visita de Chou En-lai, antiguo amigo y entonces líder comunista. Cortés y respetuosamente, Chou argumentó a favor de un frente unido: comunistas y nacionalistas contra los japoneses. Pero Chiang no quería saber nada de eso; odiaba con pasión a los comunistas, y se alteró sobremanera. Firmar un acuerdo con ellos en esas circunstancias, vociferó, sería humillante, y él perdería su honor ante su ejército. Imposible. Que lo mataran si creían estar en su deber.

Chou escuchó, sonrió y apenas si dijo una palabra. Cuando Chiang terminó su perorata, le dijo que entendía su preocupación por el honor, pero que lo honorable para ellos era olvidar sus diferencias y combatir al invasor. Chiang podría conducir ambos ejércitos. Finalmente, Chou dijo que por ninguna razón permitiría que sus compañeros comunistas, y nadie en realidad, ejecutara a un hombre tan distinguido como Chiang Kai-shek. El líder nacionalista quedó asombrado y conmovido.

Al día siguiente, Chiang salió de la prisión escoltado por guardias comunistas, quienes lo trasladaron a un avión de su ejército y lo devolvieron a su cuartel. Al parecer, Chou había aplicado esta medida por iniciativa propia; porque cuando la noticia llegó a oídos de otros líderes comunistas, se indignaron: Chou debía haber obligado a Chiang a pelear contra los japoneses, u ordenado su ejecución; liberarlo sin concesiones era el colmo de la pusilanimidad, y Chou lo pagaría. Chou no dijo nada, y esperó. Meses después, Chiang firmó un acuerdo para poner fin a la guerra civil y unirse a los comunistas contra los japoneses. Parecía haber llegado solo a

esta decisión, y su ejército la respetó; no podía dudar de sus motivos.

Operando en común, nacionalistas y comunistas expulsaron de China a los japoneses. Pero los comunistas, a quienes Chiang casi había destruido previamente, aprovecharon este periodo de colaboración para recuperar fuerzas. Una vez ausentes los japoneses, la emprendieron contra los nacionalistas, quienes, en 1949, fueron obligados a dejar la China continental por la isla de Formosa, hoy Taiwán.

Mao visitó entonces la Unión Soviética. China estaba en condiciones terribles y en desesperada necesidad de asistencia, pero Stalin desconfiaba de los chinos, y sermoneó a Mao por los muchos errores que había cometido. Mao se defendió. Stalin decidió dar una lección a ese joven advenedizo: no daría nada a China. Los ánimos se exaltaron. Mao envió de urgencia por Chou En-lai, quien llegó al día siguiente y se puso a trabajar de inmediato.

En las largas sesiones de negociación, Chou fingió disfrutar del vodka de sus anfitriones. Nunca discutió, y de hecho aceptó que los chinos habían cometido muchos errores, y tenían mucho que aprender de los experimentados soviéticos: «Camarada Stalin», dijo a este último, «el nuestro es el primer gran país de Asia en sumarse al bando socialista, bajo la dirección de usted». Chou había llegado preparado con todo tipo de precisos diagramas y gráficas, sabiendo que a los rusos les gustaban esas cosas. Stalin se entusiasmó con él. Las negociaciones continuaron, y días después del arribo de Chou las partes firmaron un tratado de asistencia mutua, mucho más beneficioso para los chinos que para los soviéticos.

En 1959, China estaba otra vez en enormes dificultades. El Gran Salto Adelante de Mao, un intento por desencadenar una súbita revolución industrial en China, había sido un fracaso devastador. La gente estaba enojada: se moría de hambre mientras los burócratas de Pekín vivían bien. Muchos funcionarios de Pekín, Chou entre ellos, volvieron a sus respectivas ciudades natales para tratar de poner orden. La mayoría lo logró con sobornos —prometiéndole toda clase de favores—, pero Chou procedió de otra manera: visitó el cementerio de sus antepasados, donde estaban sepultadas generaciones enteras de su familia, y ordenó retirar las lápidas y enterrar los ataúdes más abajo. La tierra podría cultivarse entonces para producir alimentos. En términos confucianos (y Chou era un obediente confuciano), esto era sacrilegio, pero todos sabían qué significaba: que Chou estaba dispuesto a sufrir en lo personal. Todos debían sacrificarse, aun los líderes. Su gesto tuvo un inmenso impacto simbólico.

Cuando Chou murió, en 1976, un desbordamiento extraoficial y desorganizado de pesar público tomó por sorpresa al gobierno. No entendía cómo un hombre que había trabajado tras bastidores, y rehuido a la adoración de las masas, había podido conquistar tal afecto.

La captura de Chiang Kai-shek fue un momento crucial en la guerra civil. Ejecutarlo habría sido desastroso: Chiang había mantenido unido al ejército nacionalista, y sin él este podía dividirse en facciones, lo que permitiría a los japoneses invadir el país. Obligarlo a firmar un acuerdo tampoco habría servido de

nada: él se habría desprestigiado ante su ejército, jamás habría honrado el acuerdo y habría hecho todo lo posible por vengar su humillación. Chou sabía que ejecutar o forzar a un cautivo no hace más que envalentonar a un enemigo, y tiene repercusiones imposibles de controlar. El encantamiento, por el contrario, es una arma de manipulación que oculta sus maniobras, lo que permite obtener la victoria sin provocar el deseo de venganza.

Chou influyó perfectamente en Chiang, mostrándole respeto, haciéndose pasar por inferior a él, permitiéndole transitar del temor de la ejecución al alivio de una liberación inesperada. Al general nacionalista se le autorizó marcharse con su dignidad intacta. Chou sabía que todo esto lo ablandaría, sembrando la semilla de la idea de que quizá los comunistas no eran tan malos después de todo, y de que él podía cambiar de opinión sobre ellos sin parecer débil, en particular si lo hacía en forma independiente, no estando en prisión. Chou aplicó la misma filosofía a cada una de las situaciones descritas: mostrarse inferior, inofensivo y humilde. Esto importará si al final obtienes lo que quieres: tiempo de recuperación de una guerra civil, un tratado, la buena voluntad de las masas.

El tiempo es tu principal arma. Conserva pacientemente en tu cabeza tu meta a largo plazo, y ni una persona ni un ejército podrán oponerte resistencia. Y el encanto es la mejor manera de ganar tiempo, o de ampliar tus opciones en cualquier situación. Por medio del encanto puedes seducir a tu enemigo para hacerlo retroceder, lo que te concederá el espacio psicológico que necesitas para urdir una contraestrategia efectiva. La clave es lograr que a los demás los venzan sus emociones mientras tú permaneces indiferente. Ellos podrán sentirse agradecidos, felices, conmovidos, arrogantes: lo que sea, siempre y cuando sientan. Una persona emotiva es una persona distraída. Dale lo que quiere, apela a su interés propio, hazla sentir superior a ti. Cuando un bebé toma un cuchillo filoso, no trates de arrebátárselo; en cambio, mantén la calma, ofrécele dulces, y el bebé soltará el cuchillo para tomar el bocado tentador que le brindas.

4. En 1761 murió la emperatriz Isabel de Rusia, y su sobrino ascendió al trono, bajo el nombre de Pedro III. Pedro había sido siempre un niño en el fondo —jugaba con soldados de juguete mucho después de la edad apropiada para ello—, y entonces, como zar, podría hacer finalmente lo que se le antojara, y que el mundo rabiase. Así, firmó con Federico el Grande un tratado muy favorable para el soberano extranjero (Pedro adoraba a Federico, y en particular la disciplina con que marchaban sus soldados prusianos). Esta fue una debacle en los hechos; pero en asuntos relativos a la emoción y la etiqueta, Pedro fue más injurioso todavía: se negó a guardar luto con propiedad por su tía la emperatriz, y reanudó sus juegos de guerra y sus fiestas pocos días después del funeral. ¡Qué contraste con su esposa, Catalina! Ella se mostró respetuosa durante el sepelio, aún vestía de negro meses después y a toda hora se le veía junto a la tumba de Isabel, rezando y llorando. No era rusa siquiera, sino una princesa alemana que había llegado al este para casarse con



Pedro, en 1745, sin saber una sola palabra de la lengua nacional. Aun el más rústico campesino sabía que Catalina se había convertido a la Iglesia ortodoxa rusa, y que había aprendido a hablar ruso con increíble rapidez, y soltura. Ella era en el fondo, se pensaba, más rusa que todos esos petimetres de la corte.

Durante esos difíciles meses, mientras Pedro ofendía a casi todos en el país, Catalina mantuvo discretamente un amante, Grigori Orlov, teniente de la guardia real. Fue por medio de Orlov que se esparció la noticia de su piedad, su patriotismo, su aptitud para gobernar; de cuánto mejor era seguir a esa mujer que servir a Pedro. A altas horas de la noche, Catalina y Orlov conversaban, y él le decía que el ejército estaba con ella y la instaba a dar un golpe de Estado. Ella escuchaba con atención, pero siempre contestaba que no era momento para tales cosas. Orlov se preguntaba si quizá ella era demasiado delicada y pasiva para una decisión tan importante.

El régimen de Pedro fue represivo, y los arrestos y ejecuciones se acumularon. Él también se volvió más abusivo con su esposa, amenazando con divorciarse y casarse con su amante. Una noche de copas, fuera de sí por el silencio de Catalina y su incapacidad para provocarla, él ordenó su arresto. La noticia se propagó pronto, y Orlov corrió a advertir a Catalina que se le encarcelaría o ejecutaría a menos que actuara rápido. Esta vez Catalina no discutió: se puso su vestido de luto más sencillo, apenas si se arregló el cabello, siguió a Orlov hasta un carruaje que la esperaba y se precipitó al cuartel del ejército. Ahí los soldados se postraron y besaron la orla de su vestido: habían oído hablar mucho de ella, pero nadie la había visto nunca en persona, y les pareció una estatua de la Virgen que hubiese cobrado vida. Le dieron un uniforme militar, maravillándose de lo hermosa que se veía con ropa de hombre, y marcharon bajo el mando de Orlov al Palacio de Invierno. La procesión creció conforme atravesaba las calles de San Petersburgo. Todos aplaudían a Catalina, todos pensaban que Pedro debía ser destronado. Pronto llegaron sacerdotes a dar a Catalina su bendición, lo que emocionó aún más al pueblo. Y en medio de todo eso, ella guardaba silencio y dignidad, como dejando todo en manos del destino.

Cuando Pedro se enteró de esa rebelión pacífica, se puso histérico, y aceptó abdicar esa misma noche. Catalina se volvió emperatriz sin una sola batalla, y ni siquiera un disparo.

De niña, Catalina había sido inteligente y animosa. Como su madre quería una hija obediente antes que deslumbrante, y que fuera por lo tanto un buen partido, la niña fue sometida a una constante andanada de críticas, contra las que desarrolló una defensa: aprendió a parecer totalmente deferente con otras personas, como vía para neutralizar su agresividad. Si era paciente y no insistía, en vez de atacarla ellas caerían bajo su hechizo.

Cuando Catalina llegó a Rusia —a los dieciséis años de edad, sin un amigo ni aliado en el país—, aplicó las habilidades que había aprendido en el difícil trato con su madre. Ante los monstruos de la corte —la imponente emperatriz Isabel, su infantil esposo Pedro, los interminables intrigantes y traidores—, ella hacía

reverencias, complacía, esperaba y encantaba. Desde tiempo atrás deseaba gobernar como emperatriz, y sabía lo incorregible que era su esposo. ¿Pero de qué le habría servido tomar el poder por la fuerza, haciendo un reclamo que sin duda algunos considerarían ilegítimo, y luego tener que preocuparse siempre de que se le destronara a su vez? No, era preciso esperar el momento indicado, y ella tenía que lograr que el pueblo la llevara al poder. Era un estilo femenino de revolución: al ser pasiva y paciente, Catalina insinuaba no interesarse en el poder. El efecto fue calmante, encantador.

Siempre habrá personas difíciles que debemos enfrentar: el@ insegur@ crónic@, el@ obstinad@ irremediable, l@s quejumbros@s histéric@s. Tu capacidad para desarmar a esas personas resultará una habilidad invaluable. Pero debes tener cuidado: si te muestras pasiv@, te arrollarán; si afirmativ@, acentuarás sus monstruosas cualidades. La seducción y el encanto son las contraarmas más efectivas. Por fuera, sé cortés. Adáptate a sus estados de ánimo. Accede a su espíritu. Por dentro, calcula y espera: tu rendición es una estrategia, no un modo de vida. Cuando llegue el momento —e inevitablemente llegará—, se invertirán las posiciones. Su agresividad las meterá en problemas, y eso te pondrá en posición de rescatarlas, con lo que recobrarás tu superioridad. (También podrías decidir que ya basta, y relegarlas al olvido). Tu encanto les ha impedido prever o sospechar esto. Una revolución entera puede efectuarse sin un solo acto de violencia, esperando simplemente a que la manzana madure y caiga.

### **Símbolo:**

**El espejo. Tu espíritu sostiene  
un espejo ante los demás. Cuando te ven, se ven:  
sus valores, gustos, aun defectos. Su eterno amor por su imagen  
es cómodo e hipnótico: foméntalo. Nadie ve más allá del espejo.**

## **PELIGROS**

Hay quienes son inmunes al@ encantador@, en particular l@s cínic@s y l@s confiad@s, que no necesitan confirmación. Estas personas suelen suponer que l@s encantador@s engañan y no son de fiar, y pueden causarte problemas. La solución es hacer lo que hace por naturaleza la mayoría de l@s encantador@s: amistar y cautivar a tantas personas como sea posible. Asegura numéricamente tu poder y no tendrás

que preocuparte por l@s poc@s que no puedas seducir. La bondad de Catalina la Grande con todos con los que conocía le produjo una amplia reserva de buena voluntad que rindió frutos después. Asimismo, a veces es encantador revelar un defecto estratégico. ¿Hay una persona que te desagrada? Confiésalo abiertamente, no pretendas encantar a ese enemigo, y la gente te creará más human@, menos escurridiz@. Disraeli tuvo ese chivo expiatorio en su gran némesis, William Gladstone.

Los peligros del encanto político son más difíciles de manejar: tu método conciliador, movedizo y flexible de hacer política volverá enemigos tuyos a todos los rígidos creyentes de una causa. Seductores sociales como Bill Clinton o Henry Kissinger a menudo pueden conquistar al adversario más empedernido con su encanto personal, pero no pueden estar en todos lados al mismo tiempo. Muchos miembros del parlamento inglés juzgaban a Disraeli un sospechoso maquinador; en persona, su atractiva actitud podía disipar esas opiniones, pero él no podía abordar, uno por uno, a todos los integrantes del parlamento. En tiempos difíciles, cuando la gente ansía algo firme y sustancial, el@ encantador@ polític@ puede verse en peligro.

Como demostró Catalina la Grande, el momento oportuno lo es todo. L@s encantador@s deben saber cuándo hibernar, y cuándo es oportuno su poder de persuasión. Conocid@s por su flexibilidad, a veces deben ser lo bastante flexibles para actuar con inflexibilidad. Chou En-lai, el camaleón consumado, podía hacerse pasar por comunista a ultranza cuando le convenía. Nunca seas esclav@ de tus poderes de encantamiento; manténlos bajo control, para que puedas desactivarlos y activarlos a voluntad.

## **El@ carismátic@**

*El carisma es una presencia que nos excita. Procede de una cualidad interior —seguridad, energía sexual, determinación, placidez— que la mayoría de la gente no tiene y desea. Esta cualidad resplandece, e impregna los gestos de l@s carismátic@s, haciéndol@s parecer extraordinari@s y superiores, e induciéndonos a imaginar que son más grandes de lo que parecen: dios@s, sant@s, estrellas. Ell@s aprenden a aumentar su carisma con una mirada penetrante, una oratoria apasionada y un aire de misterio. Pueden seducir a gran escala. Crea la ilusión carismática irradiando fuerza, aunque sin involucrarte.*

## CARISMA Y SEDUCCIÓN

El carisma es seducción en un plano masivo. L@s carismátic@s hacen que multitudes se enamoren de ell@s, y luego las conducen. Ese proceso de enamoramiento es simple y sigue un camino similar al de una seducción entre dos personas. L@s carismátic@s tienen ciertas cualidades muy atractivas y que l@s distinguen. Podrían ser su creencia en sí mism@s, su osadía, su serenidad. Mantienen en el misterio la fuente de estas cualidades. No explican de dónde procede su seguridad o satisfacción, pero todos a su lado la sienten: resplandece, sin una impresión de esfuerzo consciente. El rostro del@ carismátic@ suele estar animado, y lleno de energía, deseo, alerta: como el aspecto de un@ amante, instantáneamente atractiv@, incluso vagamente sexual. Seguimos con gusto a l@s carismátic@s porque nos agrada ser guiad@s, en particular por personas que ofrecen aventura o prosperidad. Nos perdemos en su causa, nos apegamos emocionalmente a ellas, nos sentimos más viv@s creyendo en ellas: nos enamoramos. El carisma explota la sexualidad reprimida, crea una carga erótica. Sin embargo, esta palabra no es de origen sexual, sino religioso, y la religión sigue profundamente incrustada en el carisma moderno.

**Por «carisma» se entiende una cualidad extraordinaria de una persona, sin importar si esa cualidad es real, supuesta o presunta. De ahí que «autoridad carismática» aluda a un régimen sobre hombres, ya sea predominantemente externo o interno, al que los gobernados se someten a causa de su creencia en una cualidad extraordinaria de la persona específica.**

**MAX WEBER, DE *MAX WEBER: ENSAYOS DE SOCIOLOGÍA*,  
EDICIÓN DE HANS GERTH Y C. WRIGHT MILLS**

Hace miles de años, la gente creía en dioses y espíritus, pero muy poc@s podían decir que hubieran presenciado un milagro, una demostración física del poder divino. Sin embargo, un hombre que parecía poseído por un espíritu divino —y que hablaba en lenguas, arrebatos de éxtasis, expresión de intensas visiones— sobresalía

como alguien a quien los dioses habían elegido. Y este hombre, sacerdote o profeta, obtenía enorme poder sobre los demás. ¿Qué hizo que los hebreos creyeran en Moisés, lo siguieran fuera de Egipto y le fuesen fieles, pese a su interminable errancia en el desierto? La mirada de Moisés, sus palabras inspiradas e inspiradoras, su rostro, que brillaba literalmente al bajar del monte Sinaí: todo esto daba la impresión de que tenía comunicación directa con Dios, y era la fuente de su autoridad. Y eso era lo que se entendía por «carisma», palabra griega en referencia a los profetas y a Cristo mismo. En el cristianismo primitivo, el carisma era un don o talento otorgado por la gracia de Dios y revelador de su presencia. La mayoría de las grandes religiones fueron fundadas por un carismático, una persona que exhibía físicamente las señales del favor de Dios.

Al paso del tiempo, el mundo se volvió más racional. Finalmente, la gente obtenía poder no por derecho divino, sino porque ganaba votos, o demostraba su aptitud. Sin embargo, el gran sociólogo alemán de principios del siglo xx, Max Weber, señaló que, pese a nuestro supuesto progreso, entonces había más carismáticos que nunca. Lo que caracterizaba a un carismático moderno, según él, era la impresión de una cualidad extraordinaria en su carácter, equivalente a una señal del favor de Dios. ¿Cómo explicar si no, el poder de un Robespierre o un Lenin? Más que nada, lo que distinguía a esos hombres, y constituía la fuente de su poder, era la fuerza de su magnética personalidad. No hablaban de Dios, sino de una gran causa, visiones de una sociedad futura. Su atractivo era emocional; parecían poseídos. Y su público reaccionaba con tanta euforia como el antiguo público ante un profeta. Cuando Lenin murió, en 1924, se formó un culto en su memoria, que transformó al líder comunista en deidad.

Hoy, de cualquier persona con presencia, que llame la atención al entrar a una sala, se dice que posee carisma. Pero aun estos géneros menos exaltados de carismáticos muestran un indicio de la cualidad sugerida por el significado original de la palabra. Su carisma es misterioso e inexplicable, nunca obvio. Poseen una seguridad inusual. Tienen un don —facilidad de palabra, a menudo— que los distingue de la muchedumbre. Expresan una visión. Tal vez no nos demos cuenta de ello, pero en su presencia tenemos una especie de experiencia religiosa: creemos en esas personas, sin tener ninguna evidencia racional para hacerlo. Cuando intentes forjar un efecto de carisma, nunca olvides la fuente religiosa de su poder. Debes irradiar una cualidad interior con un dejo de santidad o espiritualidad. Tus ojos deben brillar con el fuego de un profeta. Tu carisma debe parecer natural, como si procediera de algo misteriosamente fuera de tu control, un don de los dioses. En nuestro mundo racional y desencantado, la gente anhela una experiencia religiosa, en particular a nivel grupal. Toda señal de carisma actúa sobre este deseo de creer en algo. Y no hay nada más seductor que darle a la gente algo en qué creer y seguir.

El carisma debe parecer místico, pero esto no significa que no puedas aprender ciertos trucos para aumentar el que ya posees, o que den la impresión exterior de que lo tienes. Las siguientes son las cualidades básicas que te ayudarán a crear la ilusión

de carisma.

**Y Jehová dijo a Moisés: «Escribe tú estas palabras; porque conforme a estas palabras he hecho la alianza contigo y con Israel». Y él estuvo ahí con Jehová cuarenta días y cuarenta noches: no comió pan, ni bebió agua; y escribió en tablas las palabras de la alianza, las diez palabras. Y aconteció que, descendiendo Moisés del monte Sinaí con las dos tablas del testimonio en su mano, mientras descendía del monte, no sabía él que la tez de su rostro resplandecía, después que hubo con Él hablado. Y miró Aarón y todos los hijos de Israel a Moisés, y he aquí que la tez de su rostro era resplandeciente; y tuvieron miedo de llegarse a él. Y llamólos Moisés; y Aarón y todos los príncipes de la congregación volvieron a él, y Moisés les habló. Y después se llegaron todos los hijos de Israel, a los cuales mandó todas las cosas que Jehová le había dicho en el monte de Sinaí. Y cuando hubo acabado Moisés de hablar con ellos, puso un velo sobre su rostro. Y cuando venía Moisés delante de Jehová para hablar con él, quitábase el velo hasta que salía; y saliendo, hablaba con los hijos de Israel lo que le era mandado; y veían los hijos de Israel el rostro de Moisés, que la tez de su rostro era resplandeciente; y volvía Moisés a poner el velo sobre su rostro, hasta que entraba a hablar con Él.**

#### **ÉXODO 34, 27-35, ANTIGUO TESTAMENTO**

**Propósito.** Si la gente cree que tienes un plan, que sabes adónde vas, te seguirá instintivamente. La dirección no importa: elige una causa, un ideal, una visión, y demuestra que no te desviarás de tu meta. La gente imaginará que tu seguridad procede de algo real, así como los antiguos hebreos creyeron que Moisés estaba en comunión con Dios simplemente porque exhibía las señales externas de ello.

La determinación es doblemente carismática en tiempos difíciles. Como la mayoría de la gente titubea antes de hacer algo atrevido (aun cuando lo que se requiera sea actuar), una decidida seguridad te convertirá en el centro de atención. Los demás creerán en ti por la simple fuerza de tu carácter. Cuando Franklin Delano Roosevelt llegó al poder en Estados Unidos durante la Gran Depresión, mucha gente dudaba de que pudiera hacer grandes cambios. Pero en sus primeros meses en el puesto exhibió tanta seguridad, tanta decisión y claridad frente a los muchos problemas del país, que la gente empezó a verlo como su salvador, alguien con un intenso carisma.

**Ese hombre imponente ejerce una fascinación en mí que no puedo explicarme ni siquiera yo mismo, y en tal grado que, aunque no temo a Dios ni al diablo, cuando estoy en su presencia me pongo a temblar como un niño, y él podría hacerme pasar por el ojo de una aguja para arrojarlo al fuego.**

**GENERAL VANDAMME, SOBRE NAPOLEÓN BONAPARTE**

**Misterio.** El misterio se sitúa en el corazón del carisma, pero se trata de una clase particular: un misterio expresado por la contradicción. El carismático puede ser tanto proletario como aristócrata (Mao Tse-Tung), cruel y bondadoso (Pedro el Grande), excitable y glacialmente indiferente (Charles De Gaulle), íntimo y distante (Sigmund Freud). Dado que la mayoría de las personas son predecibles, el efecto de estas contradicciones es devastadoramente carismático. Te vuelven difícil de entender, añaden riqueza a tu carácter, hacen que la gente hable de ti. A menudo es mejor que reveles tus contradicciones lenta y sutilmente: si las expones una tras otra, los demás podrían pensar que tienes una personalidad errática. Muestra tu misterio gradualmente, y se correrá la voz. También debes mantener a la gente a prudente distancia, para evitar que te comprenda.

Otro aspecto del misterio es un dejo de asombro. La impresión de dones proféticos o psíquicos contribuirá a tu aura. Predice cosas con seriedad y la gente imaginará a menudo que lo que dijiste se hizo realidad.

**[Las masas] nunca han ansiado la verdad. Demandan ilusiones, y no pueden vivir sin ellas. Dan sin cesar precedencia a lo irreal sobre lo real; son casi tan profundamente influidas por lo falso como por lo verdadero. Tienen una evidente tendencia a no distinguir entre ambas cosas.**

**SIGMUND FREUD, *OBRAS COMPLETAS*, VOLUMEN XVIII**

**Santidad.** La mayoría de nosotr@s transigimos constantemente para sobrevivir; l@s sant@s no. Ell@s deben vivir sus ideales sin preocuparse por las consecuencias. El efecto piadoso confiere carisma.

La santidad va más allá de la religión: políticos tan dispares como George Washington y Lenin se hicieron fama de santos por vivir con sencillez, pese a su poder: ajustando su vida personal a sus valores políticos. Ambos fueron prácticamente divinizados al morir. Albert Einstein también tenía aura de santidad: infantil, reacio a transigir, perdido en su propio mundo. La clave es que debes tener ciertos valores profundamente arraigados; esta parte no puede fingirse, al menos no



sin correr el riesgo de acusaciones de charlatanería que destruirán tu carisma a largo plazo. El siguiente paso es demostrar, con la mayor sencillez y sutileza posibles, que practicas lo que predicas. Por último, la impresión de ser afable y sencill@ puede convertirse a la larga en carisma, siempre y cuando parezcas totalmente a gusto con ella. La fuente del carisma de Harry Truman, e incluso de Abraham Lincoln, fue parecer una persona como cualquiera.

**Elocuencia.** Un@ carismátic@ depende del poder de las palabras. La razón es simple: las palabras son la vía más rápida para crear perturbación emocional. Pueden exaltar, elevar, enojar sin hacer referencia a nada real. Durante la guerra civil española, Dolores Ibárruri, conocida como La Pasionaria, pronunciaba discursos pro comunistas con tal poder emotivo que determinaron varios momentos clave de esa contienda. Para conseguir este tipo de elocuencia, es útil que el orador sea tan emotivo, tan sensible a las palabras, como el público. Pero la elocuencia puede aprenderse: los recursos que La Pasionaria utilizaba —consignas, lemas, reiteraciones rítmicas, frases que el público repita— son fáciles de adquirir. Roosevelt, un tipo tranquilo y patricio, podía convertirse en un orador dinámico, a causa tanto de su estilo de expresión oral, lento e hipnótico, como por su brillante uso de imágenes, aliteraciones y retórica bíblica. Las multitudes en sus mítines solían conmovirse hasta las lágrimas. El estilo lento y serio suele ser más eficaz a largo plazo que la pasión, porque es más sutilmente fascinante, y menos fatigoso.

**Teatralidad.** Un@ carismátic@ es exuberante, tiene una presencia fuerte. Los actores han estudiado esta presencia desde hace siglos; saben cómo pararse en un escenario atestado y llamar la atención. Sorpresivamente, no es el actor que más grita o gesticula el que mejor ejerce esta magia, sino el que guarda la calma, irradiando seguridad en sí mismo. El efecto se arruina si se hace demasiado esfuerzo. Es esencial poseer conciencia de sí, poder verte como los demás te ven. De Gaulle sabía que esta conciencia de sí era clave para su carisma; en las circunstancias más turbulentas —la ocupación nazi de Francia, la reconstrucción nacional tras la segunda guerra mundial, una rebelión militar en Argelia— mantenía una compostura olímpica que contrastaba magníficamente con la histeria de sus colegas. Cuando hablaba, nadie le quitaba los ojos de encima. Una vez que tú sepas cómo llamar la atención de esta manera, acentúa el efecto apareciendo en actos ceremoniales y rituales repletos de imágenes incitantes, para parecer majestuos@ y divin@. La extravagancia no tiene nada que ver con el carisma: atrae el tipo de atención incorrecto.

**Desinhibición.** La mayoría de las personas están reprimidas, y tienen poco acceso a su inconsciente, problema que crea oportunidades para el@ carismátic@, quien puede volverse una suerte de pantalla en que los demás proyecten sus fantasías y deseos secretos. Primero tendrás que mostrar que eres menos inhibid@ que tu

público: que irradian una sexualidad peligrosa, no temes a la muerte, eres deliciosamente espontáneo@. Aun un indicio de estas cualidades hará pensar a la gente que eres más poderoso@ de lo que en verdad eres. En la década de 1850, una bohemía actriz estadounidense, Adah Isaacs Menken, sacudió al mundo con su desenfrenada energía sexual y su intrepidez. Aparecía semidesnuda en el escenario, realizando actos en los que desafiaba a la muerte; pocas mujeres podían atreverse a algo así en la época victoriana, y una actriz más bien mediocre se volvió figura de culto.

Como extensión de tu desinhibición, tu trabajo y carácter deben poseer una cualidad de irrealidad que revele tu apertura a tu inconsciente. Tener esta cualidad fue lo que transformó a artistas como Wagner y Picasso en ídolos carismáticos. Algo afín a esto es la soltura de cuerpo y espíritu; mientras que l@s reprimid@s son rígidos, l@s carismáticos tienen una serenidad y adaptabilidad que indica su apertura a la experiencia.

**Fervor.** Debes creer en algo, y con tal firmeza que anime todos tus gestos y encienda tu mirada. Esto no se puede fingir. Los políticos mienten inevitablemente; lo que distingue a l@s carismáticos es que creen en sus mentiras, lo cual las vuelve mucho más creíbles. Un prerrequisito de la creencia ardiente es una gran causa que junte a las personas, una cruzada. Conviértete en el punto de confluencia del descontento de la gente, y muestra que no compartes ninguna de las dudas que infestan a los seres humanos normales. En 1490, el florentino Girolamo Savonarola se alzó contra la inmoralidad del papa y la iglesia católica. Asegurando que actuaba por inspiración divina, durante sus sermones se animaba tanto que la histeria se apoderaba del gentío. Savonarola logró tantos seguidores que asumió brevemente el control de la ciudad, hasta que el papa lo hizo capturar y quemar en la hoguera. La gente creyó en él por la profundidad de su convicción. Hoy más que nunca su ejemplo tiene relevancia: la gente está cada vez más aislada, y ansía experiencias colectivas. Permite que tu ferviente y contagiosa fe, en prácticamente todo, le dé algo en qué creer.

**Vulnerabilidad.** L@s carismáticos exhiben necesidad de amor y afecto. Están abiert@s a su público, y de hecho se nutren de su energía; el público es electrizado a su vez por el@ carismático, y la corriente aumenta al ir y venir. Este lado vulnerable del carisma suaviza el de la seguridad, que podría parecer fanática y alarmante.

Como el carisma implica sentimientos parecidos al amor, por tu parte debes revelar tu amor a tus seguidor@s. Este fue un componente clave del carisma que Marilyn Monroe irradiaba en la cámara. «Yo sabía que pertenecía al Público», escribió en su diario, «y al mundo, y no porque fuera talentosa o bella, sino porque nunca había pertenecido a nada ni nadie más. El Público era la única familia, el único príncipe azul y el único hogar con que siempre soñé». Frente a la cámara,

Marilyn cobraba vida de repente, coqueteando con y excitando a su invisible público. Si la audiencia no siente esta cualidad en ti, se alejará. Por otro lado, nunca parezcas manipulador@ o necesidad@. Imagina a tu público como una sola persona a la que tratas de seducir: nada es más seductor para la gente que sentirse deseada.

**Audacia.** L@s carismátic@s no son convencionales. Tienen un aire de aventura y riesgo que atrae a l@s aburrid@s. Sé desfachatad@ y valiente en tus actos; que te vean corriendo riesgos por el bien de otr@s. Napoleón se cercioraba de que sus soldados lo vieran junto a los cañones en batalla. Lenin paseaba por las calles, pese a las amenazas de muerte que había recibido. L@s carismátic@s prosperan en aguas turbulentas; una crisis les permite hacer alarde de su arrojo, lo que incrementa su aura. John F. Kennedy volvió en sí cuando hizo frente a la crisis de los misiles en Cuba, Charles De Gaulle cuando enfrentó la rebelión en Argelia. Ambos necesitaron esos problemas para parecer carismáticos, y de hecho algunos los acusaron de provocar situaciones (Kennedy mediante su estilo diplomático suicida, por ejemplo) que explotaban su amor a la aventura. Muestra heroísmo para conseguir carisma de por vida. A la inversa, el menor signo de cobardía o timidez arruinará el carisma que tengas.

**En tales condiciones, cuando la mitad de la batalla era cuerpo a cuerpo y se concentraba en un espacio reducido, el espíritu y ejemplo del líder contaba mucho. Cuando se recuerda esto, es más fácil comprender el asombroso efecto de la presencia de Juana sobre las tropas francesas. Su posición como líder era única. No era un soldado profesional; en realidad no era un soldado en absoluto; ni siquiera era varón. No sabía de guerra. Era una mujer vestida de hombre. Pero creía, y había hecho creer a los demás, que era portavoz de Dios. • El viernes 29 de abril de 1429, corrió por Orleans la noticia de que una compañía, encabezada por la Doncella de Domrémy, iba en camino para liberar la ciudad, noticia que, como señala el cronista, causó enorme consuelo.**

**VITA SACKVILLE-WEST, *SANTA JUANA DE ARCO***

**Magnetismo.** Si un atributo físico es crucial para la seducción son los ojos. Revelan excitación, tensión, desapego, sin palabras de por medio. La comunicación indirecta es crítica en la seducción, y también en el carisma. El comportamiento de l@s carismátic@s puede ser desenvuelto y sereno, pero sus ojos son magnéticos; tienen una mirada penetrante que perturba las emociones de sus objetivos, ejerciendo fuerza sin palabras ni actos. La mirada agresiva de Fidel Castro puede reducir al

silencio a sus adversarios. Cuando se le refutaba, Benito Mussolini entornaba los ojos, mostrando el blanco de una manera que asustaba a la gente. Ahmed Sukarno, presidente de Indonesia, tenía una mirada que parecía capaz de leer el pensamiento. Roosevelt dilatava las pupilas a voluntad, lo que volvía su mirada tanto hipnótica como intimidante. Los ojos del@ carismático@ nunca indican temor ni nervios.

Todas estas habilidades pueden adquirirse. Napoleón pasaba horas frente al espejo, para ajustar su mirada a la del gran actor contemporáneo Talma. La clave es el autocontrol. La mirada no necesariamente tiene que ser agresiva; también puede mostrar satisfacción. Recuerda: de tus ojos puede emanar carisma, pero también pueden delatarte como impostor@. No dejes tan importante atributo al azar. Practica el efecto que desees.

*Carisma genuino significa entonces la capacidad para generar internamente y expresar externamente extrema emoción, capacidad que convierte a alguien en objeto de atención intensa e irreflexiva imitación de los demás.*

—Liah Greenfield

## TIPOS CARISMÁTICOS: EJEMPLOS HISTÓRICOS

**El@ profeta milagros@.** En el año 1425, Juana de Arco, campesina del poblado francés de Domrémy, tuvo su primera visión: «Tenía trece años cuando Dios envió una voz para que me guiara». Esa voz era la de san Miguel, quien llevaba un mensaje divino: Juana había sido elegida para librar a Francia de los invasores ingleses (que gobernaban entonces la mayor parte del país), y del caos y guerra resultantes. También debía restituir la corona francesa al príncipe —el delfín, más tarde Carlos VII—, su legítimo heredero. Santa Catalina y santa Margarita también hablaron a Juana. Sus visiones eran extraordinariamente vívidas: vio a san Miguel, lo tocó, lo olió.

**Entre la población excedente que vivía al margen de la sociedad [en la Edad Media] siempre se dio una fuerte tendencia a adoptar como caudillo a un laico —algunas veces a un fraile o**

**monje apóstata—, quien imponía su autoridad no simplemente como un hombre santo, sino como profeta y salvador o como un dios viviente. Este caudillo, basándose en inspiraciones y revelaciones que, según él, eran de origen divino, decretaba para sus seguidores una misión común de grandes dimensiones y de importancia mundial. La convicción de tener tal misión, de haber sido divinamente elegidos para llevar a cabo una tarea prodigiosa, proporcionaba a los desorientados y frustrados una nueva fuerza y esperanza. No solo les daba un lugar en el mundo, sino un lugar único y esplendoroso. Una fraternidad de este tipo se consideraba como una elite, infinitamente alejada y por encima de los mortales comunes, compartiendo los extraordinarios méritos de su dirigente, así como sus poderes milagrosos.**

**NORMAN COHN, *EN POS DEL MILENIO***

Al principio Juana no dijo a nadie lo que había visto; para todos los que la conocían, era una tranquila niña campesina. Pero las visiones se hicieron más intensas, así que en 1429 dejó Domrémy decidida a realizar la misión para la que Dios la había elegido. Su meta era reunirse con Carlos en la ciudad de Chinon, donde él había establecido su corte en el exilio. Los obstáculos eran enormes: Chinon estaba lejos, el viaje era peligroso y Carlos, aun si ella lo encontraba, era un joven perezoso y cobarde con pocas probabilidades de emprender una cruzada contra los ingleses. Impertérrita, fue de un poblado a otro, explicando su misión a los soldados y pidiéndoles que la escoltaran a Chinon. En ese entonces abundaban las jóvenes con visiones religiosas, y no había nada en la apariencia de Juana que inspirara confianza; sin embargo, un soldado, Jean de Metz, quedó intrigado por ella. Lo que lo fascinó fue el extremo detalle de sus visiones: ella liberaría la sitiada ciudad de Orleans, haría coronar al rey en la catedral de Reims, dirigiría al ejército a París; sabía cómo sería herida, y dónde; las palabras que atribuía a san Miguel eran muy diferentes al lenguaje de una muchacha campesina, y transmitía una seguridad tan serena que resplandecía de convicción. De Metz cayó bajo su hechizo. Le juró lealtad y marchó con ella a Chinon. Pronto, también otros ofrecieron asistencia, y a oídos de Carlos llegó la noticia de la extraña joven en pos de él.

En el trayecto de quinientos cincuenta kilómetros a Chinon, acompañada solo de un puñado de soldados, por un territorio infestado de bandas en pugna, Juana no mostró temor ni vacilación. El viaje duró varios meses. Cuando finalmente ella llegó a su destino, el delfín decidió recibir a la joven que prometía restituirle el trono, pese a la opinión de sus consejeros; pero se aburría, y quería diversión, así que optó por jugarle una broma. Ella se encontraría con él en una sala llena de cortesanos; para probar sus poderes proféticos, él se disfrazó de uno de ellos, y vistió a otro de sí mismo. Pero cuando Juana llegó, y para sorpresa de la multitud, caminó

directamente hasta Carlos y le hizo una reverencia: «El Rey del Cielo me envía a ti con el mensaje de que serás el lugarteniente del Rey del Cielo, quien también es el rey de Francia». En la conversación que siguió, Juana pareció hacerse eco de los más ocultos pensamientos de Carlos, mientras contaba de nuevo, con extraordinario detalle, las hazañas que llevaría a cabo. Días después, este hombre indeciso e inconstante se declaró convencido, y dio su aprobación a Juana para encabezar un ejército francés contra los ingleses.

Milagros y santidad aparte, Juana de Arco tenía ciertas cualidades básicas que la volvían excepcional. Sus visiones eran intensas; podía describirlas con tanto detalle que debían ser reales. Los detalles tienen ese efecto: conceden una sensación de realidad aun a las más descabelladas afirmaciones. De igual modo, en una época de gran desorden, ella estaba sumamente concentrada, como si su fuerza procediera de otro mundo. Hablaba con autoridad, y predicaba cosas que la gente quería: los ingleses serían derrotados, la prosperidad retornaría. También tenía el llano sentido común de los campesinos. Seguramente oyó descripciones de Carlos de camino a Chinon; una vez en la corte, fue capaz de percibir la trampa que él le había puesto, y de distinguir confiadamente su engraido rostro entre la multitud. Al año siguiente sus visiones la abandonaron, y también su seguridad; cometió muchos errores, que condujeron a su captura por los ingleses. Era humana, en realidad.

Quizá nosotr@s ya no creamos en milagros, pero todo lo que insinúa poderes extraños, de otro mundo o hasta sobrenaturales creará carisma. La psicología es la misma: tienes visiones del futuro, y de las cosas maravillosas que puedes cumplir. Describe esas cosas con gran detalle, con un aire de autoridad, y destacarás de súbito. Y si tu profecía —de prosperidad, por decir algo— es justo lo que la gente quiere oír, es probable que caiga bajo tu hechizo, y vea más tarde los acontecimientos como confirmación de tus predicciones. Exhibe notable seguridad y la gente pensará que tu confianza procede de un conocimiento real. Engendrarás una profecía que se cumple sola: la creencia de la gente en ti se traducirá en actos que contribuirán a realizar tus visiones. Todo indicio de éxito la hará ver milagros, poderes asombrosos, el fulgor del carisma.

**«¿Qué peculiares son los ojos [de Rasputín]!», confiesa una mujer que había hecho esfuerzos por resistirse a su influencia. Y continúa diciendo que cada vez que lo veía, volvía a sorprenderle el poder de su mirada, imposible de sostener durante un lapso considerable. Había algo opresivo en esa mirada amable y delicada, pero al mismo tiempo maliciosa y astuta; la gente se sentía indefensa bajo el hechizo de la poderosa voluntad que podía sentirse en todo su ser. Por hastiado que se pudiera estar de su encanto, y por mucho que se deseara escapar de él, de una forma u**

otra la atracción volvía a imponerse y uno se veía atrapado. • Una joven que había oído hablar del nuevo y extraño santo llegó de su provincia a la capital, y lo visitó en busca de edificación e instrucción espiritual. Nunca antes lo había visto, ni siquiera en retrato, y lo conoció en su casa. Cuando él se acercó a ella y le habló, ella lo asoció con alguno de los predicadores rurales que había oído a menudo en su ciudad natal. La suave mirada monástica de él y la sencilla cabellera castaña clara en torno al rostro digno y simple, todo le inspiró confianza desde el primer momento. Pero cuando él se le acercó más, sintió de inmediato que un hombre muy diferente, misterioso, artero y corruptor, miraba tras esos ojos que irradiaban dulzura y bondad. • Él se sentó frente a ella, aproximándosele cada vez más, y sus ojos azul claro cambiaron de color y se volvieron profundos y oscuros. Una mirada aguda la alcanzó de soslayo, la traspasó y la dejó fascinada. Una pesadez enorme se apoderó de los brazos y piernas de ella mientras el inmenso y arrugado rostro de él, distorsionado por el deseo, se acercaba aún más al de ella. La mujer sintió su aliento cálido en sus mejillas, y vio que sus ojos, que ardían desde lo más profundo de sus órbitas, recorrían furtivamente su cuerpo indefenso, hasta que él dejó caer los párpados con una expresión sensual. Su voz se había reducido a un susurro apasionado, y le murmuró al oído palabras extrañas y voluptuosas. • Justo cuando ella estaba a punto de entregarse a su seductor, recordó tenuemente algo, como a la distancia; se acordó de que había ido ahí a preguntarle a él acerca de Dios.

**RENÉ FÜLÖP-MILLER, *RASPUTÍN: EL DEMONIO SAGRADO***

**El animal auténtico.** Un día de 1905, el salón en San Petersburgo de la condesa Ignatiev estaba inusualmente lleno. Políticos, damas de sociedad y cortesanos habían llegado temprano para esperar al distinguido invitado de honor: Grigori Efimovich, Rasputín, monje siberiano de cuarenta años de edad que se había hecho fama en toda Rusia como curandero, quizá santo. Cuando Rasputín arribó, pocos pudieron ocultar su decepción: su rostro era feo, desgreñado su cabello, y él mismo era desgarbado y rústico. Se preguntaron qué hacían ahí. Pero entonces Rasputín se acercó a cada uno de ellos, les envolvió los dedos entre sus enormes manos y los miró directamente a los ojos. Al principio su mirada era inquietante: mientras los contemplaba de hito en hito, parecía sondearlos y juzgarlos. Pero de pronto su expresión cambió, y su cara irradió bondad, alegría y comprensión. Abrazó a varias damas, con extrema efusividad. Este llamativo contraste tuvo efectos profundos.

El ánimo en la sala pasó pronto de la decepción a la emoción. La voz de Rasputín era grave y serena; y aunque su lenguaje era tosco, las ideas que expresaba resultaban deliciosamente simples, y sonaban a grandes verdades espirituales. Justo cuando los invitados empezaban a relajarse con ese campesino de sucia apariencia, el humor de este pasó de súbito al enojo: «Los conozco, puedo leer en su alma. Son demasiado engreídos. [...] Esas finas prendas y artes tuyas son inútiles y perniciosas. ¡Los hombres deben aprender a humillarse! Deben ser sencillos, muy muy sencillos. Solo entonces Dios se acercará a ustedes». El rostro del monje se animó, sus pupilas se dilataron, parecía completamente distinto. Su mirada iracunda era tan imponente que recordó a Jesús echando a los comerciantes del templo. Luego Rasputín se calmó, volvió a mostrarse gentil, pero los invitados ya lo veían como alguien extraño y notable. Entonces, en una actuación que repetiría pronto en salones de toda la ciudad, puso a cantar a los invitados una melodía popular; y mientras cantaban, él empezó a bailar, una danza extraña y desinhibida de su invención, al tiempo que rodeaba a las mujeres más atractivas ahí presentes, a quienes invitaba con los ojos a unírsele. La danza se volvió vagamente sexual; cuando sus parejas caían bajo su hechizo, él murmuraba a su oído sugestivos comentarios. Pero ninguna pareció ofenderse.

Durante los meses siguientes, mujeres de todos los niveles de la sociedad de San Petersburgo visitaron a Rasputín en su departamento. Hablaba con ellas de temas espirituales, pero después, sin previo aviso, se volvía sensual, y les susurraba las más burdas insinuaciones. Se justificaba con el dogma espiritual: ¿cómo podía arrepentirse uno si no había pecado? La salvación solo llega a quienes se descarrían. Una de las pocas mujeres que rechazaron sus avances fue interrogada por una amiga: «¿Cómo es posible negar algo a un santo?». «¿Acaso un santo necesita del amor pecaminoso?», contestó ella. La amiga replicó: «Él vuelve sagrado todo lo que toca. Yo le he pertenecido ya, y estoy orgullosa y satisfecha de eso». «¡Pero estás casada! ¿Qué dice tu esposo?». «Lo considera un gran honor. Si Rasputín desea a una mujer, todos lo consideramos una bendición y distinción, nuestros esposos tanto como nosotras mismas».

El hechizo de Rasputín se extendió en poco tiempo al zar Nicolás, y en particular a su esposa, la zarina Alejandra, luego de que, al parecer, curó a su hijo de una lesión mortal. Años después, él era el hombre más poderoso de Rusia, con absoluto dominio sobre la pareja real. Las personas son más complejas que las máscaras que usan en sociedad. Un hombre que parece noble y delicado quizá oculte un lado oscuro, el que con frecuencia se manifestará en formas extrañas; si su nobleza y refinamiento son de hecho una impostura, tarde o temprano la verdad saldrá a la luz, y su hipocresía decepcionará y ahuyentará. Por el contrario, nos atraen las personas que parecen más holgadamente humanas, que no se molestan en esconder sus contradicciones. Esta era la fuente del carisma de Rasputín. Un hombre tan auténtico, tan desprovisto de apocamiento o hipocresía, era sumamente atractivo. Su maldad y su santidad eran tan extremas que lo volvían desbordante. El resultado era un aura



carismática inmediata y preverbal; irradiaba de sus ojos, y del contacto de sus manos.

La mayoría somos una combinación de demonio y santo, lo noble y lo innoble, y pasamos la vida tratando de reprimir nuestro lado oscuro. Podemos dar rienda suelta a ambos lados, como hacía Rasputín, pero podemos crear carisma en menor grado liberándonos de cohibiciones, y de la incomodidad que la mayoría sentimos por nuestra complicada naturaleza. No puedes evitar ser como eres, así que sé genuino. Esto es lo que nos atrae de los animales: hermosos y crueles, no dudan de sí. Esta cualidad es doblemente fascinante en los seres humanos. Las personas que gustan de guardar las apariencias podrían condenar tu lado oscuro, pero la virtud no es lo único que crea carisma; todo lo extraordinario lo hará. No te disculpes ni te quedes a medio camino. Entre más desenfrenado parezcas, más magnético será tu efecto.

**Por su propia naturaleza, la existencia de la autoridad carismática es específicamente inestable. El detentador puede verse privado de su carisma; puede sentirse «abandonado por su Dios», como Jesús en la cruz; puede demostrar a sus seguidores que «la virtud se ha agotado». Su misión se extingue entonces, y la esperanza aguarda y busca un nuevo detentador de carisma.**

**MAX WEBER, DE *MAX WEBER: ENSAYOS DE SOCIOLOGÍA*,  
EDICIÓN DE HANS GERTH Y C. WRIGHT MILLS**

**El artista demoníaco.** En su infancia se consideraba a Elvis Presley un chico extraño y muy reservado. En la preparatoria, en Memphis, Tennessee, llamaba la atención por su copete y patillas y su atuendo rosa y negro, pero quienes intentaban hablarle no encontraban nada en él: era terriblemente soso o irremediablemente tímido. En la fiesta de graduación, fue el único que no bailó. Parecía perdido en un mundo privado, enamorado de la guitarra que llevaba a todas partes. En el Ellis Auditorium, al final de una función de música gospel o lucha libre, el gerente de concesiones solía hallarlo en el escenario imitando una actuación y recibiendo los aplausos de un público imaginario. Cuando le pedía que se marchara, Elvis se iba sin decir nada. Era un muchacho muy cortés.

En 1953, justo recién salido de la preparatoria, Elvis grabó su primera canción, en un estudio local. Se trataba de una prueba, una oportunidad de oír su voz. Un año después, el dueño del estudio, Sam Phillips, lo llamó para grabar dos canciones de *blues* con una pareja de músicos profesionales. Trabajaron durante horas, pero nada parecía embonar; Elvis estaba nervioso e inhibido. Casi al fin de la velada, aturdido por la fatiga, de pronto se soltó y empezó a brincar como niño por todas partes, en un

momento de completo desfogue. Los músicos se le sumaron, la canción era cada vez más arrebatada y los ojos de Phillips se encendieron: ahí había algo.

Un mes más tarde, Elvis dio su primera función pública, en un parque al aire libre en Memphis. Estaba tan nervioso como lo había estado en la sesión de grabación, y tartamudeaba apenas cuando tenía que hablar; pero en cuanto empezó a cantar, las palabras brotaron solas. La multitud reaccionó emocionada, llegando al clímax en ciertos momentos. Elvis no sabía qué pasaba. «Al terminar la canción me acerqué al manager», diría después, «y le pregunté qué había enloquecido al público. Me respondió: “No sé, pero creo que se pone a gritar cada vez que sacudes la pierna izquierda. Sea lo que sea, no pares”».

Un sencillo grabado por Elvis en 1954 tuvo éxito. Poco después, vendía mucho ya. Subir al escenario lo llenaba de ansiedad y emoción, al grado de convertirlo en otro, como si estuviera poseído. «He hablado con algunos cantantes y se ponen un poco nerviosos, pero dicen que los nervios como que se les calman cuando empiezan a cantar. A mí no. Es una especie de energía, [...] algo parecido al sexo, tal vez». En los meses siguientes descubrió más gestos y sonidos —sacudidas de baile, una voz más trémula— que enloquecían a las multitudes, en especial a las adolescentes. Un año después era el músico más popular de Estados Unidos. Sus conciertos eran sesiones de histeria colectiva.

**Es su dios; los dirige como un ser \ formado por otra divinidad  
que la Naturaleza \ y que supiera mejor que ella formar al hombre;  
\ y ellos le siguen, \ contra nosotros, atolondrados, \ con tanta  
confianza como los mozalbetes \ persiguiendo a las mariposas \ o  
los carniceros matando moscas. [...]**

**WILLIAM SHAKESPEARE, *CORIOLANO***

Elvis Presley tenía un lado oscuro, una vida secreta. (Algunos la han atribuido a la muerte, al nacer, de su hermano gemelo). De joven reprimió mucho ese lado oscuro, que incluía toda clase de fantasías, a las que únicamente podía ceder cuando estaba solo, aunque su ropa poco convencional quizá haya sido también un síntoma de lo mismo. Cuando actuaba, no obstante, podía soltar esos demonios. Emergían como una peligrosa fuerza sexual. Espasmódico, andrógino, desinhibido, él era un hombre que cumplía extrañas fantasías ante el público. La audiencia sentía esto y se excitaba. Lo que daba carisma a Elvis no era un estilo y apariencia extravagantes, sino la electrizante expresión de su turbulencia interior.

Una muchedumbre o grupo de cualquier tipo tiene una energía única. Justo bajo la superficie está el deseo, una constante excitación sexual que debe reprimirse, por ser socialmente inaceptable. Si tú posees la capacidad de despertar esos deseos, la

multitud verá que tienes carisma. La clave es aprender a acceder a tu inconsciente, como hacía Elvis cuando se soltaba. Estás llen@ de una agitación que parece proceder de una misteriosa fuente interna. Tu desinhibición invitará a otras personas a abrirse, lo que detonará una reacción en cadena: su excitación te animará más aún. Las fantasías que saques a la superficie no necesariamente tienen que ser sexuales; cualquier tabú social, cualquier cosa reprimida y con urgencia de una salida, será suficiente. Haz sentir esto en tus grabaciones, tus obras de arte, tus libros. La presión social mantiene tan reprimida a la gente que esta se sentirá atraída por tu carisma antes siquiera de haberte conocido en persona.

**El teatro casi se vino abajo cuando Presley salió al escenario. Cantó durante veinticinco minutos mientras el público hacía erupción como el Vesubio. «Nunca en mi vida había visto tanto entusiasmo y griterío», dijo [el director de cine Hal]. Kanter. Como observador, aseguró estar sorprendido por «la exhibición de histeria colectiva del público, [...] un maremoto de adoración procedente de 9,000 personas, sobre la muralla de policías que flanqueaban el escenario, encima de los reflectores, hasta el artista y más allá de él, que lo elevó en reacción a frenéticas alturas».**

**DESCRIPCIÓN DEL CONCIERTO DE ELVIS PRESLEY EN EL  
HAYRIDE THEATER, SHREVEPORT, LOUISIANA, 17 DE  
DICIEMBRE DE 1956, EN PETER WHITMER, EL *ELVIS  
INTERIOR: BIOGRAFÍA PSICOLÓGICA DE ELVIS AARON  
PRESLEY***

**El salvador.** En marzo de 1917, el parlamento de Rusia obligó a abdicar al soberano de la nación, el zar Nicolás, y estableció un gobierno provisional. Rusia estaba en ruinas. Su participación en la primera guerra mundial había sido un desastre; el hambre se extendía por todos lados, el inmenso campo era presa del saqueo y el linchamiento, y los soldados desertaban en masa del ejército. Políticamente, el país estaba muy dividido; las principales facciones eran la derecha, los socialdemócratas y los revolucionarios de izquierda, y cada uno de estos grupos estaba aquejado a su vez por la disensión.

En medio de este caos llegó Vladimir Ilich Lenin, de cuarenta y siete años de edad. Revolucionario marxista, líder del partido comunista bolchevique, había sufrido un exilio de doce años en Europa hasta que, reconociendo el caos que invadía a Rusia como la oportunidad que tanto había esperado, volvió de prisa a su país. Llamó entonces a suspender la participación en la guerra, y a una inmediata revolución socialista. En las primeras semanas tras su arribo, nada habría podido

parecer más ridículo. Como hombre, Lenin era poco impresionante, de baja estatura y facciones toscas. Además, había pasado años en Europa, aislado de su pueblo e inmerso en la lectura y las discusiones intelectuales. Más aún, su partido era pequeño, apenas un grupúsculo de la coalición de izquierda, con poca organización. Pocos lo tomaban en serio como líder nacional.

Impertérrito, Lenin se puso a trabajar. En todas partes repetía el mismo mensaje simple: poner fin a la guerra, establecer el régimen del proletariado, abolir la propiedad privada, redistribuir la riqueza. Exhausto por las interminables guerras políticas intestinas de la nación y la complejidad de sus problemas, el pueblo empezó a escuchar. Lenin era tan decidido, tan seguro. Nunca perdía la calma. En ásperos debates, simplemente demolía con su lógica cada argumento de los adversarios. A obreros y soldados les impresionaba su firmeza. Una vez, en medio de un disturbio en ciernes, asombró a su chofer saltando al estribo del auto y señalando el camino entre la multitud, con considerable riesgo personal. Cuando le decían que sus ideas no tenían nada que ver con la realidad, contestaba: «¡Peor para la realidad!».

**Nadie podía entusiasmar tanto a los demás con sus planes, nadie podía imponer tanto su voluntad y conquistar por la fuerza de su personalidad como este hombre aparentemente ordinario y algo tosco que carecía de toda obvia fuente de encanto. [...] Ni Plejanov ni Martov ni nadie más poseía el secreto que irradiaba de Lenin, de efecto verdaderamente hipnótico sobre la gente; yo diría incluso que de dominación sobre ella. A Plejanov se le trataba con deferencia, a Martov se le quería, pero solo a Lenin se le seguía sin vacilar como líder único e indiscutible. Porque solo él representaba ese raro fenómeno, especialmente raro en Rusia, de un hombre con voluntad de acero y energía indomable que combina la fe fanática en el movimiento, la causa, con una fe no menor en él mismo.**

**A. N. POTRESOV, CITADO EN DANKWART A. RUSTOW, ED.,  
*FILÓSOFOS Y REYES: ESTUDIOS SOBRE EL LIDERAZGO***

Junto a la seguridad mesiánica de Lenin en su causa, estaba su capacidad organizativa. Exiliado en Europa, su partido se había dispersado y menguado; para mantenerlo unido, él había desarrollado grandes habilidades prácticas. Frente a una muchedumbre, era también un orador eficaz. Su discurso en el Primer Congreso Panruso de los Soviets causó sensación: revolución o gobierno burgués, proclamó, pero nada intermedio; basta ya de los arreglos en que participaba la izquierda. En un

momento en que otros políticos pugnaban desesperadamente por adaptarse a la crisis nacional, sin lograrlo del todo, Lenin era estable como una roca. Su prestigio aumentó, lo mismo que el número de miembros del partido bolchevique.

Lo más sorprendente era el efecto de Lenin en los obreros, soldados y campesinos. Se dirigía a estos individuos comunes cada vez que se topaba con ellos: en la calle, subido a una silla, los pulgares en las solapas, su discurso era una rara mezcla de ideología, aforismos campesinos y lemas revolucionarios. Ellos escuchaban, extasiados. Cuando Lenin murió, en 1924 —siete años después de haber abierto camino por sí solo a la Revolución de Octubre de 1917, que lo llevó vertiginosamente al poder junto con los bolcheviques—, esos mismos rusos ordinarios se vistieron de luto. Le rindieron pleitesía en su tumba, donde su cuerpo fue preservado a la vista; contaban historias de él, con lo que desarrollaron un conjunto de leyendas populares; a miles de niñas recién nacidas se les bautizó como Ninel, Lenin al revés. Este culto a Lenin asumió proporciones religiosas.

**Yo esperaba ver al águila real de nuestro partido, el gran hombre, grande tanto física como políticamente. Había imaginado a Lenin como un gigante, majestuoso e imponente. ¡Cuál no fue mi decepción al encontrarme con un hombre de apariencia ordinaria, de estatura inferior al promedio, en absoluto —lo digo literalmente— distinguible de los demás mortales!**

**JOSÉ STALIN, AL CONOCER A LENIN EN 1905, CITADO EN  
RONALD W. CLARK, *LENIN: EL HOMBRE DETRÁS DE LA  
MÁSCARA***

Existe todo género de confusiones sobre el carisma, las que, paradójicamente, no hacen sino aumentar su mística. El carisma tiene poco que ver con una apariencia física atractiva o una personalidad brillante, cualidades que incitan un interés de corto plazo. En particular en tiempos difíciles, las personas no buscan diversión; quieren seguridad, mejor calidad de vida, cohesión social. Lo creas o no, un hombre o mujer de aspecto insulso pero con una visión clara, determinación y habilidades prácticas puede ser devastadoramente carismático, siempre y cuando esto vaya acompañado de cierto éxito. Nunca subestimes el poder del éxito en el acrecentamiento de tu aura. Pero en un mundo repleto de tramposos y contemporizadores cuya indecisión solo genera más desorden, un alma lúcida será un imán de atención: tendrá carisma.

En el trato personal, o en un café en Zürich antes de la revolución, Lenin tenía escaso o nulo carisma. (Su seguridad era atractiva, pero muchos consideraban irritante su estridencia). Obtuvo carisma cuando se le vio como el hombre que podía

salvar al país. El carisma no es una cualidad misteriosa en ti, fuera de tu control; es una ilusión a ojos de quienes ven en ti algo que ell@s no tienen. Particularmente en tiempos difíciles, puedes aumentar esa ilusión con serenidad, resolución y un perspicaz sentido práctico. También es útil tener un mensaje seductoramente simple. Llamémosle síndrome del salvador: una vez que la gente imagina que puedes salvarla del caos, se enamorará de ti, como una persona que se arroja en brazos de su protector. Y el amor masivo equivale a carisma. ¿Cómo explicar si no, el amor que rusos ordinarios sentían por un hombre tan poco emotivo y emocionante como Vladimir Lenin?

**El gurú.** De acuerdo con las creencias de la Sociedad Teosófica, cada dos mil años, más o menos, el espíritu del Maestro Universal, el Señor Maitreya, habita el cuerpo de un ser humano. Primero fue Sri Krishna, nacido dos mil años antes de Cristo; luego fue el propio Jesús, y a principios del siglo xx estaba prevista otra encarnación. Un día de 1909, el teósofo Charles Leadbeater vio a un chico en una playa de la India y tuvo una epifanía: ese muchacho de catorce años, Jiddu Krishnamurti, sería el siguiente vehículo del Maestro Universal. A Leadbeater le impresionó la sencillez del muchacho, quien parecía carecer de la menor traza de egoísmo. Los miembros de la Sociedad Teosófica coincidieron con su evaluación y adoptaron a ese escuálido y desnutrido chico, cuyos maestros lo habían golpeado repetidamente por su estupidez. Lo alimentaron y vistieron, e iniciaron su instrucción espiritual. Ese desaliñado pilluelo se convirtió en un joven sumamente apuesto.

**Antes que nada, no puede haber prestigio sin misterio, porque la familiaridad genera desprecio. [...] En los planes, conducta y operaciones mentales de un líder debe haber siempre «algo» que los demás no puedan comprender del todo, que les intrigue, los incite y llame su atención [...] a fin de mantener en reserva un conocimiento secreto que pueda intervenir en cualquier instante, en forma tanto más eficaz cuanto que está en la naturaleza de la sorpresa. La fe latente de las masas hará el resto. Una vez que se juzga a un líder capaz de sumar el peso de su personalidad a los factores conocidos de cualquier situación, la esperanza y confianza consecuentes harán aumentar enormemente la fe depositada en él.**

**CHARLES DE GAULLE, *EL FILO DE LA ESPADA*, EN DAVID SCHOENBRUN, *LAS TRES VIDAS DE CHARLES DE GAULLE***

En 1911, los teósofos formaron la Orden de la Estrella en Oriente, grupo destinado a preparar el camino para la llegada del Maestro Universal. Krishnamurti

fue nombrado jefe de la orden. Se le llevó a Inglaterra, donde continuó su educación, y dondequiera que iba era mimado y venerado. Su aire de sencillez y satisfacción no podía menos que impresionar.

Pronto Krishnamurti empezó a tener visiones. En 1922 declaró: «He bebido de la fuente de la dicha y la eterna belleza. Estoy embriagado de Dios». En los años siguientes tuvo experiencias psíquicas que los teósofos interpretaron como visitas del Maestro Universal. Pero Krishnamurti había tenido en realidad un tipo diferente de revelación: la verdad del universo venía de dentro. Ningún dios, gurú ni dogma podrían hacer que uno la comprendiera. Él no era un dios ni mesías, sino un hombre como cualquiera. La veneración con que se le trataba le repugnaba. En 1929, para consternación de sus seguidores, disolvió la Orden de la Estrella y renunció a la Sociedad Teosófica.

Krishnamurti se hizo filósofo entonces, decidido a difundir la verdad que había descubierto: que uno debe ser simple, quitar la pantalla del lenguaje y la experiencia pasada. Por estos medios, cualquiera puede alcanzar una satisfacción del tipo que Krishnamurti irradiaba. Los teósofos lo abandonaron, pero él tenía más seguidores que nunca. En California, donde pasaba gran parte de su tiempo, el interés en él rayaba en adoración. El poeta Robinson Jeffers aseguró que cada vez que Krishnamurti entraba a una sala, podía sentirse que un fulgor llenaba el espacio. El escritor Aldous Huxley lo conoció en Los Angeles y cayó bajo su hechizo. Tras oírlo hablar, escribió: «Era como escuchar el discurso de Buda: el mismo poder, la misma autoridad intrínseca». Irradiaba iluminación. El actor John Barrymore le pidió hacer el papel de Buda en una película. (Krishnamurti declinó cortésmente). Cuando visitó la India, manos salían de la multitud para tratar de tocarlo por la ventana del auto descubierto. La gente se postraba ante él.

Asqueado por toda esta adoración, Krishnamurti se distanció cada vez más. Incluso hablaba de sí en tercera persona. De hecho, la capacidad para desprenderse del propio pasado y ver al mundo de otra manera formaba parte de su filosofía, pero una vez más el efecto fue contrario al esperado: el cariño y veneración que la gente sentía por él no hacían sino aumentar. Sus seguidores peleaban celosamente por muestras de su favor. Las mujeres en particular se enamoraban profundamente de él, aunque fue célibe toda la vida.

Krishnamurti no deseaba ser gurú ni carismático, pero descubrió inadvertidamente una ley de la psicología humana que lo perturbó. La gente no quiere oír que tu poder procede de años de esfuerzo o disciplina. Prefiere pensar que proviene de tu personalidad, tu carácter, algo con lo que naciste. Y espera que la proximidad del gurú o carismático le transmita parte de ese poder. No quería tener que leer los libros de Krishnamurti, o pasar años practicando sus lecciones; simplemente quería estar cerca de él, empaparse de su aura, oírlo hablar, sentir la luz que entraba a la sala con él. Krishnamurti defendía la sencillez como una forma de abrirse a la verdad, pero su propia sencillez no hacía más que permitir a la gente ver

lo que quería en él, atribuyéndole poderes que él no solo negaba, sino que también ridiculizaba.

Este es el efecto del gurú, y es sorprendentemente simple de crear. El aura que persigues en este caso no es la ardiente de la mayoría de l@s carismátic@s, sino un aura de incandescencia, de iluminación. Una persona iluminada ha comprendido algo que le da satisfacción, y esta satisfacción resplandece. Esta es la apariencia que deseas: no necesitas nada ni a nadie, estás plen@. Las personas sienten natural atracción por quienes emiten felicidad; quizá puedan obtenerla de ti. Cuanto menos obvi@ seas, mejor: que la gente concluya que eres feliz, en vez de saberlo de ti. Que lo vea en tu pausada actitud, tu amable sonrisa, tu serenidad y bienestar. Da vaguedad a tus palabras, para que la gente imagine lo que quiera. Recuerda: ser ajen@ y distante no hace sino estimular el efecto. La gente peleará por la menor señal de tu interés. Un gurú está satisfecho y apartado, combinación tremendamente carismática.

**Apenas un mes después de la muerte de Evita, la unión de voceadores de periódicos propuso su canonización; y aunque este gesto fue aislado y nunca tomado en serio por el Vaticano, la idea de la santidad de Evita permaneció en muchas personas y fue reforzada por la publicación de material devocional subsidiado por el gobierno; el cambio de nombre a ciudades, escuelas y estaciones del tren subterráneo, y la producción de medallas, fundición de bustos y emisión de estampillas conmemorativas. El horario de los noticiarios nocturnos cambió de las 8:30 a las 8:25 de la noche, hora en que Evita había «pasado a la inmortalidad», y cada día 26, día de su muerte, había procesiones con antorchas. En el primer aniversario de su fallecimiento, La Prensa publicó una nota según la cual un lector había visto el rostro de Evita dibujado en la luna, tras de lo que los diarios informaron de muchas otras visiones de esta clase. En su mayoría, las publicaciones oficiales estuvieron a punto de declararla santa, aunque su restricción no siempre fue convincente. [...] En el calendario de 1953 de los voceadores de Buenos Aires, como en otras imágenes no oficiales, se representó a Evita con los mantos azules tradicionales de la Virgen, las manos cruzadas y la cabeza gacha rodeada por un halo.**

**NICHOLAS FRASER Y MARYSA NAVARRO, *EVITA***

**La santa teatral.** Todo comenzó en la radio. A fines de la década de 1930 y principios de la de 1940, las mujeres argentinas oían la voz lastimera y musical de



Eva Duarte en algunas de las populares radionovelas de la época, auténticas superproducciones. Ella nunca hacía reír, pero muy a menudo podía hacer llorar: con las quejas de una mujer traicionada, o las últimas palabras de María Antonieta. De solo pensar en su voz, se sentía un estremecimiento de emoción. Además, era bonita, de largo y suelto cabello rubio y cara seria, la cual aparecía con frecuencia en las portadas de las revistas de la farándula.

**En cuanto a mí, tengo el don de electrizar a los hombres.**  
**NAPOLÉON BONAPARTE, EN PIETER GEYL, *NAPOLÉON: A FAVOR Y EN CONTRA***

En 1943, esas revistas publicaron un artículo por demás interesante: Eva había iniciado un romance con uno de los miembros más apuestos del nuevo gobierno militar, el coronel Juan Perón. Los argentinos la oían entonces haciendo anuncios de propaganda para el gobierno, loando la «Nueva Argentina» que resplandecía en el futuro. Y por fin ese cuento de hadas llegó a su perfecta conclusión: en 1945 Juan y Eva se casaron, y al año siguiente el apuesto coronel, luego de muchas pruebas y tribulaciones (incluida una temporada en la cárcel, de la que lo liberaron los esfuerzos de su devota esposa) fue elegido presidente. Era un defensor de los descamisados: los obreros y los pobres, entre quienes se había contado su esposa. De solo veintiséis años en ese momento, ella había crecido en la pobreza.

**No pretendo ser un hombre divino, pero creo en la guía divina, el poder divino y la profecía divina. No soy un hombre culto, ni experto en ningún campo particular, pero soy sincero, y la sinceridad es mi carta de presentación.**

**MALCOLM X, CITADO EN EUGENE VICTOR WOLFENSTEIN, *LAS VÍCTIMAS DE LA DEMOCRACIA: MALCOLM X Y LA REVOLUCIÓN NEGRA***

Ahora que esta estrella era la primera dama de la república, pareció cambiar. Bajó mucho de peso; sus vestidos se hicieron menos extravagantes, y aun francamente austeros, y ese hermoso cabello suelto se peinaba hacia atrás, en forma más bien severa. Era una lástima: la joven estrella había crecido. Pero conforme los argentinos veían más de la nueva Evita, como ya se le conocía entonces, su nueva apariencia los afectaba cada vez con mayor fuerza. El suyo era el aspecto de una mujer seria y piadosa, que correspondía efectivamente a lo que su marido llamaba el

«Puente de Amor» entre él y su pueblo. Ahora ella aparecía en la radio todo el tiempo, y escucharla era tan emocionante como siempre, pero también hablaba magníficamente en público. Su voz era más grave y su pronunciación más lenta; cruzaba el aire con los dedos, tendidos como para tocar al público. Y sus palabras calaban hasta la médula: «Dejé de lado mis sueños para velar por los sueños de otros. [...] Ahora pongo mi alma junto al alma de mi pueblo. Le ofrezco todas mis energías para que mi cuerpo pueda ser un puente erigido hacia la felicidad de todos. Pasen por él, [...] hacia el supremo destino de la nueva patria».

Ya no era solo a través de revistas y la radio que Evita se hacía sentir. Casi todos eran personalmente tocados por ella de alguna forma. Todos parecían saber de alguien que la conocía, o que la había visitado en su oficina, donde una fila de suplicantes se abría paso por los corredores hasta su puerta. Ella se sentaba detrás de su escritorio, tranquila y llena de amor. Equipos de rodaje filmaban sus actos de caridad: a una mujer que había perdido todo, Evita le daba una casa; a alguien con un hijo enfermo, atención gratis en el mejor hospital. Trabajaba tanto que lógicamente corrió el rumor de que estaba enferma. Y todos se enteraban de sus visitas a las barriadas y hospitales para los pobres, donde, contra los deseos de sus colaboradores, ella besaba en la mejilla a personas con toda clase de enfermedades (leprosos, sifilíticos, etcétera). Una vez, una asistente horrorizada por ese hábito trató de limpiar con alcohol los labios de Evita, para esterilizarlos. Pero esta santa mujer tomó el frasco y lo arrojó contra la pared.

Sí, Evita era una santa, una virgen viviente. Su sola presencia podía curar a los enfermos. Y cuando murió de cáncer, en 1952, nadie que no fuera argentino habría podido entender la sensación de tristeza y pérdida que dejó tras de sí. Para algunos, el país nunca se recuperó. La mayoría vivimos en un estado de semisonambulismo: hacemos nuestras tareas diarias, y los días pasan volando. Las dos excepciones a esto son la infancia y los momentos en que estamos enamorados. En ambos casos, nuestras emociones están más comprometidas, más abiertas y activas. Y hacemos equivaler la emotividad con el hecho de sentirnos más vivos. Una figura pública que puede afectar las emociones de la gente, que puede hacerla sentir tristeza, alegría o esperanza colectivas, tiene un efecto similar. Un llamado a las emociones es mucho más poderoso que un llamado a la razón.

Eva Perón conoció pronto este poder, como actriz de radio. Su trémula voz podía hacer llorar al público; por eso, la gente veía en ella un gran carisma. Evita nunca olvidó esa experiencia. Todos sus actos públicos se enmarcaban en motivos dramáticos y religiosos. El teatro es emoción condensada, y la religión católica una fuerza que se sumerge en la niñez, que te impacta donde no puedes evitarlo. Los brazos en alto de Evita, sus teatrales actos de caridad, sus sacrificios por la gente común: todo esto iba directo al corazón. Lo carismático en ella no era solo su bondad, aunque la impresión de bondad es bastante tentadora. También lo era su capacidad para dramatizar su bondad.

Tú debes aprender a explotar esos dos grandes suministros de emociones: el

teatro y la religión. El teatro elimina lo inútil y banal de la vida y se concentra en momentos de piedad y terror; la religión se ocupa de la vida y la muerte. Vuelve dramáticos tus actos de caridad, da a tus palabras afectuosas una trascendencia religiosa, sumerge todo en rituales y mitos que se remontan a la infancia. Atrapada en las emociones que provocas, la gente verá sobre tu cabeza el halo del carisma.

**El libertador.** En Harlem, a principios de la década de 1950, pocos afroestadunidenses sabían mucho sobre la Nación del Islam, o entraban siquiera a su templo. La Nación predicaba que los blancos descendían del demonio y que algún día Alá liberaría a la raza negra. Esta doctrina tenía poco significado para los harlemitas, quienes iban a la iglesia en busca de consuelo espiritual y dejaban las cuestiones prácticas a sus políticos locales. Pero en 1954, un nuevo ministro de la Nación del Islam llegó a Harlem.

Se llamaba Malcolm X, y era culto y elocuente, pero sus gestos y palabras eran iracundos. Pronto corrió la voz: los blancos habían linchado al padre de Malcolm. Él había crecido en una correccional, y luego había sobrevivido como estafador de poca monta antes de ser arrestado por robo y pasar seis años en la cárcel. Su corta vida (tenía entonces veintinueve años) había sido un largo enfrentamiento con la ley, pero míralo nada más ahora: tan seguro e instruido. Nadie le había ayudado; todo lo había hecho solo. Los harlemitas empezaron a ver a Malcolm X en todas partes, repartiendo volantes, hablando con los jóvenes. Se paraba afuera de las iglesias; y mientras la comunidad se dispersaba, él señalaba al predicador y decía: «Él representa al dios de los blancos, yo al dios de los negros». Los curiosos comenzaron a ir a oírlo predicar en un templo de la Nación del Islam. Él les pedía examinar las condiciones reales de su existencia: «Vean dónde viven, y luego [...] dense una vuelta por Central Park», les decía. «Vean los departamentos de los blancos. ¡Vean su Wall Street!». Sus palabras eran impactantes, en particular por venir de un ministro.

En 1957, un joven musulmán de Harlem presenció la paliza que varios policías propinaron a un negro ebrio. Cuando el musulmán protestó, los policías lo golpearon hasta dejarlo inconsciente y lo llevaron a la cárcel. Una encolerizada multitud se reunió fuera de la jefatura de policía, lista para causar disturbios. Cuando se le informó que solo Malcolm X podía impedir la violencia, el jefe de policía mandó por él y le dijo que dispersara a la turba. Malcolm se negó. Moderando su actitud, el jefe le pidió reconsiderar. Sereno, Malcolm puso condiciones a su cooperación: atención médica para el musulmán golpeado y justo castigo para los policías. El jefe aceptó a regañadientes. Fuera de la jefatura, Malcolm explicó el acuerdo y la multitud se dispersó. En Harlem y todo el país, se había convertido súbitamente en héroe: por fin un hombre que hacía algo. El número de miembros de su templo aumentó.

Malcolm empezó a hablar en todo Estados Unidos. Jamás leía un texto; mirando al público, hacía contacto visual con él, señalando con el dedo. Su enojo era obvio,

no tanto en su tono —siempre era medido y articulado— como en su feroz energía, que le hacía saltar las venas del cuello. Muchos líderes negros anteriores habían usado palabras prudentes, y pedido a sus seguidores lidiar paciente y civilizadamente con su situación social, por injusta que fuera. Malcolm era un gran alivio. Ridiculizaba a los racistas, ridiculizaba a los liberales, ridiculizaba al presidente; ningún blanco escapaba a su desprecio. Si los blancos eran violentos, decía, había que responderles con el lenguaje de la violencia, porque era el único que entendían. «¡La hostilidad es buena!», exclamaba. «Ha sido reprimida mucho tiempo». En respuesta a la creciente popularidad del líder no violento Martin Luther King, Jr., Malcolm decía: «Cualquiera puede sentarse. Una anciana puede sentarse. Un cobarde puede sentarse. [...] Hace falta un hombre para estar de pie».

Malcolm X tuvo un efecto tonificante en muchas personas que sentían el mismo enojo que él pero temían expresarlo. En su sepelio —fue asesinado en 1965, durante uno de sus discursos—, el actor Ossie Davis pronunció la oración fúnebre, ante una numerosa y emocionada multitud: «Malcolm», dijo, «fue nuestro brillante príncipe negro».

Malcolm X fue un carismático al estilo de Moisés: un libertador. El poder de este tipo de carismático@s procede de que expresa emociones negativas acumuladas durante años de opresión. Al hacerlo, el@ libertador@ brinda a otras personas la oportunidad de liberar emociones reprimidas, la hostilidad oculta por la cortesía y sonrisas forzadas. L@s libertador@s deben pertenecer a la multitud sufriente, pero, más todavía, su dolor debe ser ejemplar. La historia personal de Malcolm era parte integral de su carisma. Su lección —que los negros deben ayudarse a sí mismos, no esperar a que los blancos los rediman— significó mucho más a causa de sus años en la cárcel, y de que él había seguido su propia doctrina estudiando, ascendiendo desde abajo. El@ libertador@ debe ser un ejemplo viviente de redención personal.

La esencia del carisma es una emoción irresistible que transmiten tus gestos, tu tono de voz, señales sutiles, tanto más poderosas por ser mudas. Sientes algo con más profundidad que los demás, y ninguna emoción es tan intensa y capaz de crear una reacción carismática como el odio, en particular si procede de arraigadas sensaciones de opresión. Expresa lo que los demás temen decir y verán enorme poder en ti. Di lo que quieren decir pero no pueden. Nunca temas llegar demasiado lejos. Si representas una liberación de la opresión, puedes llegar más lejos aún. Moisés habló de violencia, de destruir hasta al último de sus enemigos. Un lenguaje como este une a los oprimidos y los hace sentir más vivos. Aunque esto no es, algo que no puedas controlar. Malcolm X sintió rabia muy pronto, pero solo en la cárcel se educó en el arte de la oratoria, y de cómo canalizar sus emociones. Nada es más carismático que la sensación de que alguien lucha con intensa emoción, y no solo aprueba hacerlo.

**El actor olímpico.** El 24 de enero de 1960 estalló una insurrección en Argelia,

aún colonia francesa entonces. Encabezada por soldados franceses de derecha, el fin era bloquear la propuesta del presidente Charles De Gaulle de otorgar a Argelia el derecho a la autodeterminación. De ser necesario, los insurrectos tomarían Argelia en nombre de Francia.

Durante tensos días, De Gaulle, de setenta años, mantuvo un silencio extraño. Luego, el 29 de enero, a las ocho de la noche, apareció en la televisión nacional francesa. Antes de que pronunciara una palabra siquiera, el público se asombró, porque él llevaba puesto su antiguo uniforme de la segunda guerra mundial, un uniforme que todos reconocían y que produjo una fuerte reacción emocional. De Gaulle había sido el héroe de la resistencia, el salvador del país en su momento más sombrío. Pero ese uniforme no había sido visto por un tiempo. De Gaulle habló entonces, recordando a su público, a su serena y segura manera, todo lo que habían logrado juntos para liberar a Francia de los alemanes. Pasó lentamente de esos intensos asuntos patrióticos a la rebelión en Argelia, y a la afrenta que esta representaba para el espíritu de la liberación. Terminó su alocución repitiendo sus famosas palabras del 18 de junio de 1940: «Una vez más, llamo a los franceses, dondequiera que se encuentren, sean lo que sean, a apoyar a Francia. *Vive la République! Vive la France!*».

Este discurso tuvo dos propósitos. Mostró que De Gaulle estaba decidido a no ceder un ápice ante los rebeldes, y llegó al corazón de todos los franceses patriotas, en particular en el ejército. La insurrección se extinguió rápidamente, y nadie dudó de la relación entre su fracaso y la actuación de... de Gaulle en la televisión.

Al año siguiente, los franceses votaron arrolladoramente a favor de la autodeterminación de Argelia. El 11 de abril de 1961, De Gaulle dio una conferencia de prensa en la que dejó en claro que Francia otorgaría pronto plena independencia a ese país. Once días después, generales franceses en Argelia emitieron un comunicado para informar que habían tomado el control del país y para declarar el estado de sitio. Este fue el momento más peligroso: ante la inminente independencia de Argelia, esos generales de derecha llegaban al extremo. Podía estallar una guerra civil que depusiera al gobierno de... de Gaulle.

A la noche siguiente, De Gaulle apareció una vez más en televisión, vistiendo de nuevo su antiguo uniforme. Se burló de los generales, a los que comparó con una junta sudamericana. Habló tranquila y severamente. De pronto, al final del discurso, su voz se elevó, y hasta le tembló, mientras exclamaba ante su público: *Françaises, Français, aidez moi!* (¡Francesas, franceses, ayúdenme!). Fue el momento más conmovedor de todas sus apariciones en televisión. Soldados franceses en Argelia, que escuchaban en radios de transistores, se sintieron abrumados. Al día siguiente celebraron una manifestación masiva a favor de... de Gaulle. Dos días después los generales se rindieron. El primero de julio de 1962, De Gaulle proclamó la independencia de Argelia.

En 1940, tras la invasión alemana de Francia, De Gaulle escapó a Inglaterra para

reclutar un ejército que más tarde regresara a Francia para la liberación. Al principio estaba solo, y su misión parecía desesperada. Pero tenía el apoyo de Winston Churchill, con la aprobación de quien dio una serie de charlas radiales que la BBC transmitió a Francia. Su extraña, hipnótica voz, con sus dramáticos trémolos, llegaba en las noches a las salas francesas. Pocos escuchas sabían siquiera cómo era él, pero su tono era tan seguro, tan incitante, que reclutó un silencioso ejército de partidarios. En persona, De Gaulle era un hombre extraño y caviloso cuya confiada actitud podía irritar tan fácilmente como conquistaba. Pero en la radio esa voz tenía un carisma intenso. De Gaulle fue el primer gran maestro de los medios modernos, porque transfirió fácilmente sus habilidades dramáticas a la televisión, donde su frialdad, su tranquilidad, su total dominio de sí mismo hacían que el público se sintiera tanto confortado como inspirado.

El mundo se ha fracturado enormemente. Una nación ya no se reúne en las calles o las plazas; se junta en salas, donde personas que ven la televisión en todo el país pueden estar solas y con otras al mismo tiempo. El carisma debe ser comunicable ahora por las ondas aéreas o no tiene poder. Pero en cierto sentido es más fácil de proyectar en televisión, tanto porque esta habla directamente al individuo (el@carismático@ parece dirigirse a ti) como porque el carisma es muy fácil de fingir durante los breves momentos que se pasan frente a la cámara. Como De Gaulle sabía, cuando se aparece en televisión es mejor irradiar serenidad y control, usar poco los efectos dramáticos. La frialdad de conjunto de... de Gaulle volvía doblemente eficaces los momentos en que él alzaba la voz, o soltaba una broma mordaz. Al permanecer tranquilo y restar importancia al asunto, hipnotizaba a su público. (Tu rostro puede expresar mucho más si tu voz es menos estridente). Transmitía emoción por medios visuales —el uniforme, la posición— y con el uso de ciertas palabras cargadas de significado: liberación, Juana de Arco. Cuanto menos se esforzaba por impresionar, más sincero parecía.

Todo esto debe orquestarse con cuidado. Salpica tu serenidad con sorpresas; llega a un clímax; sé breve y lacónico. Lo único que no puede fingirse es la seguridad en un@ mism@, el componente clave del carisma desde los días de Moisés. Si las cámaras delatan tu inseguridad, ningún truco del mundo te devolverá tu carisma.

### **Símbolo:**

**El foco. Sin que el ojo la  
vea, una corriente que fluye por un  
alambre en un recipiente de vidrio genera un calor  
que se vuelve incandescencia. Todo lo que vemos es  
la luz. En la oscuridad reinante, el foco ilumina el camino.**

## PELIGROS

Un agradable día de mayo de 1794, los ciudadanos de París se reunieron en un parque para el Festival del Ser Supremo. El centro de su atención era Maximilien de Robespierre, jefe del Comité de Salvación Pública y quien había concebido el festival. La idea era simple: combatir el ateísmo, «reconocer la existencia de un Ser Supremo y la Inmortalidad del Alma como las fuerzas rectoras del universo».

Ese fue el día de triunfo de Robespierre. De pie ante las masas enfundado en un traje azul cielo y medias blancas, él dio inicio a las festividades. La muchedumbre lo adoraba; después de todo, él había salvaguardado los propósitos de la Revolución francesa durante la intensa politiquería subsecuente. Un año antes, había puesto en marcha el Terror, que libró a la revolución de sus enemigos enviándolos a la guillotina. También había contribuido a guiar al país por una guerra contra austriacos y prusianos. La causa de que las multitudes, y en particular las mujeres, lo amaran era su incorruptible virtud (vivía muy modestamente), su negativa a transigir, la pasión por la revolución que era evidente en todo lo que hacía y el lenguaje romántico de sus discursos, que no podían dejar de inspirar. Era un dios. El día era hermoso, y auguraba un gran futuro para la revolución.

Dos meses después, el 26 de julio, Robespierre pronunció un discurso que, pensaba, aseguraría su lugar en la historia, pues se proponía sugerir el fin del Terror y una nueva era para Francia. Se rumoraba también que exigiría enviar a la guillotina un último puñado de personas, un último grupo que amenazaba la seguridad de la revolución. Al subir al estrado para dirigirse a la convención que gobernaba el país, Robespierre llevaba puesto el mismo atuendo que había usado el día del festival. Su discurso fue largo, de casi tres horas, e incluyó una apasionada descripción de los valores y virtudes que él había ayudado a proyectar. Habló asimismo de conspiraciones, traición, enemigos no identificados.

La reacción fue entusiasta, pero algo menor de lo habitual. El discurso había cansado a muchos representantes. Se alzó entonces una voz, de un hombre apellidado Bourdon, quien habló para oponerse a la publicación del discurso de Robespierre, una velada señal de reprobación. De pronto, otros se pusieron de pie en todas partes, y lo acusaron de vaguedad: había hablado de conspiraciones y amenazas sin mencionar a los culpables. Cuando se le pidió ser específico, él se negó, prefiriendo dar nombres después. Al día siguiente salió en defensa de su discurso, y los representantes lo abuchearon. Horas más tarde, Robespierre era el único en ser enviado a la guillotina. El 28 de julio, en medio de una concentración de ciudadanos que parecían de ánimo más jubiloso que el del Festival del Ser Supremo, la cabeza de Robespierre cayó a la canasta, entre vítores resonantes. El Terror había terminado.

Muchos de quienes parecían admirar a Robespierre en realidad le guardaban hondo rencor: era tan virtuoso, tan superior, que resultaba opresivo. Algunos de esos

hombres habían conjurado contra él y esperaban el menor signo de debilidad, que apareció ese fatídico día en que pronunció su último discurso. Al negarse a mencionar a sus enemigos, Robespierre había mostrado un deseo de poner fin al derramamiento de sangre, o temor a que lo atacaran antes de que pudiera hacerlos asesinar. Instigada por los conspiradores, esta chispa se convirtió en hoguera. En dos días, primero un órgano de gobierno y luego una nación se volvieron contra un carismático al que dos meses antes habían venerado.

El carisma es tan volátil como las emociones que despierta. En la mayoría de los casos inspira sentimientos de amor. Pero estos sentimientos son difíciles de sostener. Los psicólogos hablan de la «fatiga erótica», los momentos posteriores al amor en los que te sientes cansad@ de él, resentid@. La realidad se infiltra, el amor se vuelve odio. La fatiga erótica es una amenaza para tod@ carismátic@. El@ carismátic@ suele conseguir amor actuando como salvador@, rescatando a la gente de alguna circunstancia difícil; pero una vez que esta se siente segura, el carisma es menos seductor para ella. L@s carismátic@s precisan del peligro y el riesgo. No son parsimonios@s burócratas; algun@s preservan deliberadamente el peligro, como acostumbraban hacerlo De Gaulle y Kennedy, o como hizo Robespierre durante el Terror. Pero la gente se cansa de eso, y a la primera señal de debilidad la emprende contra un@. El amor que antes mostró será igualado por su odio de ahora.

La única defensa es dominar tu carisma. Tu pasión, tu cólera, tu seguridad te vuelven carismátic@, pero demasiado carisma durante demasiado tiempo produce fatiga, y el deseo de tranquilidad y orden. El mejor tipo de carisma se crea conscientemente y se mantiene bajo control. Cuando es necesario, puedes brillar con seguridad y fervor, inspirando a las masas. Pero terminada la aventura, puedes avenirte a la rutina, no eliminando la vehemencia sino reduciéndola. (Robespierre quizá planeó este paso, pero llegó un día tarde). La gente admirará tu autocontrol y adaptabilidad. Su aventura amorosa contigo tenderá entonces al afecto usual entre los esposos. Incluso podrás parecer un poco aburrid@, un poco simple, papel que también podría parecer carismático, si se ejecuta en forma correcta. Recuerda: el carisma depende del éxito, y la mejor manera de mantener el éxito tras la avalancha carismática inicial es ser práctic@, y aun cautelos@. Mao Tse-Tung era un hombre distante y enigmático que para muchos tenía un carisma que inspiraba temor reverente. Sufrió muchos reveses, que habrían representado el fin de un hombre menos hábil; pero tras cada retroceso, se retiraba, y se volvía práctico, tolerante y flexible, al menos por un tiempo. Esto lo protegía de los peligros de una contrarreacción.

Hay otra alternativa: asumir el papel del profeta armado. Según Maquiavelo, un profeta puede adquirir poder gracias a su personalidad carismática, pero no puede sobrevivir mucho tiempo sin una fuerza que respalde esa personalidad. Necesita un ejército. Las masas se cansarán de él; deberán ser forzadas. Ser un profeta armado no necesariamente implica armas, pero demanda un lado enérgico en tu carácter, que puedas respaldar con acciones. Por desgracia, esto significa ser despiadad@ con tus



enemigos mientras conservas el poder. Y nadie engendra enemigos más implacables que el@ carismátic@.

Finalmente, no hay nada más peligroso que suceder a un@ carismátic@. Estos personajes son poco convencionales, y su dirección es de estilo personal, estampado con el desenfreno de su personalidad. A menudo dejan caos a su paso. Quien sucede a un@ carismátic@ hereda un embrollo, que la gente no ve. Ella extraña a su inspirador@ y culpa al@ sucesor@. Evita esta situación a toda costa. Si es ineludible, no pretendas continuar lo que el@ carismátic@ empezó; sigue un rumbo nuevo. Siendo práctic@, dign@ de confianza y franc@ puedes generar a menudo un extraño tipo de carisma por contraste. Así fue como Harry Truman no solo sobrevivió al legado de Roosevelt, sino que estableció además su propio tipo de carisma.

## **La estrella**

*La vida diaria es dura, y casi tod@s buscamos incesantemente huir de ella en sueños y fantasías. Las estrellas aprovechan esta debilidad; al distinguirse de los demás por su atractivo y característico estilo, nos empujan a mirarlas. Al mismo tiempo, son vagas y etéreas, guardan su distancia y nos dejan imaginar más de lo que existe. Su irrealidad actúa en nuestro inconsciente; ni si quiera sabemos cuánto las imitamos. Aprende a ser objeto de fascinación proyectando la brillante y escurridiza presencia de la estrella.*

## LA ESTRELLA FETICHIZADA

Un día de 1922, en Berlín, Alemania, se anunció una audición para el papel de una joven voluptuosa en una película titulada *Tragedia de amor*. De los cientos de esforzadas actrices jóvenes que se presentaron, la mayoría hizo todo por llamar la atención del director de reparto, lo que incluía exhibirse. Entre ellas había una joven en la fila que iba vestida sencilla, y que no hizo ninguna de las desesperadas bufonerías de las demás chicas. Pero sobresalía de todas maneras.

Esta joven llevaba un cachorro con una correa, del que había colgado un elegante collar. El director de reparto se fijó en ella de inmediato. La observó parada en la fila, sosteniendo tranquilamente al perro en sus brazos, y muy reservada. Al fumar, sus gestos eran lentos y sugestivos. A él le fascinaron sus piernas y su rostro, la sinuosidad de sus movimientos, el dejo de frialdad en sus ojos. Cuando llegó al frente, él ya la había elegido. Se llamaba Marlene Dietrich.

**El rostro frío y brillante que nunca pedía nada, que simplemente existía, a la espera: era un rostro vacío, pensó él; un rostro que podía cambiar con cualquier aire de expresión. Uno podía ensoñar cualquier cosa en él. Era como una hermosa casa vacía que aguardara tapetes y cuadros. Tenía todas las posibilidades: podía convertirse en un palacio o un burdel. Todo dependía de quien lo llenara. ¡Qué estrecho era, en comparación, todo lo ya terminado y rotulado!**

**ERICH MARIA REMARQUE, SOBRE MARLENE DIETRICH,  
*ARCO DEL TRIUNFO***

Para 1929, cuando el director austroestadunidense Josef von Sternberg llegó a Berlín a fin de empezar a trabajar en la película *Der blaue Engel* (El ángel azul), Marlene, de veintisiete años, ya era muy conocida en el mundo del cine y el teatro de Berlín. *Der blaue Engel* trataba de una mujer, Lola-Lola, que explota sádicamente a los hombres, y la totalidad de las mejores actrices de Berlín querían el papel, salvo, al parecer, Marlene, quien hizo saber que lo consideraba degradante; Von Sternberg

debía elegir entre las demás actrices que tenía en mente. Poco después de su arribo a Berlín, sin embargo, Von Sternberg asistió a una función de una obra musical para ver a un actor al que consideraba para *Der blaue Engel*. La estrella de la obra era la Dietrich, y tan pronto como ella salió a escena, Von Sternberg descubrió que no podía quitarle los ojos de encima. Ella lo miraba directa, insolentemente, como hombre; y luego estaban esas piernas, y la forma en que ella se inclinaba provocativamente contra la pared. Von Sternberg se olvidó del actor que había ido a ver. Había hallado a su Lola-Lola.

**Marlene Dietrich no es una actriz, como Sarah Bernhardt; es un mito, como Friné.**

**ANDRÉ MALRAUX, CITADO EN EDGAR MORIN, *LAS ESTRELLAS***

Von Sternberg se las arregló para convencer a Marlene de que aceptara el papel, y se puso a trabajar de inmediato, moldeándola conforme a la Lola de su imaginación. Cambió su cabello, trazó una línea plateada bajo su nariz para hacerla parecer más fina, le enseñó a mirar a la cámara con la insolencia que había visto en el escenario. Cuando empezó el rodaje, Von Sternberg creó un sistema de iluminación justo para Marlene: una luz que la seguía a todas partes, estratégicamente realzada por gasas y humo. Obsesionado con su «creación», iba con ella adondequiera. Nadie más podía acercársele.

*Der blaue Engel* fue un gran éxito en Alemania. Marlene fascinó al público: esa mirada fría y brutal mientras extendía las piernas sentada en un taburete, dejando ver su ropa interior; su natural manera de llamar la atención en la pantalla. Aparte de Von Sternberg, también otros se obsesionaron con ella. Un hombre aquejado de cáncer, el conde Sascha Kolowrat, tenía un último deseo: ver las piernas de la Dietrich en persona. Ella lo complació, visitándolo en el hospital y levantándose la falda; él suspiró y dijo: «Gracias. Ya puedo morir tranquilo». Pronto Paramount Studios llevó a Marlene a Hollywood, donde en poco tiempo todo mundo hablaba de ella. En las fiestas, todos los ojos se volvían a mirarla cuando entraba al salón. Escortada por los hombres más guapos de Hollywood, vestía un conjunto tan bello como inusual: una pijama de lamé dorado, un traje de marinero con quepís. Al día siguiente, su *look* era imitado por mujeres de toda la ciudad; más tarde llegaba a las revistas, e iniciaba así una tendencia totalmente nueva.

El verdadero objeto de fascinación, era incuestionablemente el rostro de Marlene. Lo que cautivó a Von Sternberg fue su inexpresividad: con un simple truco de iluminación, logró que ese rostro hiciera lo que él quería. Más tarde Marlene dejó de trabajar con Von Sternberg, pero nunca olvidó lo que él le había enseñado. Una

noche de 1951, Fritz Lang, quien estaba a punto de dirigirla en *Rancho Notorius* (Sucedió en un rancho), pasaba por su oficina cuando vio que una luz relampagueaba en la ventana. Temiendo un robo, bajó de su auto, subió las escaleras y se asomó por la rendija de la puerta: era Marlene, tomándose fotografías en el espejo para estudiar su rostro desde todos los ángulos.

Porque Pigmalión las viera llevando su edad en el crimen, \ ofendido por los vicios que a la mente femínea \ dio natura muchísimos, sin cónyuge, célibe, \ vivía, y carecía largo tiempo de consorte del tálamo. \ Entre tanto, esculpió felizmente con arte admirable \ un níveo marfil, y le dio la forma con que hembra ninguna \ puede nacer, y concibió el amor de su obra. \ De virgen verdadera es su faz, que creerías que vive, \ y, si la reverencia no obstara, que querría moverse: \ a tal punto se esconde el arte en su arte. Se admira y recibe \ Pigmalión, en su pecho, del simulado cuerpo los fuegos. \ A menudo arrima a la obra sus manos que exploran, si sea \ cuerpo o marfil aquel; y que es marfil, hasta aquí no confiesa. \ Besos le da, y piensa que devueltos le son, y habla y detiene \ y cree que se hunden en los tocados miembros sus dedos, \ y teme que venga un moretón a las partes opresas; \ y ora blandicias emplea; gratos, ora, a las niñas, \ le lleva regalos. [...] También orna con vestes sus miembros; \ da, a sus dedos, gemas; a su cuello da luengos collares. [...] Todo le sienta; y desnuda, no menos hermosa parece. \ Coloca a esta en tapices teñidos con la concha sidonia, \ y la llama socia del lecho, e inclinados sus cuellos \ en muelles plumas, como si a sentir fueran, recuesta. • Celebérrimo en la entera Cipros, el día festivo de Venus \ había venido, y, oro en los pandos cuernos vestidas, \ habían caído heridas en la nívea cerviz las novillas, \ y humeaban los inciensos; cuando, el don cumplido, ante las aras \ se paró y tímidamente: «Si podéis dar todo los dioses, \ que sea mi esposa, quiero (no osó “la virgen ebúrnea” \ decir) —dijo Pigmalión— una semejante a la ebúrnea». \ Sintió, cuando asistía a sus fiestas la misma áurea Venus, \ que aquellos votos querían, y augurio del numen amigo, \ tres veces se encendió la flama y su ápice guio por el aire. \ Cuando regresó, los simulacros buscó aquel de su niña; \ besos le da, en el lecho acostándose; estar tibia parece. \ Arrima otra vez la boca; tienta con las manos los pechos \ también; se ablanda el marfil tentado y la dureza es depuesta.

OVIDIO, *METAMORFOSIS*

Marlene Dietrich podía distanciarse de sí misma: estudiar su rostro, sus piernas, su cuerpo como si fueran de otra persona. Esto le permitía moldear su aspecto, y transformar su apariencia para llamar la atención. Podía posar justo en la forma que más excitaría a un hombre, pues su inexpresividad permitía que él la viera según su fantasía, de sadismo, voluptuosidad o peligro. Y todos los hombres que la conocían, o la veían en la pantalla, fantaseaban interminablemente con ella. Este efecto operaba también en las mujeres; en palabras de un escritor, la Dietrich proyectaba «sexo sin género». Pero esa distancia de sí le confería cierta frialdad, en el cine y en persona. Era como un objeto hermoso, algo por fetichizar y admirar como admiramos una obra de arte.

El fetiche es un objeto que impone una reacción emocional que nos hace insuflarle vida. Como es un objeto, podemos imaginar con él lo que queramos. La mayoría de las personas son demasiado temperamentales, complejas y reactivas para dejarnos verlas como objetos que podamos fetichizar. El poder de la estrella fetichizada procede de su capacidad para convertirse en objeto, aunque no en cualquiera, sino en un objeto que fetichizamos, que estimula una amplia variedad de fantasías. Las estrellas fetichizadas son perfectas, como la estatua de una deidad griega. El efecto es asombroso, y seductor. Su principal requisito es la distancia de sí. Si tú te ves como un objeto, otros lo harán también. Un aire etéreo e irreal agudizará este efecto.

Eres una pantalla en blanco. Flota por la vida sin comprometerte y la gente querrá atraparte y consumirte. De todas las partes de tu cuerpo que atraen esa atención fetichista, la más imponente es el rostro; así, aprende a afinar tu rostro como si fuera un instrumento, haciéndolo irradiar una vaguedad fascinadora e impresionante. Y como tendrás que distinguirte de otras estrellas en el cielo, deberás desarrollar un estilo que llame la atención. Marlene Dietrich fue la gran profesional de este arte; su estilo era tan chic que deslumbraba, tan extraño que embelesaba. Recuerda: tu imagen y presencia son materiales que puedes controlar. La sensación de que participas en esta especie de juego hará que la gente te considere superior y dign@ de imitación.

***Poseía tal aplomo natural, [...] tal economía de gestos, que era tan absorbente como un Modigliani. [...] Tenía la cualidad esencial de las estrellas: podía ser espléndida sin hacer nada.***

**—Lili Darvas, actriz de Berlín, sobre Marlene Dietrich**

# LA ESTRELLA MÍTICA

El 2 de julio de 1960, semanas antes de la convención nacional del partido demócrata, el expresidente de Estados Unidos Harry Truman declaró públicamente que John F. Kennedy —quien había obtenido suficientes delegados para que se le eligiera candidato de su partido a la presidencia— era demasiado joven e inexperto para el puesto. La reacción de Kennedy fue sorprendente: convocó a una conferencia de prensa para ser televisada en vivo a toda la nación, el 4 de julio. La teatralidad de esa conferencia fue aún mayor por el hecho de que Kennedy estaba de vacaciones, así que nadie lo vio ni supo de él hasta el evento mismo. A la hora convenida, Kennedy entró a la sala como un *sheriff* que llegara a Dodge City. Empezó diciendo que había contendido en todas las elecciones primarias estatales, con una considerable inversión de dinero y esfuerzo, y que había vencido contundentemente a sus adversarios. ¿Quién era Truman para burlar el proceso democrático? «Este es un país joven», continuó, alzando la voz, «fundado por hombres jóvenes, [...] que siguen siendo jóvenes de corazón. [...] El mundo está cambiando, mas no así los antiguos métodos. [...] Es momento de que una nueva generación de líderes haga frente a nuevos problemas y oportunidades». Aun los enemigos de Kennedy coincidieron en que su discurso fue estremecedor. Volteó la impugnación de Truman: el problema no era su propia inexperiencia, sino el monopolio del poder de la antigua generación. Su estilo fue tan elocuente como sus palabras, porque su actuación evocó las películas de la época: Alan Ladd en *Shane* (Shane) enfrentando a rancheros viejos y corruptos, o James Dean en *Rebel Without a Cause* (Rebelde sin causa). Incluso, Kennedy se parecía a Dean, particularmente en su aire de fría indiferencia.

**[John F.]. Kennedy llevó a los noticiarios de la televisión y el fotoperiodismo los componentes más frecuentes del mundo del cine: la calidad de estrella y la historia mítica. Con su apariencia telegénica, sus habilidades para la autopresentación, sus fantasías heroicas y su inteligencia creativa, Kennedy estaba brillantemente preparado para proyectar una personalidad imponente en la pantalla. Se apropió de los discursos de la cultura de masas, en especial de Hollywood, y los transfirió a las noticias. Mediante esta estrategia, hizo que las noticias parecieran sueños y películas, terreno en el que las imágenes presentaban escenarios acordes con los más profundos anhelos del espectador. [...] Sin haber aparecido nunca en una película de verdad, sino convirtiendo el aparato de televisión en su pantalla, él fue la mayor estrella de cine del siglo xx.**

## **JOHN HELLMANN, *LA OBSESIÓN POR KENNEDY: EL MITO ESTADUNIDENSE DE JFK***

Meses después, ya aprobado como candidato presidencial demócrata, Kennedy se puso en guardia contra su adversario republicano, Richard Nixon, en su primer debate televisado a toda la nación. Nixon era perspicaz; sabía las respuestas a las preguntas y debatía con aplomo, citando estadísticas sobre los logros del gobierno de Eisenhower, en el que había sido vicepresidente. Pero a la luz de las cámaras, en la televisión en blanco y negro, era una figura espectral: su crecida barba disimulada con maquillaje, marcas de sudor en la frente y las mejillas, el rostro descompuesto por la fatiga, los ojos inquietos y parpadeantes, rígido el cuerpo. ¿Qué le preocupaba tanto? El contraste con Kennedy era notorio. Si Nixon solo veía a su contrincante, Kennedy miraba al público, haciendo contacto visual con los espectadores, dirigiéndose a ellos en la sala de su casa como ningún político lo había hecho antes. Si Nixon se ocupaba de datos y engorrosos temas de debate, Kennedy hablaba de libertad, de crear una nueva sociedad, de recuperar el espíritu pionero de Estados Unidos. Su actitud era sincera y enfática. Sus palabras no eran específicas, pero hizo imaginar a sus oyentes un futuro maravilloso.

Un día después del debate, las cifras de Kennedy en las encuestas subieron milagrosamente, y en todas partes era recibido por multitudes de jóvenes mujeres, que gritaban y saltaban. Con su bella esposa Jackie a su lado, él era una especie de príncipe democrático. Para entonces, sus apariciones en la televisión eran verdaderos acontecimientos. A su debido tiempo se le eligió presidente, y su discurso de toma de posesión, también transmitido por televisión, fue muy emocionante. Era un frío día de invierno. Al fondo, sentado, Eisenhower parecía viejo y rendido, acurrucado en su abrigo y su bufanda. Kennedy, en cambio, se dirigió a la nación de pie, sin sombrero ni abrigo: «No creo que nadie sustituya a ninguna otra persona o generación. La energía, la fe, la devoción que pongamos en este empeño iluminarán a nuestro país y a todo aquel que le sirva, y el brillo de esa hoguera realmente puede iluminar al mundo».

En los meses siguientes, Kennedy dio innumerables conferencias de prensa en vivo ante las cámaras de la televisión, algo que ningún presidente estadounidense anterior se había atrevido a hacer. Frente al pelotón de fusilamiento de las lentes y las preguntas, era intrépido, y hablaba con serenidad y cierta ironía. ¿Qué pasaba detrás de esos ojos, de esa sonrisa? La gente quería saber más sobre él. Las revistas bombardeaban a sus lectores con información: fotografías de Kennedy con su esposa e hijos, o jugando fútbol americano en el jardín de la Casa Blanca; entrevistas que lo presentaban como devoto padre de familia, aunque también se codeaba con estrellas glamurosas. Todas las imágenes se fundían: la carrera espacial, el Cuerpo de Paz, Kennedy enfrentando a los soviéticos durante la crisis de los misiles en Cuba, justo como había encarado a Truman.



Tras el asesinato de Kennedy, Jackie dijo en una entrevista que, antes de acostarse, él acostumbraba oír la banda sonora de obras musicales de Broadway, y que su favorita era *Camelot*, con estos versos: «Que no se olvide / que una vez hubo / como un efluvio / un Camelot». Volvería a haber grandes presidentes, dijo Jackie, pero nunca «otro Camelot». El nombre «Camelot» pareció gustar, e hizo que los mil días de Kennedy en el cargo resonaran como un mito.

**Pero hemos visto que, considerada como fenómeno total, la historia de las estrellas repite, en sus debidas proporciones, la historia de los dioses. Antes de los dioses (antes de las estrellas), el universo mítico (la pantalla) estaba poblado por espectros o fantasmas dotados del glamur y la magia del doble. • Varias de estas presencias han asumido progresivamente cuerpo y sustancia, han cobrado forma, se han amplificado y han florecido convertidas en dioses y diosas. Y mientras que ciertos grandes dioses de los panteones antiguos se metamorfosean en dioses-héroes de salvación, las diosasestrellas se humanizan y se convierten en nuevas mediadoras entre el mundo fantástico de los sueños y la vida diaria del hombre en la tierra. [...] • Los héroes de las películas [...] son, en forma obviamente atenuada, héroes mitológicos en este sentido de volverse divinos. La estrella es el actor o actriz que absorbe parte de la sustancia heroica —es decir divinizada y mítica— del héroe o heroína de la película, y que enriquece a su vez esa sustancia con su propia contribución. Cuando se habla del mito de la estrella, se alude antes que nada al proceso de divinización por el que pasa el actor de cine, que lo convierte en ídolo de multitudes.**

**EDGAR MORIN, *LAS ESTRELLAS***

La seducción del pueblo estadounidense por Kennedy fue consciente y calculada. También fue más propia de Hollywood que de Washington, lo cual no es de sorprender: el padre de Kennedy, Joseph, había sido productor de cine, y Kennedy mismo había pasado tiempo en Hollywood, conviviendo con actores e intentando saber qué los hacía estrellas. Le impresionaban en particular Gary Cooper, Montgomery Clift y Cary Grant; solía llamar a este último para pedirle consejo.

Hollywood había hallado formas de unir a todo el país en torno a ciertos temas, o mitos, con frecuencia el gran mito estadounidense del Oeste. Las grandes estrellas encarnaban tipos míticos: John Wayne al patriarca, Clift al rebelde prometeico, Jimmy Stewart al héroe noble, Marilyn Monroe a la sirena. Ellos no eran meros

mortales, sino dioses y diosas con quienes soñar y fantasear. Todos los actos de Kennedy se enmarcaron en las convenciones de Hollywood. No discutía con sus adversarios: los enfrentaba teatralmente. Posaba, y en formas visualmente atractivas, ya fuera con su esposa, sus hijos o solo. Copiaba las expresiones faciales, la presencia, de un Dean o un Cooper. No se ocupaba de detalles políticos, pero hablaba extasiado de grandes temas míticos, la clase de temas que podían unir a una nación dividida. Y todo esto estaba calculado para la televisión, porque Kennedy existió principalmente como imagen televisiva. Su imagen perseguía en sueños a los estadounidenses. Mucho antes de su asesinato, atrajo fantasías de la inocencia perdida de Estados Unidos con su llamado a un renacimiento del espíritu pionero, una Nueva Frontera.

**Edad: 22 años. Sexo: femenino. Nacionalidad: británica. Profesión: estudiante de medicina. «[Deanna Durbin] fue mi primer y único ídolo de la pantalla. Quería parecerme a ella lo más posible, tanto en mi actitud como en mi ropa. Cada vez que iba a estrenar vestido, buscaba en mi colección una fotografía particularmente bonita de Deanna y pedía un vestido como el suyo. Me peinaba como ella. Si me veía en una situación fastidiosa o exasperante, [...] me preguntaba qué habría hecho Deanna en mi caso y modificaba mis reacciones en consecuencia. [...]» • Edad: 26 años. Sexo: femenino. Nacionalidad: británica. «Me enamoré de un actor de cine solo una vez. Era Conrad Veidt. Su magnetismo y personalidad me cautivaron. Su voz y sus gestos me fascinaban. Lo odiaba, le temía, lo amaba. Cuando murió, sentí que una parte vital de mi imaginación moría también, y mi mundo de sueños se vació».**

**J. P. MAYER, *EL CINE BRITÁNICO Y SU PÚBLICO***

De todos los tipos de personalidad, la estrella mítica es quizá el más impactante. A la gente se le divide en toda índole de categorías de percepción consciente: raza, género, clase, religión, política. Así, es imposible obtener poder a gran escala, o ganar una elección, valiéndose del conocimiento consciente; un llamado a cualquier grupo solo alejará a otro. Pero inconscientemente compartimos muchas cosas. Tod@s somos mortales, tod@s conocemos el temor, tod@s llevamos impresa en nosotr@s la huella de nuestras figuras paternas; y nada evoca mejor esta experiencia compartida que un mito. Las pautas del mito, nacidas de los sentimientos encontrados de la indefensión y el ansia de inmortalidad, están profundamente grabadas en tod@s nosotr@s.

**El salvaje adora ídolos de madera y piedra; el hombre civilizado, ídolos de carne y hueso.**

**GEORGE BERNARD SHAW**

Las estrellas míticas son figuras de mitos que cobran vida. Para apropiarte de su poder, primero debes estudiar la presencia física de esas figuras: cómo adoptan un estilo distintivo, y cómo son increíble y visualmente deslumbrantes. Luego debes asumir la actitud de una figura mítica: el@ rebelde, el@ p/matriarca sabi@, el@ aventurer@. (La actitud de una estrella que ha adoptado una de esas poses míticas podría ser la clave). Vuelve vagas estas asociaciones; nunca deben ser obvias para la mente consciente. Tus palabras y actos han de invitar a la interpretación más allá de su apariencia superficial; debes dar la impresión de no interesarte en asuntos y detalles específicos y triviales, sino en cuestiones de vida y muerte, amor y odio, autoridad y caos. Tu contrincante, de igual modo, debe ser encuadrad@ no meramente como enemig@ por razones ideológicas o de competencia, sino como un@ villan@, una forma demoniaca. La gente es sumamente susceptible al mito, así que conviértete en protagonista de un gran drama. Y mantén tu distancia: que la gente se identifique contigo sin que pueda tocarte. Que solo pueda mirar y soñar.

***La vida de Jack tuvo más que ver con el mito, la magia, la leyenda, la saga y el cuento que con la teoría o la ciencia políticas.***

**—Jacqueline Kennedy, una semana después de la muerte de John Kennedy**

## **CLAVES DE PERSONALIDAD**

La seducción es una forma de persuasión que busca eludir la conciencia, incitando en cambio a la mente inconsciente. La razón de esto es simple: estamos rodead@s de tantos estímulos que compiten por nuestra atención, bombardeándonos con mensajes obvios, y de tantas personas con intereses abiertamente políticos y manipuladores, que rara vez nos encantan o engañan. Nos hemos vuelto crecientemente cínic@s. Trata de persuadir a una persona apelando a su conciencia, diciendo lo que quieres, mostrando todas tus cartas, ¿y qué esperanza te queda?

Serás solo una irritación más por eliminar.

Para evitar esta suerte, debes aprender el arte de la insinuación, de llegar al inconsciente. La expresión más vívida del inconsciente es el sueño, el cual se relaciona intrincadamente con el mito; al despertar de un sueño, a menudo permanecen en nosotr@s sus imágenes y mensajes ambiguos. Los sueños nos obsesionan porque combinan realidad e irrealidad. Están repletos de personajes reales, y suelen tratar de situaciones reales, pero son maravillosamente irracionales, llevando la realidad al extremo del delirio. Si todo en un sueño fuera realista, no tendría ningún poder sobre nosotr@s; si todo fuera irreal, nos sentiríamos menos envuelt@s en sus placeres y temores. Su fusión de ambos elementos es lo que lo vuelve inquietante. Esto es lo que Freud llamó lo «misterioso»: algo que parece extraño y conocido a la vez.

**Cuando los rayos del ojo topan con una superficie lúcida y límpida —sea hierro acicalado, cristal, agua, algunas piedras pulimentadas, o cualquiera otra cosa pulida, relampagueante, que brille, centellee o destelle—, [...] entonces sus rayos se reflejan, y el observador se percibe a sí mismo y se ve con sus propios ojos. Así sucede con el espejo, donde parece que tú te estás mirando a ti mismo con ojos que no son los tuyos.**

**IBN HAZM DE CÓRDOBA, *EL COLLAR DE LA PALOMA*.  
*TRATADO SOBRE EL AMOR Y LOS AMANTES***

A veces experimentamos lo misterioso estando despiertos: en un *déjà vu*, una coincidencia milagrosa, un raro suceso que recuerda una experiencia de la infancia. La gente puede tener un efecto similar. Los gestos, las palabras, el ser mismo de hombres como Kennedy o Andy Warhol, por ejemplo, evocan algo tanto real como irreal: quizá no nos demos cuenta de ello (y cómo podríamos hacerlo, en verdad), pero estos individuos son como figuras oníricas para nosotr@s. Tienen cualidades que los anclan en la realidad —sinceridad, picardía, sensualidad—, pero al mismo tiempo su distancia, su superioridad, su casi surrealismo los hacen parecer como salidos de una película.

Este tipo de personas tienen un efecto inquietante y obsesivo en nosotr@s. En público o en privado, nos seducen, y hacen que deseemos poseerlas, tanto física como psicológicamente. Pero ¿cómo podemos poseer a una persona emergida de un sueño, o a una estrella de cine o de la política, o incluso a un encantador real, como un Warhol, que podría cruzarse en nuestro camino? Incapaces de tenerlos, nos obsesionamos con ellos: nos persiguen en nuestras ideas, nuestros sueños, nuestras fantasías. Los imitamos inconscientemente. El psicólogo Sándor Ferénczi llama a

esto «introyección»: una persona se vuelve parte de nuestro ego, interiorizamos su carácter. Este es el insidioso poder seductor de una estrella, un poder del que puedes apropiarte convirtiéndote en un código, una mezcla de lo real y lo irreal. La mayoría de las personas es extremadamente banal; es decir, demasiado real. Tú debes hacerte etére@. Que tus palabras y actos parezcan proceder de tu inconsciente, tener cierta soltura. Te contendrás, pero ocasionalmente revelarás un rasgo que hará preguntarse a la gente si en verdad te conoce.

**La única constelación importante de seducción colectiva producida por los tiempos modernos [es] la de las estrellas o ídolos de cine. [...] Ellos fueron nuestro único mito en una época incapaz de generar grandes mitos o figuras de seducción comparables con los de la mitología o el arte. • El poder del cine radica en el mito. Sus historias, sus retratos psicológicos, su imaginación o realismo, las significativas impresiones que deja: todo esto es secundario. Solo el mito es poderoso, y en el corazón del mito cinematográfico reside la seducción: la de la renombrada figura seductora, un hombre o mujer (aunque sobre todo una mujer) asociada con el poder cautivador pero engañoso de la imagen cinematográfica misma. [...] • La estrella no es de ninguna manera un ser ideal o sublime: es artificial. [...] Su presencia sirve para sumergir toda sensibilidad y expresión en una fascinación ritual con el vacío, en el éxtasis de su mirada y la nulidad de su sonrisa. Así es como ella alcanza la condición mítica y se vuelve objeto de ritos colectivos de adulación sacrificial. • El ascenso de los ídolos de cine, las divinidades de las masas, fue y sigue siendo una historia central de los tiempos modernos. [...] No tiene caso desestimar esto como meros sueños de masas perplejas. Se trata de un acontecimiento seductor. [...] • Desde luego que la seducción en la era de las masas ya no es como la de [...] *Las amistades peligrosas* o el *Diario de un seductor*; ni, en realidad, como la de la mitología antigua, que sin duda contiene los relatos más ricos en seducción. En ellos, la seducción es ardiente, mientras que la de nuestros ídolos modernos es fría, situada como está en la intersección de dos medios fríos, el de la imagen y el de las masas. [...] • Las grandes estrellas o seductoras nunca deslumbran por su talento o inteligencia, sino por su ausencia. Son deslumbrantes en su nulidad, en su frialdad: la frialdad del maquillaje y el hieratismo ritual. [...] • Estas grandes efigies seductoras son nuestras máscaras, nuestras estatuas de la Isla de Pascua.**

## JEAN BAUDRILLARD, *DE LA SEDUCCIÓN*

La estrella es una creación del cine moderno. Esto no es ninguna sorpresa: el cine recrea el mundo de los sueños. Vemos una película en la oscuridad, en un estado de semisomnolencia. Las imágenes son bastante reales, y en diversos grados describen situaciones realistas, pero son proyecciones, luces intermitentes, imágenes: sabemos que no son reales. Es como si viéramos el sueño de otra persona. Fue el cine, no el teatro, el que creó a la estrella.

En un escenario, los actores están lejos, perdidos entre la gente, y son demasiado reales en su presencia corporal. Lo que permitió al cine fabricar a la estrella fue el close-up, que separa de pronto a los actores de su contexto, llenando tu mente con su imagen. El close-up parece revelar algo no tanto sobre el personaje que los actores interpretan como sobre sí mismos. Vislumbramos algún aspecto de la propia Greta Garbo cuando la vemos tan cerca a la cara. Nunca olvides esto mientras te forjas como estrella. Primero, debes tener una presencia tan desbordante que llene la mente de tu objetivo como un closeup llena la pantalla. Debes poseer un estilo o presencia que te distinga de l@s demás. Sé vag@ e irreal, pero no distante ni ausente: no se trata de que las personas no puedan contemplarte ni recordarte. Tienen que verte en su mente cuando no estás con ellas.

Segundo, cultiva un rostro inexpresivo y misterioso, el centro que irradia tu estelaridad. Esto le permitirá a la gente ver en ti lo que quiere, imaginar que puede advertir tu carácter, y aun tu alma. En vez de indicar estados anímicos y emociones, en vez de emocionar o exaltar, la estrella despierta interpretaciones. Este fue el poder obsesivo del rostro de Greta o de Marlene, e incluso de Kennedy, quien adecuó sus expresiones a las de James Dean.

Un ser vivo es dinámico y cambiante, mientras que un objeto o imagen es pasivo; pero en su pasividad estimula nuestras fantasías. Una persona puede obtener ese poder volviéndose una suerte de objeto. El conde de Saint-Germain, gran charlatán del siglo XVIII, fue en muchos sentidos un precursor de la estrella. Aparecía de súbito en la ciudad, nadie sabía de dónde; hablaba muchos idiomas, pero su acento no era de ningún país. Tampoco se sabía su edad: no era joven, desde luego, pero su cara ofrecía un aspecto saludable. Solo salía de noche. Siempre vestía de negro, y portaba joyas espectaculares. Al llegar a la corte de Luis XV, causó sensación al instante; sugería riqueza, pero nadie conocía la fuente de esta. Hizo creer al rey y a *Madame de Pompadour* que tenía fantásticos poderes, entre ellos la capacidad de convertir materiales vulgares en oro (el don de la piedra filosofal), pero jamás se atribuyó grandezas; todo era insinuación. Nunca decía sí o no, solo quizá. Se sentaba a cenar, pero nunca se le vio ingerir alimento. Una vez regaló a *Madame de Pompadour* una caja de dulces que cambiaba de color y apariencia dependiendo de cómo se le sostuviera; este cautivador objeto, dijo ella, le recordaba al propio

conde. Saint-Germain pintaba los cuadros más extraños nunca antes vistos: los colores eran tan vibrantes que, cuando pintaba joyas, la gente creía que eran reales. Los pintores desesperaban por conocer sus secretos, pero él no los reveló jamás. Se iba de la ciudad como había llegado: de repente y en silencio. Su mayor admirador fue Casanova, quien lo conoció y no lo olvidó nunca. Nadie dio crédito a su muerte; años, décadas, un siglo después la gente seguía segura de que se ocultaba en alguna parte. Una persona con poderes como los suyos nunca muere.

**Si quieres saber todo sobre Andy Warhol, mira sencillamente la superficie de mis cuadros y de mis películas y de mí mismo, y ahí estoy. No hay nada detrás.**

**ANDY WARHOL, CITADO EN STEPHEN KOCH, *EL OBSERVADOR DE LAS ESTRELLAS: VIDA, MUNDO Y PELÍCULAS DE ANDY WARHOL***

El conde de Saint-Germain tenía todas las cualidades de la estrella. Todo lo relativo a él era ambiguo y estaba abierto a interpretaciones. Original y apasionado, se distinguía de la muchedumbre. La gente lo creía inmortal, tal como una estrella parece nunca envejecer ni desaparecer. Sus palabras eran como su presencia: fascinantes, diversas, extrañas, de significado oscuro. Ese es el poder que puedes ejercer transformándote en un objeto centellante.

Andy Warhol también obsesionaba a todos los que lo conocían. Poseía un estilo distintivo —esas pelucas plateadas—, y su rostro era inexpresivo y misterioso. La gente no sabía nunca qué pensaba; como sus cuadros, era pura superficie. En la cualidad de su presencia, Warhol y Saint-Germain recuerdan los grandes cuadros de *trompe l'oeil* del siglo XVII, o los grabados de M. C. Escher: fascinantes mezclas de realismo e imposibilidad, que hacen que la gente se pregunte si son reales o imaginarias.

Una estrella debe sobresalir, y esto puede implicar cierta vena dramática, como la que la Dietrich revelaba al aparecer en fiestas. A veces, incluso puede crearse un efecto más inquietante e irreal con toques sutiles: tu manera de fumar, una inflexión de la voz, un modo de andar. A menudo son las pequeñas cosas las que impresionan a la gente, y la llevan a imitarte: el mechón sobre el ojo derecho de Veronica Lake, la voz de Cary Grant, la sonrisa irónica de Kennedy. Aunque la mente consciente apenas puede registrar esos matices, subliminalmente estos pueden ser tan atractivos como un objeto de forma llamativa o color raro. Por extraño que parezca, inconscientemente nos atraen cosas que no tienen ningún significado más allá de su apariencia fascinante.

Las estrellas hacen que queramos saber más de ellas. Debes aprender a despertar

la curiosidad de la gente dejándola vislumbrar algo de tu vida privada, algo que parezca revelar un elemento de tu personalidad. Déjala fantasear e imaginar. Un rasgo que suele detonar esta reacción es un dejo de espiritualidad, la cual puede ser sumamente seductora, como el interés de James Dean en la filosofía oriental y el ocultismo. Indicios de bondad y generosidad pueden tener un efecto semejante. Las estrellas son como los dioses del monte Olimpo, que viven para el amor y el juego. Lo que te agrada —personas, pasatiempos, animales— revela el tipo de belleza moral que a la gente le gusta ver en una estrella. Explota este deseo mostrando asomos de tu vida privada, las causas por las que luchas, la persona de la que estás enamorado@ (por el momento).

Otra forma en que las estrellas seducen es haciendo que nos identifiquemos con ellas, lo cual nos concede un estremecimiento vicario. Esto fue lo que hizo Kennedy en su conferencia de prensa sobre Truman: al ubicarse como un joven injuriado por un viejo, evocando así un conflicto generacional arquetípico, hizo que los jóvenes se identificaran con él. (Para esto le sirvió la popularidad de la figura del adolescente marginado y vilipendiado de las películas hollywoodenses). La clave es representar un tipo, así como Jimmy Stewart representaba al estadounidense promedio y Cary Grant al aristócrata impasible. La gente de tu tipo gravitará hacia ti, se identificará contigo, compartirá tu alegría o tristeza. La atracción debe ser inconsciente, y no han de transmitirla tus palabras sino tu pose, tu actitud. Hoy más que nunca la gente es insegura, y su identidad cambia sin cesar. Ayúdala a decidirse por un papel en la vida y se identificará contigo por completo. Simplemente haz que tu tipo sea dramático, visible y fácil de imitar. El poder que tendrás para influir de esta forma en el concepto de sí de la gente será insidioso y profundo.

Recuerda: tod@s somos intérpretes. La gente nunca sabe con exactitud qué sientes o piensas; te juzga por tu apariencia. Eres un@ actor@. Y l@s actor@s más eficaces tienen una distancia interior consigo: al igual que Marlene, pueden moldear su presencia física como si la percibieran desde afuera. Esa distancia interior nos fascina. Las estrellas se burlan de sí mismas, ajustan siempre su imagen, la adaptan a los tiempos. Nada es más risible que una imagen que estuvo de moda hace diez años pero que ya no lo está. Las estrellas deben renovar constantemente su lustre, o enfrentarán la peor de las suertes posibles: el olvido.

### **Símbolo:**

**El ídolo. Una piedra tallada hasta  
formar un dios, quizá fulgurante de joyas  
y oro. Los ojos de los fieles le dan vida, imaginándola con  
poderes reales. Su forma les permite ver lo que quieren —un dios  
—,  
pero solo es una piedra. El dios vive en su imaginación.**



# PELIGROS

Las estrellas crean ilusiones gratas a la vista. El peligro es que la gente se canse de ellas —que la ilusión ya no fascine— y se vuelva hacia otra estrella. Deja que esto suceda y te será muy difícil recuperar tu lugar en la galaxia. Debes preservar en ti las miradas a toda costa.

No te preocupes por la mala fama, o la calumnia; somos muy indulgentes con nuestras estrellas. Tras su muerte, todo tipo de desagradables verdades sobre el presidente Kennedy salieron a la luz: sus romances interminables, su adicción al riesgo y al peligro. Nada de esto redujo su atractivo, y de hecho la gente sigue considerándolo uno de los grandes presidentes de Estados Unidos. Errol Flynn enfrentó muchos escándalos, incluido un famoso caso de violación: solo aumentaron su imagen de libertino. Una vez que la gente reconoce a una estrella, toda clase de publicidad, aun la mala, sencillamente alimenta su obsesión. Claro que puedes excederte: a las personas le gusta que una estrella posea una hermosura ilimitada, y demasiada flaqueza humana la desilusionará al cabo. Aun así, la publicidad negativa es menos peligrosa que desaparecer mucho tiempo o distanciarte demasiado. No podrás perseguir a la gente en sus sueños si nunca te ve. Al mismo tiempo, no puedes permitir que el público te conozca demasiado, o que tu imagen se vuelva predecible. La gente se volverá contra ti en un instante si empiezas a aburrirla, porque el aburrimiento es el supremo mal social.

Quizá el mayor peligro que enfrentan las estrellas es la incesante atención que suscitan. La atención obsesiva puede volverse desconcertante, y algo peor aún. Tal como podría atestiguar cualquier mujer atractiva, cansa ser mirad@ todo el tiempo, y el efecto puede ser destructivo, como lo demuestra el caso de Marilyn Monroe. La solución es desarrollar el tipo de distancia de sí que tenía Marlene: toma con reservas la atención y la idolatría, y no pierdas objetividad. Aborda juguetonamente tu imagen. Pero, sobre todo, nunca te obsesiones con la obsesiva cualidad del interés de la gente en ti.

## **El@ antiseductor@**

*L@s seductor@s te atraen por la atención concentrada e individualizada que te prestan. L@s antiseductor@s son lo contrario: insegur@s, ensimismad@s e incapaces de entender la psicología de otra persona; literalmente repelen. L@s antiseductor@s no tienen conciencia de sí mism@s, y jamás reparan en cuándo fastidian, imponen, hablan demasiado. Carecen de sutileza para crear el augurio de placer que la seducción requiere. Erradica de ti los rasgos antiseductores y reconócelos en otr@s; tratar con un@ antiseductor@ no es placentero ni provechoso.*

## TIPOLOGÍA DE L@S ANTISEDUCTOR@S

L@s antiseductor@s pueden adoptar muchas formas y clases, pero casi tod@s comparten un atributo, el origen de su fuerza repelente: la inseguridad. Tod@s somos insegur@s, y sufrimos por ello. Pero a veces podemos superar esa sensación: un compromiso seductor puede sacarnos de nuestro usual ensimismamiento; y en el grado en que seducimos o somos seducid@s, nos sentimos apasionad@s y segur@s. L@s antiseductor@s, en cambio, son hasta tal punto insegur@s que es imposible atraerl@s al proceso de la seducción. Sus necesidades, sus ansiedades, su apocamiento l@s cierran. Interpretan la menor ambigüedad de tu parte como un desaire a su ego; ven el mero indicio de alejamiento como traición, y es probable que se quejen amargamente de eso.

Parece fácil: l@s antiseductor@s repelen, así que son repelid@s: evítal@s. Desafortunadamente, a much@s antiseductor@s no se les puede detectar como tales a primera vista. Son más sutiles, y a menos que tengas cuidado te atraparán en una relación muy insatisfactoria. Busca pistas de su ensimismamiento e inseguridad: quizá son mezquin@s, o discuten con inusual tenacidad, o son hipercrític@s. Tal vez te colman de elogios inmerecidos, y te declaran su amor antes de saber nada acerca de ti. O, sobre todo, no prestan atención a los detalles. Como no pueden ver lo que te vuelve diferente, son incapaces de sorprenderte con una atención matizada.

**Riose el conde Ludovico, y dijo: «Yo os prometo que el cortesano avisado no querrá aprovecharse de semejantes mañas o necedades en sus amores». • «Ni aun de otra», respondió micer César Gonzaga, «que en mis días hizo un caballero, que no era de los menos estimados, al cual yo, por honra de los hombres, no quiero nombrar agora.» • «Decí, a lo menos», dijo la duquesa, «qué necesidad fue esa que hizo.» • Dijo entonces micer César: «Este caballero que yo digo alcanzó por su dicha o desdicha parecer tan bien a una gran señora, que vino ella a amalle tanto, que le envió a llamar que viniese secretamente a una ciudad donde ella estaba; y así venido él a aquel lugar, después de haber estado allí algunos días, y hablado con esta señora por concierto, al cabo partiéndose della con muchas lágrimas y gemidos, señalando el extremo dolor**

que sentía de la partida, suplicóla que se acordase siempre dél, y dicho esto le dijo más, que por cuanto él había estado en un mesón todos aquellos días, y debía toda la costa al mesonero, le hiciese merced de mandar pagar aquello; que, pues él había allí venido por mandado della, razón era que él no pagase el gasto». • Todas aquellas señoras entonces comenzaron a reír mucho, y a decir que este tal no debiera de ser caballero, sino algún escudero muy ruin; y muchos de los que allí estaban sentían ya pena de la vergüenza y confusión que este perdido sentiría, si en algún tiempo Dios le mejorase el juicio de manera que viniese a conocer una necesidad tan grande como esta que hizo.

**BALTASAR DE CASTIGLIONE, *EL CORTESANO***

Es crucial reconocer los rasgos antiseductores no solo en los demás, sino también en nosotr@s mism@s. En el carácter de casi tod@s están latentes uno o dos de los rasgos del@ antiseductor@, y en la medida en que podamos erradicarlos conscientemente, seremos más seductor@s. La falta de generosidad, por ejemplo, no necesariamente indica antiseducción si es el único defecto de una persona; pero una persona mezquina rara vez es atractiva de verdad. La seducción implica abrirte, así sea solo para engañar; ser incapaz de dar dinero suele significar ser incapaz de dar en general. Destierra la mezquindad. Es un impedimento para el poder y una falta grave en la seducción.

Lo mejor es deshacerse pronto de l@s antiseductor@s, antes de que hundan sus ávidos tentáculos en ti, así que aprende a identificar las señales que l@s distinguen. Estos son los principales tipos.

**El@ brut@.** Si la seducción es una especie de ceremonia o ritual, parte del placer es su duración: el tiempo que tarda, la espera que intensifica la expectación. L@s brut@s no tienen paciencia para estas cosas; les interesa su placer, no el tuyo. Ser paciente es demostrar que piensas en la otra persona, lo que nunca deja de impresionar. La impaciencia tiene el efecto opuesto: como suponen que estás tan interesad@ en ell@s que no tienen razón para esperar, l@s brut@s ofenden con su egotismo. Bajo ese egotismo suele haber también un corrosivo complejo de inferioridad, así que si l@s desdeñas o l@s haces esperar, reaccionan en forma exagerada. Si sospechas que tratas con un@ brut@, aplica una prueba: haz esperar a esa persona. Su reacción te dirá todo lo que necesitas saber.

**El@ sofocador@.** L@s sofocador@s se enamoran de ti antes siquiera de que estés semiconsciente de su existencia. Esta inclinación es engañosa —podrías pensar que te consideran avasallador@—, porque el hecho es que padecen un vacío interior, un profundo pozo de necesidades que no se puede llenar. Jamás te enredas

con sofocador@s; es casi imposible librarte de ell@s sin un trauma. Se aferran a ti hasta que te obligan a retirarte, tras de lo cual te asfixian con culpas. Tendemos a idealizar al ser amado, pero el amor tarda en desarrollarse. Reconoce a l@s sofocador@s por lo rápido que te adoran. Tanta admiración podría dar un momentáneo impulso a tu ego, pero en el fondo sentirás que esas intensas emociones no se relacionan con nada que hayas hecho. Confía en tu intuición.

Una subvariante del@ sofocador@ es el tapete, la persona que te imita de modo servil. Identifica pronto a este tipo viendo si es capaz de tener una idea propia. La imposibilidad de discrepar de ti es mala señal.

**El@ moralizador@.** La seducción es un juego, y debe practicarse con buen humor. En el amor y la seducción todo se vale; la moral no cabe nunca en este marco. Pero el carácter del@ moralizador@ es rígido. Se trata de personas que siguen ideas fijas e intentan hacer que te pliegues a sus normas. Quieren que cambies, que seas mejor, así que no cesan de criticarte y juzgarte: tal es su gusto en la vida. Lo cierto es que sus ideas morales se derivan de su infelicidad, y esas mismas ideas encubren el deseo de l@s moralizador@s de dominar a quienes l@s rodean. Su incapacidad para adaptarse y disfrutar l@s hace fáciles de reconocer; su rigidez mental también puede ser acompañada de tensión física. Resulta difícil no tomar sus críticas como algo personal, así que es mejor evitar su presencia y sus venenosos comentarios.

**El@ avar@.** La tacañería indica algo más que un problema con el dinero. Es una señal de algo refrenado en el carácter de una persona, algo que le impide soltarse o correr riesgos. Este es el rasgo más antiseductor de todos, y no te puedes permitir ceder a él. La mayoría de l@s avar@s no se dan cuenta de que tienen un problema; creen que cuando dan migajas a alguien, son generos@s. Examínate con atención: tal vez seas más tacañ@ de lo que piensas. Intenta dar más, tanto dinero como de ti mism@, y descubrirás el potencial de seducción de la generosidad selectiva. Claro que debes mantener tu generosidad bajo control. Dar demasiado podría ser un signo de desesperación, de que quieres comprar a alguien.

**El@ farfullador@.** L@s farfullador@s son personas cohibid@s, y su cohibición acentúa la tuya. Al principio podrías creer que piensan en ti al grado de volverse torpes. Pero de hecho solo piensan en sí mism@s: les preocupa su aspecto, o las consecuencias para ell@s de su tentativa de seducirte. Su inquietud suele ser contagiosa: pronto te preocuparás también, por ti. L@s farfullador@s llegan rara vez a las últimas etapas de la seducción; pero si lo hacen, también echan a perder eso. En la seducción, el arma clave es la audacia, lo que priva de tiempo al objetivo para detenerse a pensar. L@s farfullador@s no tienen sentido de la oportunidad. Podría parecerle divertido tratar de instruir l@s o educarl@s; pero si siguen farfullando pasada cierta edad, es muy probable que su caso sea irremediable: son incapaces de salir de sí mism@s.

**Veamos ahora cómo disminuye el amor. Sucede esto a causa del fácil acceso a sus consuelos, de que se pueda ver y conversar largamente con el amante, de su inapropiado atuendo y modo de andar y la repentina aparición de la pobreza. [...] • Otra causa de disminución del amor es la constatación de la notoriedad del amante, así como noticias de su mezquindad, mal carácter y perversidad general; de igual modo, toda aventura con otra mujer, aun si no implica sentimientos de amor. El amor también disminuye si una mujer se percata de que su amante es necio y poco exigente, o si lo ve llegar demasiado lejos en demandas de amor, sin consideración del recato de su pareja ni deseo de excusar su rubor. Un amante fiel debe preferir las más severas penurias de amor a sus demandas si causan vergüenza a su pareja o derivan placer del desdén de su recato; porque quien solo piensa en la consecuencia de su placer, e ignora el bien de su pareja, debe ser llamado traidor antes que amante. • El amor sufre decremento asimismo si la mujer se entera de que su amante es cobarde en la guerra, o ve que no tiene paciencia, o está mancillado por el vicio del orgullo. No hay nada que parezca más apropiado al carácter de un amante que cubrirse con los atavíos de la humildad, intacto siempre por la desnudez del orgullo. • Luego, también la prolijidad de un necio o tonto suele disminuir el amor. Hay muchos que ansían prolongar sus imprudentes palabras en presencia de una mujer, pensando que la complacen si emplean un lenguaje necio e insensato, pero de hecho se engañan extrañamente. En realidad, quien cree que su ridícula conducta complace a una mujer juiciosa, sufre extrema pobreza de buen sentido.**

**ANDREAS CAPELLANUS, «CÓMO DISMINUYE EL AMOR».**

**El@ locuaz.** La seducción más efectiva se lleva a cabo con miradas, acciones indirectas, señuelos físicos. Las palabras ocupan un lugar aquí, pero demasiadas romperán por lo general el encanto, agudizando así las diferencias superficiales y sobrecargando la situación. La gente que habla mucho suele hablar de sí misma. Jamás adquirió esa voz interior que pregunta: «¿Te estoy aburriendo?». Ser locuaz es tener un egoísmo muy arraigado. Nunca interrumpas ni discutas con personas de este tipo; eso solo estimulará su charlatanería. Aprende a toda costa a controlar tu lengua.

**El@ reactor@.** L@s reactor@s son demasiado sensibles, no a ti sino a su ego. Examinan todas y cada una de tus palabras y actos buscando señales de desaires a su vanidad. Si retrocedes estratégicamente, como a veces deberás hacerlo en la seducción, cavilarán y arremeterán contra ti. Son propens@s a quejarse y gimotear,

dos rasgos muy antiseductores. Ponl@s a prueba contando un chiste moderado a sus expensas: tod@s deberíamos poder reírnos un poco de nosotr@s mism@s, pero el@ reactor@ es incapaz de hacerlo. Puedes adivinar resentimiento en sus ojos. Elimina todos los rasgos reactivos de tu carácter: repelen inconscientemente a la gente.

**El@ vulgar.** L@s vulgares no ponen atención a los detalles, tan importantes en la seducción. Puedes comprobar esto en su apariencia personal —su ropa es de mal gusto desde cualquier punto de vista— y en sus actos: ignoran que a veces es mejor controlarse, no ceder a los propios impulsos. L@s vulgares: dicen todo en público. No tienen sentido de la oportunidad y rara vez están en armonía con tus gustos. La indiscreción es señal segura del@ vulgar (contar a otr@s el romance entre ustedes, por ejemplo); este acto podría parecer impulsivo, pero su verdadera fuente es el egoísmo radical de l@s vulgares, su incapacidad para verse como l@s demás l@s ven. Más que solo evitarl@s, conviértete en su contrario: tacto, estilo y atención a los detalles son todos ellos requisitos básicos de un@ seductor@.

**La negligencia constituye el mejor adorno del hombre. [...] Preséntate aseado, y que el ejercicio del campo de Marte solee tu cuerpo envuelto en una toga bien hecha y airosa. Sea tu habla suave, luzcan tus dientes su esmalte y no vaguen tus pies en el ancho calzado; que no se te ericen los pelos mal cortados, y tanto estos como la barba entrégalos a una hábil mano. No lleves largas las uñas, que han de estar siempre limpias, ni menos asomen los pelos por las ventanas de tu nariz ni te huela mal la boca, recordando el fétido olor del macho cabrío. [...] Casi me disponía a advertiros [mujeres] que neutralizaseis el olor a chotuno que despiden los sobacos y pusierais gran solicitud en limpiaros el vello de las piernas; mas no dirijo mis advertencias a las rudas montañesas del Cáucaso, ni a las que beben las aguas del Caico de Misia. ¿A qué recomendaros que no dejéis ennegrecer el esmalte de los dientes y que por la mañana os lavéis la boca con una agua fresca? Sabéis que el albayalde presta blancura a la piel y que el carmín empleado con arte suple en la tez el color de la sangre. Con el arte completáis las cejas no bien definidas y con los cosméticos veláis las señales que imprime la edad. No temáis aumentar el brillo de los ojos con una ceniza fina o con el azafrán que crece en tus riberas, ¡oh transparente Cidno! [...] Pero evitad que el amante vea expuestos sobre la mesa vuestros frascos: el arte solo mejora el rostro cuando se disimula. ¿A quién no causan disgusto los mejunjes con que os embadurnáis la cara, que por su propio peso resbalan hasta vuestro seno?; ¿a quién no apesta la grasa que**

**nos envían de Atenas extraída de los vellones sucios de la oveja? Repruebo que en presencia de testigos uséis la médula del ciervo u os restreguéis los dientes: estas operaciones aumentan la belleza, pero son desagradables a la vista. [...]**

**OVIDIO, *EL ARTE DE AMAR***

## **EJEMPLOS DEL@ ANTISEDUCTOR@**

1. A Claudio, cuyo abuelastro fue el gran emperador romano Augusto, se le consideraba un tanto imbécil cuando joven, y casi toda su familia lo maltrataba. Su sobrino Calígula, nombrado emperador en 37 d. C., se divertía torturándolo: lo obligaba a dar vueltas al palacio corriendo a toda prisa en castigo por su estupidez, hacía que se le ataran sandalias sucias a las manos durante la cena, etcétera. Cuando se hizo mayor, Claudio pareció volverse más torpe todavía; mientras que todos sus parientes vivían bajo constante amenaza de asesinato, a él se le dejó en paz. Así, sorprendió enormemente a todos, incluso a él mismo, que cuando, en 41 d. C., un conciliábulo militar asesinó a Calígula, también lo proclamara emperador. Sin deseos de mandar, él delegó casi todo el gobierno a confidentes (un grupo de libertos), y dedicaba su tiempo a hacer lo que más le gustaba: comer, beber, jugar y putañear.

La esposa de Claudio, Valeria Mesalina, era una de las mujeres más bellas de Roma. Aunque él parecía quererla, no le prestaba atención, y ella comenzó a tener aventuras. Al principio fue discreta; pero al paso de los años, provocada por el descuido de su esposo, se volvió crecientemente libertina. Mandó construir en su palacio una habitación en la que recibía a numerosos hombres, haciendo hasta lo imposible por imitar a la prostituta más famosa de Roma, cuyo nombre estaba escrito en la puerta. Quien rechazaba sus insinuaciones era ejecutado. Casi todos en Roma sabían de estas travesuras, pero Claudio no decía nada; parecía indiferente a ellas.

Tan grande era la pasión de Mesalina por su amante favorito, Gayo Silio, que decidió casarse con él, pese a que ambos ya estaban casados. En ausencia de Claudio, celebraron una ceremonia nupcial, autorizada por un contrato de matrimonio que el propio Claudio firmó con engaños. Tras la ceremonia, Gayo se mudó al palacio. Esta vez, la consternación y repulsa de la ciudad entera finalmente obligaron a actuar a Claudio, quien ordenó la ejecución de Gayo y otros amantes de Mesalina, aunque no de esta. No obstante, una banda de soldados, enardecidos por el escándalo, le dieron caza y la apuñalaron. Informado de ello, el emperador se limitó



a ordenar más vino y siguió comiendo. Varias noches después, y para asombro de sus esclavos, preguntó por qué la emperatriz no lo acompañaba a cenar.

**Pero si, como el gato invernal frente a la chimenea, el amante se aferra cuando se le repudia, y no soporta marcharse, debe recurrirse a ciertos medios para hacerlo entender; y estos han de ser progresivamente rudos, hasta herirlo en lo más vivo. • Ella ha de negarle el lecho, y burlarse de él, y hacerlo enojar; ha de incitar la enemistad de su madre contra él; ha de tratarlo con evidente falta de franqueza, y extenderse en largas consideraciones sobre su ruina; la partida de él debe perverse expresamente, frustrarse sus gustos y deseos, ultrajarse su pobreza; ella debe hacerle ver que siente afinidad con otro hombre, y culparlo con ásperas palabras en toda ocasión; ha de decir mentiras sobre él a sus parásitos, interrumpir sus frases y enviarlo a frecuentes diligencias lejos de casa. Ha de buscar ocasiones de reyerta, y volverlo víctima de mil perfidias domésticas; debe devanarse los sesos para irritarlo; ha de jugar con las miradas de otro en su presencia, y abandonarse a reprensible libertinaje en su cara; ha de salir de casa lo más posible, y dejar ver que no tiene verdadera necesidad de hacerlo. Todos estos medios son buenos para enseñar a un hombre la puerta.**

***AMOR EN ORIENTE, VOLUMEN II: EL BREVIARIO DE LA  
SURIPANTA DE KSHEMENDRA***

Nada enfurece más que no recibir atención. En el proceso de la seducción, quizá debas retroceder en ocasiones, y someter a duda a tu objetivo. Pero la desatención prolongada no solo romperá el encanto de la seducción, sino que también podría engendrar odio. Claudio fue un caso extremo de esta conducta. Su insensibilidad fue producto de la necesidad: actuar como imbécil le permitió ocultar su ambición y protegerse entre competidores peligrosos. Pero la insensibilidad se le hizo una segunda naturaleza. Se volvió descuidado, y ya no se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Su desatención tuvo un efecto profundo en su esposa: ¿cómo podía un hombre, se preguntaba Mesalina, en especial tan poco atractivo como Claudio, no reparar en ella, o no inquietarse por sus aventuras con otros? Pero nada de lo que ella hacía parecía importarle.

Claudio representa el extremo, pero el espectro de la desatención es amplio. Muchas personas ponen muy poco cuidado en los detalles, las señales que otra persona emite. Sus sentidos están embotados por el trabajo, las dificultades, el

ensimismamiento. Esta desactivación de la carga seductora entre dos personas se ve con frecuencia, sobre todo entre parejas de muchos años. Llevado más lejos, esto provoca enojo, resentimiento. A menudo, el miembro engañado de la pareja fue el mismo que inició la dinámica, con pautas de desatención.

2. En 1639, un ejército francés sitió y tomó la ciudad italiana de Turín. Dos oficiales franceses, el caballero (más tarde conde) de Grammont y su amigo Matta, decidieron dirigir su atención a las hermosas mujeres de aquella ciudad. Las esposas de algunos de los más ilustres hombres de Turín eran más que susceptibles a ello: sus maridos estaban ocupados, y tenían amantes. El único requisito de las esposas fue que los pretendientes se atuvieran a las reglas de la galantería.

El caballero y Matta hallaron pareja muy rápido: el caballero eligió a la hermosa *Mademoiselle de Saint-Germain*, quien pronto sería prometida en matrimonio, y Matta ofreció sus servicios a una mujer más madura y experimentada, *Madame de Senantes*. El caballero dio en vestirse de verde, y Matta de azul, los colores favoritos de sus damas. El segundo día de su cortejo, las parejas visitaron un palacio fuera de la ciudad. El caballero fue todo encanto, e hizo que *Mademoiselle de Saint-Germain* riera a rienda suelta de sus ocurrencias, pero a Matta no le fue tan bien: no tenía paciencia para la galantería, así que cuando *Madame de Senantes* y él dieron un paseo, le apretó la mano y le declaró osadamente su afecto. La dama se horrorizó, desde luego, y cuando regresaron a Turín se marchó sin mirarlo siquiera. Ignorante de que la había ofendido, Matta la creyó embargada de emoción, y se sintió un tanto complacido. Pero el caballero de Grammont, intrigado de que la pareja se hubiera separado, visitó a *Madame de Senantes* y le preguntó cómo iba todo. Ella le dijo la verdad: que Matta había prescindido de las formalidades y quería llevarla a la cama. El caballero rio, y pensó para sí en lo diferente que manejaría el asunto si él fuera quien cortejara a la adorable *Madame*.

Los días siguientes, Matta siguió interpretando mal las señales. No visitó al esposo de *Madame de Senantes*, como lo exigía la costumbre. Dejó de vestirse del color que a ella le gustaba. Cuando iban a montar juntos, se ponía a cazar liebres, como si fueran la presa más interesante, y cuando tomaba rapé no le ofrecía a ella. Entre tanto, continuaba haciendo sus muy atrevidas insinuaciones. *Madame* se hartó por fin, y se quejó directamente con él. Matta se disculpó; no se había percatado de sus errores. Conmovida por su disculpa, la dama estuvo más que dispuesta a reanudar el cortejo; pero días después, tras insignificantes esfuerzos de galantería, Matta supuso de nuevo que ella estaba dispuesta a ir a la cama. Para su consternación, *Madame* se negó, como antes. «No creo que a [las mujeres] pueda ofenderles demasiado», dijo Matta al caballero, «que a veces dejemos de bromear para ir al grano». Pero *Madame de Senantes* ya no tenía nada que hacer con él; así, el caballero de Grammont, viendo una oportunidad que no podía dejar pasar, aprovechó su disgusto cortejándola en forma apropiada y secreta, y consiguió finalmente los favores que Matta había tratado de forzar.

No hay nada más antiseductor que sentir que alguien supone que eres suy@, que no es posible que te le resistas. La menor impresión de este engrimiento es mortal para la seducción; un@ debe mostrar su valía, tomarse su tiempo, ganar el corazón del objetivo. Tal vez temas que a él le ofenda el paso lento, o que pierda interés. Pero lo más probable es que tu temor sea reflejo de tu inseguridad, y la inseguridad siempre es antiseductora. La verdad es que entre más tardes, más mostrarás la profundidad de tu interés, y más intenso será tu hechizo.

En un mundo de escasas formalidades y ceremonias, la seducción es uno de los pocos residuos del pasado que preservan las pautas antiguas. Es un ritual, y sus ritos deben observarse. La prisa no revela hondura de sentimientos, sino el grado de tu abstracción. A veces quizá es posible apremiar a alguien al amor, pero a cambio obtendrás únicamente la falta de placer que este tipo de amor ofrece. Si eres de naturaleza impetuosa, haz cuanto puedas por disimularlo. Por extraño que parezca, el esfuerzo que inviertas en contenerte podría resultar sumamente seductor para tu objetivo.

3. En la década de 1730, vivía en París un joven apellidado Meilcour, quien estaba justo en la edad de tener su primera aventura amorosa. Una amiga de su madre, *Madame de Lursay*, viuda de alrededor de cuarenta años, era hermosa y encantadora, pero tenía fama de intocable; de chico, Meilcour se había encaprichado con ella, pero jamás esperó que su amor fuera correspondido. Así, se llevó una gran sorpresa y emoción al darse cuenta de que, ahora que ya tenía edad suficiente, las tiernas miradas de *Madame de Lursay* parecían indicar un interés más que maternal en él.

Durante dos meses Meilcour tembló en presencia de *Madame de Lursay*. Le temía, y no sabía qué hacer. Una noche se pusieron a hablar de una obra de teatro reciente. Qué bien había declarado un personaje su amor a una mujer, comentó *Madame*. Notando la obvia incomodidad de Meilcour, continuó: «Si no me equivoco, una declaración solo puede parecer penosa cuando uno mismo tiene que hacerla». *Madame* bien sabía que ella era la causa de la torpeza del joven, pero era muy bromista: «Dígame», lo instó, «de quién está enamorado». Meilcour confesó al fin: era a *Madame* a quien deseaba. La amiga de su madre le aconsejó no pensar así de ella, pero suspiró también, y le lanzó una larga y lánguida mirada. Sus palabras decían una cosa, sus ojos otra; tal vez no era tan intocable como él había creído. Al término de la velada, sin embargo, *Madame de Lursay* dijo dudar que los sentimientos de él perduraran, y dejó inquieto al joven Meilcour por no haber dicho nada acerca de corresponder a su amor.

Los días siguientes Meilcour pidió repetidamente a *Madame de Lursay* que declarara su amor por él, y ella se negó repetidamente a hacerlo. El joven decidió por fin que su causa estaba perdida, y se rindió; pero noches después, en una *soirée* en su casa, el vestido de *Madame* parecía más tentador que de costumbre, y sus miradas hacían que a él le hirviera la sangre. Meilcour se las devolvió, y la seguía a

todas partes, mientras ella se cuidaba de guardar cierta distancia, para que nadie notara lo sucedido. No obstante, también se las arregló para que él pudiera quedarse sin despertar sospechas cuando los demás visitantes se hubieran marchado.

Al fin solos, ella lo hizo sentarse a su lado en el sofá. Él apenas si podía pronunciar palabra; el silencio era incómodo. Para hacerlo hablar, *Madame* sacó el tema de siempre: la juventud de Meilcour convertía su amor por ella en un capricho pasajero. En vez de negarlo, él se mostró abatido, y mantuvo su cortés distancia, hasta que ella exclamó finalmente, con ironía obvia: «Si llegara a saberse que usted estuvo aquí con mi consentimiento, que lo arreglé voluntariamente con usted... ¿qué no diría la gente? Pero cuán equivocada no estaría, porque no podría haber alguien más respetuoso que usted». Empujado a actuar de esta manera, Meilcour le tomó la mano y la miró a los ojos. Ella se ruborizó y le dijo que debía marcharse; pero la forma en que se acomodó en el sofá y lo miró sugirió lo contrario. Aun así, Meilcour dudó; ella le había dicho que se fuera, y si desobedecía podía hacerle una escena, y quizá no lo perdonaría nunca; él haría el ridículo, y todos, su madre inclusive, se enterarían. Se puso de pie en el acto, disculpándose por su momentáneo arrojó. La mirada de asombro de ella, algo fría, indicó que, en efecto, él había llegado demasiado lejos, imaginó Meilcour, de modo que se despidió y partió.

**Así como las damas aman a los hombres valientes y arrojados con las armas, también gustan de los enamorados; y el hombre cobarde y en absoluto respetuoso de ellas jamás ganará su favor. Esto no quiere decir que los prefieran tan arrebatados, temerarios y presuntuosos que las tiendan por fuerza bruta en el suelo; antes bien, desean en ellos cierta firme modestia o, mejor aún, cierta modesta firmeza. Porque aunque ellas mismas no son precisamente libertinas, ni abordarán a un hombre ni ofrecerán sus favores, saben bien cómo encender los apetitos y pasiones, y tentar con gracia a la escaramuza con tal maña que el que no aprovecha la ocasión para la reverencia y el encuentro, y eso sin la menor consideración de rango y grandeza, sin escrúpulos de conciencia ni temor o especie alguna de vacilación, es en verdad un necio y un cobarde sin brío, y merece que la fortuna lo abandone por siempre.**

**• Sé de dos honorables caballeros y camaradas con quienes dos damas muy honorables, y en modo alguno de condición humilde, hicieron cita un día en París para ir a pasear a un parque. Al llegar allá, cada dama se separó de la otra, cada cual con su propio caballero, cada una por un camino distinto del parque, tan ceñidamente cubierto por una tupida enramada que la luz del sol apenas si penetraba del todo, así que la frescura del lugar era muy grata. Uno de aquellos dos era hombre arrojado, y sabiendo bien**

que la reunión se había hecho para algo más que solo pasear y tomar el aire, y juzgando por el rostro de su dama, que vio encendido, que ella tenía deseos de probar otro bocado que las moscateles que colgaban de la emparrada, como también por su hablar ardiente, disoluto y desbordado, prontamente aprovechó tan buena oportunidad. Así, estrechándola sin la menor ceremonia, la tendió en un pequeño lecho de césped y terrones, y obró muy placenteramente en ella su voluntad, sin que la dama dijese otra cosa que esta: «¡Santo cielo! ¿Qué hace usted, señor? ¡Sin duda es el hombre más necio y extraño que ha habido! Si alguien viene, ¿qué dirá? ¡Santísimo cielo!, ¡retírese!».

Pero el caballero, sin perturbarse, hizo tan buena continuación de lo que había empezado que lo terminó, y ella echó a andar, con tal contento que después de dar dos o tres vueltas al camino, comenzaron otra vez. Luego, yendo a otro camino, este abierto, vieron en distinta sección del parque a la otra pareja, que paseaba justo como ellos la habían dejado al principio. Entonces, la dama contenta dijo al caballero de igual condición: «En verdad creo que tal y tal se hizo pasar por ridículo mojigato, y no ha dado a su dama otra diversión que palabras, finos discursos y paseos». • Después, cuando los cuatro se reunieron, las dos damas dieron en preguntarse una a otra cómo les había ido con cada cual. Así, la dama contenta respondió que le había ido muy bien; tanto, que apenas si habría podido irle mejor. La otra, insatisfecha, declaró por su parte que había tenido que vérselas con el más necio y cobarde amante que hubiera visto nunca; y todo el tiempo los dos caballeros las vieron reír mientras caminaban y exclamaban: «¡Oh!, ¡el idiota ridículo!, ¡el abochornado cobarde!». En esto, el galán venturoso dijo a su compañero: «Oye a nuestras damas, que exclaman y se burlan hartos de ti. Esta vez exageraste el mojigato y petimetre». Y vaya que lo había hecho; pero ya no hubo tiempo para remediar su error, porque la oportunidad no le dio otra excusa para apoderarse de la dama.

#### SEIGNEUR DE BRANTÔME, VIDAS DE DAMAS HERMOSAS Y GALANTES

Meilcour y *Madame de Lursay* aparecen en la novela *Los extravíos del corazón y del ingenio*, escrita en 1738 por Crébillon hijo, quien basaba sus personajes en libertinos que conoció en la Francia de la época. Para Crébillon hijo, la seducción se reduce a señales: a ser capaz de emitirlas y entenderlas. Esto no es así a causa de que la sexualidad esté reprimida y exija hablar en clave. Lo es más bien porque la

comunicación sin palabras (mediante prendas, gestos, actos) es el más placentero, excitante y seductor de los lenguajes.

En la novela de Crébillon hijo, *Madame de Lursay* es una ingeniosa seductora que juzga emocionante iniciar a los jóvenes. Pero ni siquiera ella puede vencer la juvenil estupidez de Meilcour, incapaz de entender sus señales por estar absorto en sus pensamientos. En la novela ella consigue educarlo después, pero en la vida real hay muchos Meilcours irredimibles. Son demasiado literales, e insensibles a los detalles con poder de seducción. Más que repeler, irritan, y te enfurecen con sus incesantes interpretaciones erróneas, viendo siempre la vida desde detrás de la cortina de su ego e incapaces de ver las cosas como realmente son. Meilcour está tan embebido en sí mismo que no repara en que *Madame* espera que dé el paso audaz al que ella tendría que sucumbir. Su vacilación indica que piensa en él, no en ella; que le preocupa cómo lucirá, y no que le abrumen sus encantos. Nada podría ser más antiseductor que eso. Reconoce este tipo; y si pasa de la joven edad que le serviría de pretexto, no te enredes en su torpeza: te contagiará de duda.

4. En la corte Heian del Japón de fines del siglo x, el joven noble Kaoru, supuesto hijo del gran seductor Genji, solo había tenido desdichas en el amor. Se encaprichó entonces con una joven princesa, Oigimi, quien vivía en una casa ruinosa en el campo, tras la caída en desgracia de su padre. Un día tuvo un encuentro con la hermana de Oigimi, Nakanokimi, quien lo convenció de que era ella a quien realmente amaba. Confundido, Kaoru regresó a la corte, y no visitó a las hermanas por un tiempo. Más tarde, el padre de ellas murió, seguido poco después por la propia Oigimi.

Kaoru se dio cuenta entonces de su error: había amado a Oigimi desde siempre, y ella había muerto por la desesperación de que él no la quisiera. No volvería a verla jamás, pero ya no podía hacer otra cosa que pensar en ella. Cuando Nakanokimi, a la muerte de su padre y su hermana, fue a vivir a la corte, Kaoru hizo convertir en santuario la casa donde habían vivido Oigimi y su familia.

Un día, Nakanokimi, viendo la melancolía en que Kaoru había caído, le dijo que tenía otra hermana, Ukifune, parecida a su amada Oigimi y que vivía oculta en el campo. Kaoru se animó; quizá tenía la oportunidad de redimirse, de cambiar el pasado. Pero ¿cómo podía hallar a esa mujer? Ocurrió entonces que él visitó el santuario para presentar sus respetos a la desaparecida Oigimi, y se enteró de que la misteriosa Ukifune también estaba ahí. Emocionado y agitado, logró vislumbrarla por la rendija de una puerta. Su vista le hizo perder el aliento: aunque era una muchacha rural ordinaria, a ojos de Kaoru era la viva encarnación de Oigimi. Su voz, además, se parecía a la de Nakanokimi, a quien también había amado. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Meses después, Kaoru dio con la casa en las montañas donde vivía Ukifune. La visitó ahí, y no lo decepcionó. «Una vez tuve un destello de ti por la rendija de una puerta», le dijo, «y desde entonces has estado mucho en mi mente». Luego la cargó

en brazos y la llevó hasta un carruaje que los esperaba. La conduciría otra vez al santuario, y el viaje allá le devolvería la imagen de Oigimi; sus ojos se anegaron en nuevas lágrimas. Mirando a Ukifune, la comparaba en silencio con Oigimi: su ropa era menos bonita, pero tenía un cabello hermoso.

Cuando Oigimi vivía, Kaoru y ella habían tocado juntos el koto, así que, una vez en el santuario, él hizo sacar kotos. Ukifune no tocaba tan bien como Oigimi, y sus modales eran menos refinados. No importaba; él le daría lecciones, haría de ella una dama. Pero entonces, como había hecho con Oigimi, Kaoru regresó a la corte, dejando a Ukifune languidecer en el santuario. Pasó tiempo antes de que volviera a visitarla; ella había mejorado, estaba más hermosa que antes, pero él no podía dejar de pensar en Oigimi. Kaoru la abandonó de nuevo, prometiendo llevarla a la corte, pero pasaron varias semanas hasta que finalmente recibió la noticia de que Ukifune había desaparecido, habiendo sido vista por última vez en dirección a un río. Probablemente se había suicidado.

En la ceremonia fúnebre de Ukifune, la culpa atormentó a Kaoru: ¿por qué no había ido antes por ella? Ukifune merecía un mejor destino.

Kaoru y los demás personajes aparecen en *La historia de Genji*, novela japonesa del siglo XI, de la aristócrata Murasaki Shikibu. Los personajes de este libro están basados en gente que la autora conoció, pero el tipo de Kaoru aparece en todas las culturas y periodos: se trata de hombres y mujeres que aparentemente buscan una pareja ideal. La que tienen nunca es lo bastante satisfactoria; una persona les entusiasma a primera vista, pero pronto le encuentran defectos, y cuando otra se cruza en su camino, les parece mejor y olvidan a la primera. Este tipo de personas suelen tratar de influir en el imperfecto mortal que las ha entusiasmado, para mejorarlo cultural y moralmente. Pero esto resulta muy desafortunado para ambas partes.

La verdad es que esta clase de gente no busca un ideal, sino que es muy desdichada consigo misma. Tú podrías confundir su insatisfacción con los altos estándares de un perfeccionista, pero lo cierto es que nada le satisfará, porque su infelicidad es muy honda. Puedes reconocerlo por su pasado, repleto de tormentosos romances efímeros. Asimismo, tenderá a compararte con los demás, y a tratar de reformarte. Quizá al principio no sepas en la que te metiste, pero personas así resultan finalmente antiseductoras, porque no pueden ver tus cualidades individuales. Evita el romance antes de que ocurra. Este tipo de antiseductor es un sádico de clóset y te torturará con sus metas inalcanzables.

5. En 1762, en la ciudad de Turín, Italia, Giovanni Giacomo Casanova conoció a un tal conde A. B., un caballero milanés a quien al parecer le simpatizó enormemente. El conde había caído en desgracia, y Casanova le prestó algo de dinero. En muestra de gratitud, el conde lo invitó a hospedarse con él y su esposa en Milán. Su mujer, le dijo, era de Barcelona, y se le admiraba en todas partes por su

belleza. Él le enseñó a Casanova sus cartas, que poseían un encanto intrigante; Casanova la imaginó una presea digna de seducir. Se dirigió a Milán.

Al llegar a la residencia del conde A. B., Casanova descubrió que la dama española era, en efecto, muy hermosa, pero también seria y callada. Algo en ella le incomodó. Mientras él desempacaba su ropa, la condesa vio entre sus pertenencias un deslumbrante vestido rojo, con perifollos de marta cebellina. Era un regalo, exclamó Casanova, para la dama milanese que conquistara su corazón.

A la noche siguiente, en la cena, la condesa se mostró súbitamente cordial, riendo y bromeando con Casanova. Ella describió el vestido como un soborno; Casanova lo utilizaría para convencer a una mujer de entregárselo. Al contrario, replicó Casanova; él solo daba regalos después, en señal de aprecio. Esa noche, en el carruaje de vuelta de la ópera, ella le preguntó si una acaudalada amiga suya podía comprar el vestido; y cuando él respondió que no, ella se irritó visiblemente. Adivinando su juego, Casanova ofreció obsequiarle el vestido de marta si era buena con él. Esto no hizo sino enojarla más, y riñeron.

Casanova se hastió al fin del malhumor de la condesa: vendió el vestido por quince mil francos a su amiga rica, quien a su vez se lo regaló a ella, como la condesa había planeado desde el principio. Pero para probar su falta de interés en el dinero, Casanova le dijo que le obsequiaría los quince mil francos, sin compromiso. «Usted es un mal hombre», repuso ella, «pero puede quedarse, me divierte». La condesa reanudó sus coqueterías, pero Casanova no se dejó engañar. «No es culpa mía, *Madame*, que sus encantos ejerzan tan escaso poder en mí», le dijo. «Aquí están quince mil francos para que se consuele». Puso el dinero en una mesa y se marchó, mientras la condesa rabiaba y juraba vengarse.

Cuando Casanova conoció a la dama española, dos cosas de ella le repelieron. Primero, su orgullo: más que participar en el toma y daca de la seducción, ella exigía la subyugación del hombre. El orgullo puede reflejar seguridad, e indicar que no te rebajarás ante los demás. Pero con igual frecuencia es resultado de un complejo de inferioridad, que exige a los demás rebajarse ante ti. La seducción requiere apertura a la otra persona, disposición a ceder y adaptarse. El orgullo excesivo, sin nada que lo justifique, es extremadamente antiseductor.

El segundo rasgo que disgustó a Casanova fue la codicia de la condesa: sus jueguitos de coquetería solo estaban planeados para obtener el vestido; no le interesaba el romance. Para Casanova, la seducción era un juego alegre que la gente practicaba por diversión mutua. En su esquema de cosas, no tenía nada de malo que una mujer quisiera también regalos y dinero; él podía entender ese deseo, y era un hombre generoso. Pero sentía asimismo que ese era un deseo que una mujer debía disimular, para dar la impresión de que lo que perseguía era placer. Una persona que busca obviamente dinero u otra recompensa material no puede menos que repeler. Si esa es tu intención, si buscas algo más que placer —poder, dinero—, nunca lo muestres. La sospecha de un motivo oculto es antiseductora. Jamás permitas que



nada rompa la ilusión.

6. En 1868, la reina Victoria de Inglaterra sostuvo su primera reunión privada con el nuevo primer ministro del país, William Gladstone. Ya lo conocía, y sabía de su fama como absolutista moral, pero el encuentro sería una ceremonia, un mero intercambio de cortesías. Gladstone, sin embargo, no tenía paciencia para tales cosas. En esa primera reunión explicó a la reina su teoría de la realeza: la reina, creía, debía desempeñar en Inglaterra un papel ejemplar, un papel que, en fechas recientes, ella no había cumplido, por pasar demasiado tiempo en privado.

Este sermón sentó un mal precedente, y las cosas no hicieron más que empeorar: pronto recibió cartas de Gladstone, en las que este abundaba en el tema. La reina nunca se tomó la molestia de leer la mitad de ellas, y poco después hacía cuanto podía por evitar el contacto con el líder de su gobierno; si tenía que verlo, abreviaba lo más posible la reunión. Con ese fin, jamás le permitía sentarse en su presencia, esperando que un hombre de su edad se cansara pronto y se fuera. Porque una vez que se explayaba en un tema caro a su corazón, no reparaba en la mirada de desinterés de la otra persona, o en sus lágrimas de tanto bostezar. Sus memorándums sobre los asuntos aun más simples debían ser traducidos a términos sencillos para la reina por uno de sus asistentes. Pero lo peor de todo era que Gladstone reñía con ella, y sus discusiones lograban hacer que se sintiera tonta. La reina aprendió pronto a asentir con la cabeza y a dar la impresión de estar de acuerdo con todo argumento abstracto que él intentara exponer. En una carta a su secretario, refiriéndose a sí misma en tercera persona, Victoria escribió: «En la actitud [de Gladstone], ella sentía siempre una autoritaria obstinación y arrogancia [...] que nunca había experimentado en *nadie* más, y que consideraba de lo más desagradable». Al paso de los años, ese sentimiento se convirtió en un indeclinable odio.

Como líder del partido liberal, Gladstone tenía una némesis: Benjamin Disraeli, líder del partido conservador. Lo consideraba amoral, un judío diabólico. En una sesión del parlamento, Gladstone arremetió contra su adversario, anotándose un punto tras otro mientras describía adónde llevarían las medidas de su rival. Enojándose conforme avanzaba (como solía ocurrir cuando hablaba de Disraeli), golpeó con tal fuerza el estrado que plumas y hojas salieron volando. Entre tanto, Disraeli parecía semidormido. Cuando Gladstone terminó, aquel abrió los ojos, se puso de pie y se acercó tranquilamente al estrado. «El correcto y honorable caballero», dijo, «ha hablado con mucha pasión, mucha elocuencia y mucha —ejem— violencia». Tras una larga pausa, continuó: «Pero el daño no es irreparable», y procedió a recoger todo lo que se había caído del estrado, y a ponerlo nuevamente en su lugar. El discurso que siguió fue más magistral aún por su sereno e irónico contraste con el de Gladstone. Los miembros del parlamento quedaron fascinados, y todos coincidieron en que Disraeli había ganado el día.

Si Disraeli era el consumado seductor y encantador social, Gladstone era el

antiseductor. Claro que tenía partidarios, en su mayoría entre los elementos más puritanos de la sociedad: derrotó dos veces a Disraeli en una elección general. Pero le era difícil extender su atractivo más allá del círculo de sus fieles. A las mujeres en particular les parecía insufrible. Desde luego que ellas no votaban entonces, así que eran un lastre político menor; pero Gladstone no tenía paciencia para el punto de vista femenino. Una mujer, creía, tenía que aprender a ver las cosas como un hombre, y su propósito en la vida era educar a quienes consideraba irracionales y abandonados por Dios.

No pasó mucho tiempo antes de que Gladstone colmara los nervios de todos. Tal es la naturaleza de la gente convencida de alguna verdad, pero que no tiene paciencia para una perspectiva diferente, o para vérselas con la psicología de otra persona. Este tipo de antiseductor@ es abusador@, y a corto plazo suele conseguir lo que desea, en particular entre l@s menos agresiv@s. Pero provoca gran resentimiento y muda antipatía, lo que a la larga causa su ruina. La gente ve más allá de su rectitud moral, la cual es, muy a menudo, una pantalla para un juego de poder: la moral es una forma de poder. Un@ seductor@ nunca busca convencer directamente, nunca hace alarde de su moral, jamás sermonea ni impone. Todo en éll@ es sutil, psicológico, indirecto.

**Símbolo: El cangrejo.**

**En un mundo hostil, el cangrejo  
sobrevive gracias a la dureza de su concha,  
al amago de sus tenazas y a que cava en la  
arena. Nadie se atreve a acercarse demasiado. Pero  
no puede sorprender a su enemigo y tiene poca movilidad.  
Su fortaleza defensiva es su suprema limitación.**

## **USOS DE LA ANTISEDUCCIÓN**

La mejor manera de evitar enredos con l@s antiseductor@s es reconocerl@s de inmediato y eludirl@s, pero con frecuencia nos engañan. Los embrollos con este tipo de personas son desagradables, y difíciles de desenmarañar, porque entre más emotiva sea tu reacción, más atrapad@ parecerás estar. No te enojés; esto solo podría alentar a esas personas, o exacerbar sus tendencias antiseductoras. En cambio, muéstrate distante e indiferente, no les prestes atención, hazles sentir lo

poco que te importan. El mejor antídoto contra un@ antiseductor@ es por lo general ser antiseductor@ tú mism@.

Cleopatra tenía un efecto devastador en cada hombre que se cruzaba en su camino. Octavio —el futuro emperador Augusto, quien derrotaría y destruiría a Marco Antonio, amante de Cleopatra— conocía muy bien su poder, y se defendió siendo siempre muy amable con ella, cortés al extremo, pero sin exhibir nunca la menor emoción, ya fuera interés o disgusto. En otras palabras, la trató como a cualquier otra mujer. Ante esa fachada, ella no pudo hincarle el diente. Octavio hizo de la antiseducción su defensa contra la mujer más irresistible de la historia. Recuerda: la seducción es un juego de atención, de llenar poco a poco con tu presencia la mente de la otra persona. La distancia y la desatención producirán el efecto opuesto, y pueden usarse como táctica en caso necesario.

Por último, si en verdad deseas «antiseducir», sencillamente finge los rasgos enlistados al principio de este capítulo. Fastidia; habla mucho, sobre todo de ti mism@; vístete al revés de como le gusta a la otra persona; no prestes atención a los detalles; sofoca, etcétera. Una advertencia: con el@ locuaz, nunca discutas demasiado. Las palabras solo atizarán el fuego. Adopta la estrategia de la reina Victoria: asiente, da la impresión de estar de acuerdo y halla luego una excusa para interrumpir la conversación. Esta es la única defensa posible.

## **Las víctimas del@ seductor@: Los dieciocho tipos**

*Todas las personas que te rodean son posibles víctimas de seducción, pero antes debes saber con qué tipo de víctima tratas. Las víctimas se clasifican según lo que creen que les falta en la vida: aventura, atención, romance, una experiencia osada, estimulación mental o física, etcétera. Una vez que identifiques su tipo, tienes los ingredientes necesarios para la seducción: serás quien les dé lo que les falta y no pueden obtener por sí mismas. Al estudiar a posibles víctimas, aprende a ver la realidad más allá de la apariencia. Una persona tímida podría anhelar ser estrella; un@ mojigat@, ansiar una emoción transgresora. Nunca intentes seducir a alguien de tu mismo tipo.*

## TEORÍA DE LA VÍCTIMA

Nadie en este mundo se siente plen@ y complet@. Tod@s sentimos algún vacío en nuestro carácter, algo que necesitamos o queremos pero que no podemos conseguir por nosotr@s mism@s. Cuando nos enamoramos, por lo general es de alguien que parece llenar ese vacío. Este proceso suele ser inconsciente y depender de la fortuna: confiamos en que la persona indicada se cruzará en nuestro camino, y cuando nos enamoramos de ella esperamos que corresponda a nuestro amor. Sin embargo, el@ seductor@ no deja estas cosas al azar.

Examina a la gente que te rodea. Olvida su fachada social, sus rasgos de carácter obvios; ve más allá y fíjate en los vacíos, las piezas faltantes en su psique. Esta es la materia prima de la seducción. Presta especial atención a su ropa, sus gestos, sus comentarios casuales, las cosas de su casa, ciertas miradas; hazla hablar de su pasado, en particular de sus romances. Y poco a poco saldrá a la vista el contorno de esas piezas faltantes. Comprende: las personas emiten constantes señales de lo que les falta. Anhelan plenitud, sea ilusoria o real; y si esta tiene que venir de otro individuo, él ejerce tremendo poder en ellas. Podríamos llamarlas víctimas de la seducción, aunque casi siempre son víctimas voluntarias.

En este capítulo se describirán los dieciocho tipos de víctimas, cada uno de los cuales presenta una carencia dominante. Aunque tu objetivo bien podría revelar rasgos de más de un tipo, usualmente se asocian por una necesidad común. Alguien podría parecerte tanto nuev@ mojigat@ como estrella en decadencia, pero lo común en ambos tipos es una sensación de represión y, en consecuencia, el deseo de ser osad@, junto con el temor de no poder o no atreverse a hacerlo. Al identificar el tipo de tu víctima, ten cuidado de no engañarte con las apariencias. Lo mismo en forma deliberada que inconsciente, solemos desarrollar una fachada social específicamente ideada para disfrazar nuestras debilidades y carencias. Por ejemplo, tú podrías creer que tratas con alguien duro y cínico, sin darte cuenta de que en el fondo tiene un corazón muy sensible, y que en secreto suspira por romance. Y a menos que identifiques su tipo y las emociones que esconde bajo su rudeza, perderás la oportunidad de seducirlo. Más todavía: abandona el feo hábito de creer que otr@s presentan las mismas carencias que tú. Quizá implores confort y seguridad; pero si los das a otra persona porque supones que también los necesita, es muy probable que la asfixies y ahuyentes.

Jamás trates de seducir a alguien de tu mismo tipo. Serán como dos

rompecabezas a los que les faltan las mismas piezas.

## LOS DIECIOCHO TIPOS

**El libertino o la sirena reformados.** Las personas de este tipo fueron alguna vez seductor@s despreocupad@s que hacían lo que querían con el sexo opuesto. Pero llegó el día en que se vieron obligad@s a renunciar a eso: alguien l@s acorraló en una relación, tropezaron con demasiada hostilidad social, se hicieron viej@s y decidieron sentar cabeza. Cualquiera que haya sido la razón, puedes estar segur@ de que experimentan cierto rencor y una sensación de pérdida, como si les faltara un brazo o una pierna. Siempre intentamos recuperar los placeres que vivimos en el pasado, pero esta tentación es particularmente grande para el libertino o la sirena reformados, porque los placeres que hallaron en la seducción fueron intensos. Estos tipos están listos para su cosecha: basta que te cruces en su camino y les des la oportunidad de recobrar sus costumbres libertinas o de sirena. Les hervirá la sangre, y el llamado de su juventud los abrumará.

Sin embargo, es crucial hacer sentir a estos tipos que son ellos los que realizan la seducción. En el caso del libertino reformado, debes incitar su interés de modo indirecto, y luego dejarlo arder y rebosar de deseo. A la sirena reformada debes darle la impresión de que aún posee el irresistible poder de atraer a un hombre y de hacerlo dejar todo por ella. Recuerda que lo que les ofreces a estos tipos no es otra relación, otra restricción, sino la oportunidad de huir de su corral y divertirse un poco. No te desanimes si tienen pareja; un compromiso preexistente suele ser el complemento perfecto. Si lo que quieres es atraparlos en una relación, ocúltalo lo mejor que puedas y entiende que quizá eso no será posible. El libertino o la sirena es infiel por naturaleza; tu capacidad para incitar antiguas sensaciones te da poder, pero tendrás que vivir con las consecuencias de su irresponsabilidad.

**El@ soñador@ desilusionad@.** De niños, los individuos de este tipo probablemente pasaron mucho tiempo solos. Para entretenerse, inventaron una convincente vida de fantasía, nutrida por libros, películas y otros elementos de la cultura popular. Pero al crecer, cada vez les es más difícil conciliar su vida de fantasía con la realidad, así que a menudo les decepciona lo que tienen. Eso es particularmente cierto en las relaciones. Estos individuos soñaron con personajes románticos, peligros y emociones, pero lo que tienen es un@ amante con flaquezas humanas, las pequeñas debilidades de la vida diaria. Al paso de los años, podrían

forzarse a transigir, pues de lo contrario se quedarían solos; pero bajo la superficie están amargados, y siguen ansiando algo grandioso y romántico.

Puedes reconocer a este tipo de víctima por los libros que lee y las películas que va a ver, la forma en que escucha cuando le cuentan aventuras reales que algun@s logran vivir. En su ropa y mobiliario se dejará ver un gusto por el drama o romance exuberante. A menudo está atrapado en relaciones monótonas, y ciertos comentarios aquí y allá revelarán su desilusión y tensión interior.

Estas personas pueden ser víctimas excelentes y satisfactorias. Primero, por lo general tienen una enorme pasión y energía reprimidas, que tú puedes liberar y dirigir hacia ti. También tienen mucha imaginación, y responderán a cualquier cosa vagamente misteriosa o romántica que les ofrezcas. Lo único que debes hacer es ocultar ante ellas algunas de tus cualidades menos elevadas, y concederles una parte de su sueño. Esta podría ser su oportunidad de hacer realidad sus aventuras o de ser cortejadas por un espíritu cortés. Si les das una parte de lo que quieren, ellas imaginarán el resto. No permitas por ningún motivo que la realidad destruya la ilusión que has creado. Un momento de mezquindad y esta gente se irá, más amargamente desilusionada que nunca.

**La alteza mimada.** Estas personas fueron l@s clásic@s niñ@s consentid@s. Un padre o madre amantísimos satisfacían todos sus gustos y deseos: diversiones interminables, un desfile de juguetes, cualquier cosa que l@s tuviera felices uno o dos días. Mientras que much@s niñ@s aprenden a entretenerse sol@s, inventando juegos y buscando amig@s, a las altezas mimadas se les enseña que los demás están para divertirlos. Tantas contemplaciones las vuelven perezosas, y cuando crecen y el padre o la madre ya no está ahí para consentirlas, tienden a aburrirse y alterarse. Su solución es buscar placer en la variedad, pasar rápidamente de una persona a otra, un trabajo a otro, un lugar a otro antes de que aparezca el aburrimiento. Las relaciones no les sientan bien, porque en ellas son inevitables el hábito y la rutina. Pero su incesante búsqueda de variedad les cansa, y tiene un precio: problemas de trabajo, una sarta de romances insatisfactorios, amig@s dispers@s por todo el mundo. No confundas su inquietud e infidelidad con la realidad: lo que el príncipe o la princesa mimados en verdad buscan es una persona, la figura paterna o materna, que les siga dando los mimos que imploran.

Para seducir a este tipo de víctima, prepárate para brindar mucha distracción: nuevos lugares por visitar, experiencias inusitadas, color, espectáculo. Tendrás que mantener un aire de misterio, sorprendiendo sin cesar a tu objetivo con un nuevo lado de tu carácter. La variedad es la clave. Una vez que las altezas mimadas caen en la trampa, es más fácil lograr que dependan de ti y reduzcas tu esfuerzo. A menos que los mimos de la infancia lo haya vuelto demasiado pesado y perezoso, este tipo es una víctima excelente: te será tan leal como alguna vez lo fue con mamá o papá. Pero tú tendrás que hacer gran parte del trabajo. Si buscas una relación prolongada, ocúltalo. Ofrece a una alteza mimada seguridad a largo plazo e inducirás una huida

de pánico. Reconoce a este tipo por la turbulencia de su pasado —cambios de trabajo, viajes, relaciones de corto plazo— y por el aire de aristocracia, más allá de la clase social, que se desprende de haber sido tratad@ alguna vez a cuerpo de rey.

**El@ nuev@ mojigat@.** La mojigatería sexual todavía existe, aunque es menos común que antes. Pero la gazmoñería no se reduce al sexo; un@ mojigat@ es alguien demasiado preocupad@ por las apariencias, por lo que la sociedad considera conducta apropiada y aceptable. L@s mojigat@s permanecen dentro de los estrictos límites de lo correcto, porque temen más que nada al juicio de la sociedad. Vista bajo esta luz, la mojigatería es hoy tan frecuente como siempre.

Al@ nuev@ mojigat@ le preocupan sobremanera las normas de bondad, justicia, sensibilidad política, buen gusto, etcétera. Pero lo que caracteriza al@ nuev@ mojigat@ tanto como al@ antigu@ es que en el fondo le excitan e intrigan los vergonzosos placeres transgresores. Atemorizad@ por esta atracción, corre en sentido contrario, y se vuelve el@ más correct@ de tod@s. Tiende a vestir con colores apagados; jamás correría riesgos de moda, desde luego. Puede ser muy sentencios@ y crític@ de quienes asumen riesgos y son menos correct@s. También es adict@ a la rutina, lo que le proporciona un medio para aplastar su turbulencia interior.

A l@s nuev@s mojigat@s l@s oprime en secreto su corrección y anhelan transgredir. Así como l@s mojigat@s sexuales pueden ser magníficos objetivos para un libertino o una sirena, el@ nuev@ mojigat@ se sentirá muy tentad@ por alguien con un lado peligroso o atrevido. Si deseas a una persona de este tipo, no te engañes por sus juicios sobre ti o sus críticas. Esta es sencillamente una señal de lo mucho que la fascinas: estás en su mente. De hecho, a menudo podrás atraerla a la seducción si le das la oportunidad de criticarte, o hasta de intentar reformarte. No te tomes a pecho nada de lo que diga, por supuesto, pero tendrás la excusa perfecta para pasar tiempo con ella, y a l@s nuev@s mojigat@s puedes seducirl@s con tu simple contacto. Este tipo es en realidad una víctima excelente y gratificante. Una vez que lo animas y logras que se desprenda de su corrección, el sentimiento y la energía lo inundan. Incluso podría arrollarte. Tal vez tenga una relación con alguien tan aburrido como él: no te desalientes. Simplemente está dormido, a la espera de que lo despierten.

**La estrella en decadencia.** Tod@s queremos atención, brillar, pero en la mayoría de nosotr@s estos deseos son fugaces y fáciles de enmudecer. El problema de las estrellas en decadencia es que en cierto momento de su vida se vieron convertidas en el centro de la atención —quizá fueron bellas, encantadoras y bulliciosas; tal vez fueron atletas, o tuvieron otro talento—, pero esos días se han ido ya. Podría parecer que han aceptado esto, pero el recuerdo de haber brillado una vez es difícil de superar. En general, dar la impresión de desear atención, de tratar de destacar, no es bien visto por la buena sociedad o en los centros de trabajo. Así que



para llevar las cosas en paz, las estrellas en decadencia aprenden a aplastar sus deseos; pero al no obtener la atención que creen merecer, se vuelven rencorosas. Puedes reconocerlas por ciertos momentos de descuido: de repente reciben atención en un escenario social, y eso las hace brillar; mencionan sus días de gloria, y un pequeño destello titila en sus ojos; un poco de vino en el sistema, y se ponen eufóricas.

Seducir a este tipo es simple: solo vuélvelo el centro de atención. Cuando estés con él, actúa como si fuera una estrella y te deleitaras en su fulgor. Hazlo hablar, en particular de sí mismo. En situaciones sociales, apaga tus colores y déjalo parecer divertido y radiante en comparación. En general, juega al@ encantador@. La recompensa de seducir a estrellas en decadencia es que despiertas emociones intensas. Ellas se sentirán sumamente agradecidas contigo por dejarlas resplandecer. Cualquiera que sea el grado en se hayan sentido aniquiladas y frustradas, aliviar ese dolor libera pasión y fuerza, en dirección a ti. Se enamorarán locamente. Si tú mism@ tienes tendencias de estrella o *dandy*, sería recomendable que evitaras a estas víctimas. Tarde o temprano esas tendencias saldrán a la luz, y la competencia entre ustedes será desagradable.

**El@ principiante.** Lo que distingue a l@s principiantes de l@s jóvenes inocentes ordinari@s es que son fatalmente curios@s. Tienen escasa o nula experiencia del mundo, pero han sido expuest@s a él de segunda mano, en periódicos, películas, libros. Puesto que consideran su inocencia una carga, ansían que se les inicie en los usos del mundo. Tod@s l@s juzgan dulces e inocentes, pero ell@s saben que no es así: no pueden ser tan angelicales como la gente cree.

Seducir a un@ principiante es fácil. Pero hacerlo bien requiere un poco de arte. A l@s principiantes les interesan las personas con experiencia, en particular con un toque de depravación y maldad. Da demasiada fuerza a ese toque, no obstante, y l@s intimidarás y asustarás. Lo que ofrece mejores resultados con un@ principiante es una combinación de cualidades. Tú mism@ debes ser un tanto infantil, de espíritu travieso. Simultáneamente, debe quedar claro que posees honduras ocultas, aun siniestras. (Este fue el secreto del éxito de Lord Byron con tantas mujeres inocentes). Inicias a tus principiantes no solo sexual, sino también experiencialmente, exponiéndol@s a nuevas ideas, llevándol@s a nuevos lugares, nuevos mundos tanto literales como metafóricos. No vuelvas inquietante ni sórdida la seducción; todo debe ser romántico, aun el lado malo u oscuro de la vida. L@s jóvenes tienen sus ideales; es mejor iniciarl@s con un toque estético. El lenguaje seductor obra maravillas en l@s principiantes, como lo hace la atención a los detalles. Espectáculos y eventos coloridos apelan a sus sentidos delicados. Son fáciles de engañar con estas tácticas, porque carecen de experiencia para adivinar sus auténticos fines.

A veces son algo mayores y ya han sido educad@s, al menos un poco, en los usos del mundo. Pero fingen inocencia, porque advierten el poder que esta tiene sobre las

personas maduras. Ést@s son entonces principiantes afectad@s, conscientes del juego que practican, pero principiantes al fin. Quizá sea menos fácil engañarl@s que a l@s principiantes pur@s, pero la manera de seducirl@s es casi la misma: combina inocencia y depravación y l@s fascinarás.

**El conquistador.** Los individuos de este tipo poseen un inusual monto de energía, que les resulta difícil controlar. Invariablemente están al acecho de personas por conquistar, obstáculos por vencer. No siempre los reconocerás por su aspecto: en situaciones sociales podrían parecer algo tímidos, y tener cierto grado de reserva. No te fijas en sus palabras o su apariencia, sino en sus actos, en el trabajo y las relaciones. Aman el poder, y lo consiguen a como dé lugar.

Los conquistadores tienden a ser emotivos, pero su emoción solo brota en arranques, cuando se les presiona. En materia de romance, lo peor que puedes hacer con ellos es tumbarte y ser presa fácil; podrían sacar provecho de tu debilidad, pero pronto te desearán y saldrás perdiendo. Debes darles la oportunidad de ser agresivos, de vencer alguna resistencia u obstáculo, antes de que piensen que te han abrumado. Tienes que concederles una experiencia de caza satisfactoria. Ser un poco difícil o irritable, servirte de la coquetería, funcionará con frecuencia. No te acobardes por su agresividad y energía; esto es justo de lo que puedes sacar partido. Para ablandarlos, déjalos embestir una y otra vez, como toros. Se debilitarán al cabo, y se volverán dependientes, tal como Napoleón se volvió esclavo de Josefina.

El conquistador suele ser hombre, pero también hay muchas conquistadoras: Lou Andreas-Salomé y Natalie Barney están entre las más famosas. Sin embargo, las conquistadoras sucumbirán a la coquetería, igual que ellos.

**El@ fetichista exótic@.** A la mayoría nos excita e intriga lo exótico. Lo que distingue a l@s fetichistas exótic@s del resto de nosotr@s es el grado de ese interés, que parece gobernar todas las decisiones de su vida. La verdad es que sienten un vacío interior y tienen una fuerte dosis de autodesprecio. Les desagrada de dónde vienen, su clase social (usualmente media o alta) y su cultura, porque se desagradan a sí mism@s.

Este tipo es fácil de reconocer. Le gusta viajar; su casa está llena de *objets* de lugares remotos; fetichiza la música o arte de esta o aquella cultura extranjera. Suele tener una fuerte vena rebelde. Evidentemente, la vía para seducirlo es ponerte como exótic@; si no parece proceder al menos de un medio o raza diferente, o tener un aura extraña, no te tomes la molestia. Pero siempre es posible acentuar lo que te vuelve exótic@, convertirlo en una especie de teatro para divertir a esta persona. Tu ropa, tus cosas, aquello de lo que hablas, los lugares donde la llevas pueden hacer ostentación de tu diferencia. Exagera un poco y ella imaginará el resto, porque este tipo tiende a autoengañarse. Aún así, l@s fetichistas exótic@s, no son particularmente buen@s como víctimas. Sea cual fuere tu exotismo, pronto les parecerá banal, y querrán algo más. Será una batalla sostener su interés. También su

inseguridad de fondo te mantendrá en vilo.

Una variación de este tipo es el hombre o mujer atrapad@ en una relación sofocante, una ocupación banal, o bien, una ciudad sin alicientes. Es su circunstancia, a diferencia de una neurosis personal, lo que hace que estos individuos fetichicen lo exótico; y est@s fetichistas exótic@s son mejores víctimas que el tipo que se desprecia a sí mismo, porque puedes ofrecerles un escape temporal de lo que l@s oprime. Nada, sin embargo, ofrecerá a l@s verdader@s fetichistas exótic@s un escape de sí mism@s.

**La reina del drama.** Hay personas que no pueden vivir sin un constante drama en su existencia: es su manera de no aburrirse. El mayor error que puedes cometer al seducir a las reinas del drama es llegar prodigando estabilidad y seguridad. Esto solo hará que salgan corriendo. Muy a menudo, las reinas del drama (y hay muchos hombres en esta categoría) disfrutan de hacerse las víctimas. Quieren algo de qué quejarse, les gusta sufrir. Sufrir es una fuente de placer para ellas. En esta coyuntura, tienes que estar dispuest@ a y en condiciones de impartir el rudo trato mental que la persona desea. Esta es la única manera de seducirla a fondo. Tan pronto como te vuelvas amable, ella encontrará alguna razón para pelear o deshacerse de ti.

Reconocerás a las reinas del drama por el número de personas que las han herido, las tragedias y traumas que las han agobiado. En un caso extremo, pueden ser muy egoístas y antiseductoras, pero en su mayoría son relativamente inofensivas y serán magníficas víctimas si puedes vivir con el *sturm und drang*. Si por alguna razón quieres algo a largo plazo, tendrás que inyectar constante drama en tu relación. Esto puede ser para algun@s un reto apasionante y fuente de continua renovación de la relación. Sin embargo, deberías ver un vínculo con una reina del drama como algo efímero y solo una forma de dar un poco de teatralidad a tu vida.

**El@ profesor@.** Este tipo no puede salir de la trampa de analizar y criticar todo lo que se cruza en su camino. Su mente está hiperdesarrollada y sobrestimulada. Aun si habla de amor o sexo, lo hace con enorme reflexión y análisis. Habiendo desarrollado su mente a expensas de su cuerpo, muchas personas de esta categoría se sienten físicamente inferiores, y lo compensan imponiendo su superioridad mental a los demás. Su conversación suele ser burlona o irónica; nunca sabes bien a bien qué dicen, pero sientes que te miran desde arriba. Les gustaría huir de su cárcel mental, les agradecería lo puramente físico, sin análisis, pero no pueden alcanzarlo por sí solas. Los profesores a veces establecen relaciones con profesoras, o con personas a las que pueden tratar como inferiores. Pero en el fondo anhelan que alguien l@s desborde con su presencia física: un libertino o una sirena, por ejemplo.

L@s profesor@s pueden ser víctimas excelentes, porque bajo su fortaleza intelectual subyacen corrosivas inseguridades. Hazl@s sentir Don Juanes o sirenas, aun en grado mínimo, y serán tus esclav@s. Much@s tienen una vena masoquista que saldrá a la luz una vez que despiertes sus dormidos sentidos. Ofreces un escape de la

mente, así que complétalo bien: si tú mism@ tienes tendencias intelectuales, escóndelas. Solo alborotarán el ánimo competitivo de tu objetivo y pondrán a trabajar su cabeza. Deja que tus profesor@s conserven su sensación de superioridad mental, que te juzguen. Sabrás qué intentan ocultar: que eres quien está al control, porque les das lo que nadie más puede: estimulación física.

**La bella.** Desde muy temprana edad, la bella es mirada por todos. El deseo de verla de los demás es la fuente de su poder, pero también de mucha infelicidad: ella está constantemente preocupada de que sus poderes mengüen, de no atraer más la atención. Si es honesta consigo, también cree que ser adorada únicamente por su apariencia es monótono e insatisfactorio y causa de su soledad. La belleza intimida a muchos hombres, y prefieren venerarla de lejos; a otros les atrae, pero no precisamente para conversar. La bella sufre de aislamiento.

Como padece tantas carencias, la bella es relativamente fácil de seducir; y si esto resulta, te habrás hecho no solo de una adquisición muy preciada, sino también de alguien que dependerá de lo que le des. Lo más importante en esta seducción es valorar las partes de la bella que nadie aprecia: su inteligencia (generalmente mayor de lo que la gente imagina), sus habilidades, su carácter. Claro que también deberás idolatrar su cuerpo —no puedes ocasionar inseguridades justo en el área que ella sabe que es su mayor fortaleza, y de la que más depende—, pero adora asimismo su mente y su alma. La estimulación intelectual surtirá efecto en la bella, pues la distraerá de sus dudas e inseguridades, y dará la impresión de que valoras ese lado de su personalidad.

Dado que siempre es mirada, la bella tiende a ser pasiva. Pero su pasividad suele esconder frustración: le gustaría ser más activa, y cazar un poco ella misma. Algo de coquetería puede funcionar en este caso: en cierto momento de tu adoración, podrías volverte un poco frío, invitándola a perseguirte. Enséñala a ser más activa y tendrás una víctima excelente. La única desventaja es que sus muchas inseguridades requieren constante atención y cuidado.

**El@ niñ@ viej@.** Algunas personas se niegan a crecer. Quizá temen a la muerte o la vejez; tal vez están apasionadamente apegadas a la vida que llevaron de niñas. A disgusto con la responsabilidad, se empeñan en convertirlo todo en juego y recreación. Como veinteañeras pueden ser encantadoras, como treintañeras interesantes; pero cuando llegan a los cuarenta, comienzan a decaer.

Contra lo que podrías imaginar, un@ niñ@ viej@ no desea involucrarse con otr@, aunque podría parecer que la combinación aumenta las posibilidades de juego y frivolidad. El@ niñ@ viej@ no quiere competencia, sino una figura adulta. Si deseas seducir a este tipo, tendrás que estar preparad@ para ser el@ seri@ y responsable. Esto podría semejar una extraña manera de seducir, pero en este caso da resultado. Debes dar la impresión de que el espíritu juvenil del@ niñ@ viej@ te agrada (sería útil que en verdad fuera así); debes poder compaginar con esto, pero